3 1761 04265 7916

MARCELO PEYRET

CARTAS DE AMOR

LIBRERIA "IBERICA"
MITRE 826
ROSARIO

BUENOS AIRES

PQ
7797
P53C37

CARTA I

DE ANTONIETA LEAR A ESTER MARTINEZ

Querida Ester:

Es cierto; hace ya veinte días que no te escribo, pero, dada nuestra intimidad, de escribirte, hubiera estado obligada a contártelo todo... y no me animaba. Sí, sé que te ríes. Desde aquí te oigo reir, como oigo tus palabras. ¿Verdad que dices que es un poco tarde para darme cuenta de que debe tenerse recato y pudor para ocultar ciertas aventuras, porque tú ya has adivinado que en algo de eso ando mazclada? Es cierto. Hasta ahora te había confiado con brutal franqueza mis pecadillos, pero el último quizá por lo mismo que no ha llegado a ser nada, tuvo la fuerza suficiente para obligarme a ocultarlo. Pero basta de preámbulos. Voy a indemnizarte de mi silencio con una confesión completa. ¿Recuerdas a Enrique Varela? ¿Sabes que fué mi "flirt" de soltera? Sí, pues muchas veces te he contado nuestro breve poema. Fué, quizá, el único hombre que ambicioné de veras, y él nunca se dió cuenta de cuánto me había enamorado, hasta qué punto y lo fácil que le hubiera sido vencerme. Ahora, ahora en que, a pesar de que los hombres no quieren crerlo, ya tengo cuarenta años, mi audacia, mi despreocupación por ciertas cosas, habría arbitrado cualquier medio para retenerlo, pero entonces tenía yo diez y seis años, y no me animaba a otra cosa que a mirarle cuando él me miraba y a llorar cuando nadie me veía. Por eso me dejó para casarse con Julia, clavándome en el alma algo como el sabor fugitivo que queda en la boca, del licor que, probado, no nos hemos animado a beber por temor de que nos embriague. Enrique fué un enamorado de su mujer, yo fuí una víctima de mi marido, y no nos volvimos a ver sino después de veinte años, viudos los dos. Yo, al decir de los que pretendían consolarme de mi viudez, continuaba teniendo, sino diez y seis, a lo sumo veinte años, pero él... ¡Oh!, ¡pobre Enrique!, era una ruina, una caricatura de lo que había sido. Tú sabes que siempre creí que una mujer debe ser fiel a su marido, pero que es una tontería guardarle fidelidad a un muerto. Yo, desde que murió el mío, y no teniendo hijos a quienes dar cuenta de mi conducta, he procurado guardar las formas. Pues bien: a pesar de la pobre

figura de mi antiguo ídolo, tuve el capricho... Ester... ¡qué desilusión! El amor, como el agua de los ríos que no vuelve a pasar bajo los puentes, tampoco vuelve a pasar por entre dos seres que no supieron retenerlo. Nuestra aventura fué grotescamente triste. No quiero recordarla, y si te la confieso es para explicarte lo que sigue. Rotos mis lazos con Enrique, creí enterrar para siempre el recuerdo aquel que desde mi juventud me perseguía, cuando una mañana, en Mar del Plata, una ola arrojó contra mí un cuerpo humano. Sin darme tiempo para gritar, percibí que un jovenzuelo se levantaba todo confuso de entre la espuma, pidiéndome perdón por su torpeza. Le miro y reconozco a Enrique, al Enrique de mi juventud, fresco, lozano, imberbe, con las mejillas rosadas y el cuerpo musculoso diseñándose bajo su traje de baño. Creí desvanecer. Palidecí, no supe contestar a las disculpas de mi involuntario agresor y permanecí así, hasta que una ola, tomándome de costado, me hizo perder el equilibrio. De pronto me sentí cogida por el talle, y una voz juvenil, una voz que yo ya conocía y que parecía venir desde veinte años atrás, me preguntaba, ansiosa:

—¿Se siente mal, señora? Acaso yo he sido el causante...

Me dejé sostener aún un rato, y luego dulcemente calmé a mi compañero.

—No, no ha sido nada.

—¿Quiere que la acompañe hasta la orilla?

Acepté. Me aprisionó una mano y me condujo hasta la percha donde se dejan las salidas de baño. Busqué la mía y él ayudóme a ponérmela. Luego, saludándome, se presentó:

—Ramiro Varela, servidor de usted.

Yo no pude contener una exclamación.

—¿Cómo? — pregunté. — ¿Usted es hijo, acaso de Enrique Varela?

—Sí, señora.

Con este motivo conversamos un rato, y yo le invité a tomar el te esa tarde en casa.

Pareció turbarse al aceptar. En fin, voy a resumir. El pobre muchacho no parece muy avezado a ciertas lides, o por lo menos, se cohibe con ciertas frases mías, demasiado transparentes. Pero yo ya he dejado de ser Antonieta aquella que dejó pasar por su lado la felicidad sin atreverse a atraparla.

No me lo reproches, Ester; era tan grande la tentación, que todos los razonamientos se estrellan con esa mi ansia insastifecha.

Ramiro, tarde o temprano será... sí, lo será, a pesar de sus timideces, a pesar de que creo que no me quiere, que no me

querrá nunca, pero en cambio, yo sabré hacerme desear, yo sabré enloquecer su experiencia con la sabiduría de toda esa vida que he vivido.

Ayer me besó por primera vez, y ayer mismo le demostré con mi beso que en adelante le va a ser difícil pasarse sin ellos. Las caricias de una mujer hábil acostumbran como un alcaloide. Y aun aquellos que tienen la voluntad necesaria para resistirlas, están condenados a que les parezcan tontas e insípidas las que puedan prodigarles las demás mujeres. El beso de la novia casta, o de la esposa honesta, ha de saberle, después de los míos, como un cigarrillo de paja al que se acostumbra a fumar habanos: sin sabor, sin fuerza, sin atractivo.

Te dije que me besó ayer por primera vez y te he mentido. En realidad fuí yo quien le besé. Estábamos en casa, en el saloncito que da sobre la terraza. Acabábamos de tomar el te, y yo, cruzando las piernas, no advertí que mi quimón caía con excesivo descuido, siendo más indiscreto de lo necesario. Ramiro se ruborizó, y yo aproveché su confusión para encauzar nuestra charla sobre carriles propicios. Pero todo era inútil. Sin embargo, después de mucho explorar, di en la tecla. Ramiro tiene un lado débil: su galantería.

Comencé a hablarle maternalmente, solicitándole sus confidencias.

—Yo ya soy una vieja, y puede hablarme como a una madre — díjele sonriendo con melancolía.

El entonces se rebeló.

—¿Vieja usted?

—¡Oh, sí! — díjele, para alentarlo. — ¿No lo cree usted?

—Señora, se calumnia usted. Yo no sé la edad suya, ni me interesa, porque usted, tal cual es, tal cual la veo...

Y te aseguro que no estuvo mal. Hízome un retrato bastante favorecido, y yo se lo agradecí conmovida. Luego dejé caer mi pañuelo y me bajé a recogerlo, calculando el movimiento de él, y haciendo de manera que nuestras cabezas chocaran. Di un ligero grito y me puse la mano en la frente.

El, confuso, aturdido, también me tocó la frente, para cerciorarse de la importancia del golpe. ¡Pobre muchacho! ¡Qué fácil fué después robarle el beso, y hacerme pedir perdón por su osadía! Yo le perdoné, y... un criado estúpido entró a anunciarme no sé qué cosa, en el preciso instante en que Ramiro comenzaba a perder sus timideces.

Quise retenerlo una vez que despedí al criado, pero el encanto estaba roto. Se fué, prometiéndome volver hoy. Ahora

lo espero, con una impaciencia que me hace sonreir y de la cual tú también sonríes. ¿Verdad que piensas lo mismo?

—A tus años, Antonieta.

Sí, a mis años. Ese muchacho ha hecho revivir toda mi juventud. En sus brazos volvería a sentirme niña. Además... yo no sé, pero besar una cara así, imberbe, de alguien que pudo ser nuestro hijo, tiene la maldita atracción de esos licores agridulces que nos van envenenando lentamente. Quizá sea algo monstruoso, una aberración de mi cerebro, de mi sistema nervioso... no sé, pero por volver a gustarlo daría lo que me resta de vida.

¿Verdad, Ester, que sonríes y que piensas que estoy atravesando la inevitable crisis de mi edad?

ANTONIETA.

CARTA II

DE RAMIRO VARELA A ANTONIETA LEAR

Acabo de llegar a casa, enloquecido por su beso y temblando de ira contra mí mismo. ¡Qué tonto, qué infantil debí parecerle esta tarde!

Cuando todo en mí me impulsaba hacia usted, cuando sentía que las rodillas se me doblaban solas al pararme al lado suyo, cuando el corazón se ahogaba en sus latidos, cuando subían hasta mis labios las palabras que con toda mi alma quería decirle, cuando todo yo no era más que la expresión de un deseo, de un amor inextinguible, de una pasión que todo lo avasalla, permanecí mudo, ruboroso delante de usted, sin atreverme a decirle una palabra, a dirigirle una mirada, a aventurar un gesto. Por eso de la lucha entablada entre mi deseo y mi respeto, en un momento en que aquél venció a éste, mis labios le robaron un beso... Y ahora que lo pienso con sosiego, en vez de pedirle perdón, sólo ansío poderle sacrificar cualquier cosa, la vida misma, con tal de volver a besarla. Si usted viera lo que pasa en mí, si yo pudiera convencerla de la calidad de mi cariño, quizá fuera menos severa. Pero ¿cómo demostrarlo? ¿Cómo decirla todo lo que sufro? ¡Cuántas veces, creyendo encontrar un consuelo la imaginé mía!... Sentía junto a mi rostro el milagro del suyo, junto a mis labios la púrpura de los suyos, junto a mi cuerpo palpitante, diabólicamente hermoso...; sentía la dulzura de sus caricias, y mi pobre espíritu dolorido, sintió cerrar todas sus heridas, al contacto del bálsamo milagroso de su ternura... ¡Oh! La palabra humana es tan pobre

para expresar lo que yo sentía, para dejar entrever tan sólo reflejo de la dicha inefable que yo gustaba, que renuncio a ello, como renuncio a pintar la desesperación de los amaneceres en que todos los sueños se esfumaban, y en que la realidad, despiadadamente, reía de mi pobre cerebro, enfermo de ilusión.

Entonces, quiero olvidarme, aturdirme, no pensar más, y ansío la misericordia de un instante de paz, de quietud, de olvido. Pero todo es en vano. Tu imagen se estereotipa en la retina, y tu recuerdo se graba a fuego en el corazón, como una de esas músicas que una vez escuchadas no quieren dejar nuestros oídos.

¡Oh, Antonieta, Antonieta mía! Eres una hechicera, de peligroso poder, a cuyos mágicos conjuros me he transformado todo entero. Porque del hombre que era yo ayer, de mis pasiones, de mis cariños, de mis ansias, de mis odios, nada queda ya... nada que no sea un inmenso deseo, una sed inextinguible de ti, una angustia infinita de no tenerte, una tortura de presentir la vista de lo que aun no he visto, de imaginar el gozo de lo que aun no he gozado...

Antonieta, Antonieta mía, por tí, por tu cariño, por tu capricho, por una de tus carcias, por un solo gesto tuyo, siento hervir en mi sangre el germen de todos los heroísmos y el de todas las bajezas. Por ti sería santo, por ti sería criminal, porque mi carne, lo mismo que mi alma, es toda tuya. ¡Oh, si me quisieras un poquito, si pudiera encender en tu alma la débil llama de un cariño, con cuánto gusto echaría en ella para avivarla, y como un holocausto, toda mi vida, como se echa un puñado de incieso en un incensario...

Y ahora, ¡adiós! No quiero seguir. Siento que me volvería loco. Perdóneme si la he tuteado. Pero es que la siento tan mía, como si por propio derecho me perteneciera, como si Dios mismo me la hubiera dado...

RAMIRO.

CARTA III

DE ANTONIETA LEAR A RAMIRO VARELA

Ramiro:

Es usted un niño grande. Venga buscar su perdón, personalmente. Pero en vez de venir a la hora del te, como habiamos convenido, véngase después de cenar. Tomaremos juntos el cafe.

ANTONIETA.

P. S. — Si los amigos lo entretienen en el club, no tema que sea tarde para venir a saludame. Nada más que como la servidumbre se acuesta a las doce, si llega después de esa hora, entre sin llamar. La puerta no tendrá llave.

CARTA IV

DE CLELIA GAMBOA, EN MAR DEL PLTA, A BEATRIZ CARRANZA, EN ALTA GRACIA

Querida Beatriz:

En verdad, adorada Beatriz, que es una lástima que nuestros padres no hayan decidido a veranear en el mismo sitio. Qué feliz sería yo, si tú estuvieras aquí, pasando las tardes en la playa conmigo, o si yo me hallara contigo en las sierras... es decir, ahí no, y no es porque no ansíe verte y que no me gusten las montañas, sino que, si estuviera ahí, no podría estar aquí, y no estando aquí... ¿Adivinas, Beatriz? Sí: ha aparecido el *él*, ese *él* con quien tanto soñamos en el convento. ¿Recuerdas cuando en los recreos nos ocultábamos de las hermanas que nos vigilaban y nos hacíamos confidencias acerca de nuestras aspiraciones, no ya de niñas, sino de mujeres, y mientras las hermanitas creían que discutíamos sobre el vestido que íbamos a hacerle a la muñeca, que para despistar teníamos entre las manos, nosotras hablábamos de ese *él* que algún día iba a llegar? ¡Qué ilusiones, qué de ideas raras cruzaban por nuestros cerebros! ¿Recuerdas aquel día que jugábamos a los novios? Tú eras él y yo ella. ¡Qué de sandeces nos dijimos y cuánto nos divertimos! Verdad es que tú eras un novio un poquito osado, y yo una novia un poquito condescendiente. Te juro que yo no le permitiría a un novio de verdad que me diera un beso como ese que nos dimos. No sé cuánto duró, pero yo había cerrado los ojos, y, en un esfuerzo de imaginación, te borré de mi recuerdo, y puse en vez del tuyo, como prolongación de tus labios, un recuerdo de un *él* cualquiera... y era tan deliciosa la sensación, tan dulce la impresión de que me desvanecía en sus brazos, que te juro, Beatriz, que hubiera sido peligroso, de haber sido tú un novio de verdad.

Pero dejemos nuestros recuerdos.

Como te decía, apareció mi *él*. Hace unos días hallábame bañando en el mar, cuando el bañero, requerido desde la orilla, me dejó por un instante para traer a otra bañista. Cuando pienso que si no fuera por eso... pero continuemos. Un poco

asustada de verme sola, mi turbación llegó al espanto cuando observé que una ola imponente iba a romper precisamente donde yo estaba. Falta del apoyo del bañero y falta de toda serenidad, no opuse resistencia a la mole de agua y espuma. Me sentí arrojada, estrujada, asfixiada, y ya iba a perder el conocimiento, cuando dos brazos robustos me asieron por el talle, me levantaron en alto y me hicieron recobrar mi posición natural. Enceguecida por el agua salada, con una mano comencé a restregarme los ojos, mientras con la otra me abrazaba con fuerza a mi salvadora, que presumía era el bañero. Cuando abrí los ojos... ¡oh, Beatriz!, ¡qué vergüenza, qué horrible vergüenza! Estaba abrazada a un muchacho que me miraba sonriente. Lancé un grito. Entonces él me habló.

—No se asuste, señorita. Ya pasó el peligro. — Y como yo, aturdida, no le contestara, agregó: — ¿Quiere que la acompañe a la orilla?

Sólo entonces reparé que aun lo tenía abrazado. Lo solté rápidamente, y sin saber lo que hacía, sin atinar siquiera a darle las gracias, huí a la orilla, me puse precipitadamente mi salida y me perdí en los corredores interiores de la rambla en busca de mi cabina. Cuando llegué a ella, entré, cerré la puerta con llave y, toda sofocada, me arrojó en un banco. Una vez que pasó la impresión, me puse a considerar fríamente lo sucedido... y me encontré tan tonta, tan idiota, que me enfurecí contra mí misma. ¿Qué necesidad tenía de huir como un animal asustado, o como una zafia vulgar, sin agradecer a mi ocasional compañero, al servicio que tan gentilmente me había prestado? Porque ahora... ahora comprendo que había sido muy galante, como recordaba que era muy buen mozo. ¡Qué linda sonrisa la suya! ¡Y qué fuerte, qué sensación de virilidad, de hombría, daban sus músculos, sus brazos, cuando me estrechaban el talle, cuando me sostenían entre las olas... ¡Oh, si lo hubiera pensado, con toda seguridad que no hubiera procedido así... ¡No, qué esperanza! ¡Si aun me parecía sentir un contacto delicioso!

Decidí, para indemnizarlo por mi ingratitud, saludarlo en la rambla cuando lo viera.

Esa tarde lo vi... y a pesar de mis propósitos, a pesar de haber preparado una frase por si él se acercaba a hablarme, cuando lo divisé, no solamente no lo saludé, sino que, afectando no verle, dejé sin contestar el saludo que él me hizo.

—¡Oh, qué furiosa me puse contra mí misma! ¡Qué maldita timidez la mía, que ponía un veto inapelable a mis propósitos, a mis deseos!

Pero estaba escrito que nos conoceríamos. Por la noche, en el club, él se hizo presentar. Yo me puse muy colorada y no supe contestar a sus galanterías. Cuando quedamos solos, relativamente, él me pidió disculpas por haberme saludado en la rambla sin mediar presentación.

—Comprendo que hice mal, y bien castigado estuve cuando usted me hizo notar su enojo afectando no verme. Yo no tenía por qué saludarla, porque la más leve noción de delicadeza me vedaba recordar el incidente de la mañana.

Yo quería interrumpirlo, decirle que no, que había hecho muy bien, que yo se lo agradecía, pero no me animé. Quedé muda, hecha una tonta, y cuando concluyó de hablar, tampoco pude decirle nada. A pesar de ello estuvo muy atento conmigo. Me invitó a bailar. Yo deseaba, te lo confieso avergonzada, volver a sentir sobre mi cuerpo la dulce presión de sus brazos. Ninguna ocasión como aquella. Sin embargo, cuando iba a aceptar llena de contento, y vi sus grandes ojos mirarme dulcemente, me turbé toda, me pareció que él leía mis pensamientos y me compadecía, y rehusé...

Beatriz... ¡qué desdichada soy! Desde aquella noche, he conversado infinidad de veces con Ramiro — me había olvidado de decírtelo, se llama Ramiro Varela; — su conversación me encanta; todo él es para mí más que un amigo, porque me he enamorado, Beatriz, me he enamorado en esa misma forma en que en el colegio pensábamos que algún día nos íbamos a enamorar. Ramiro me enolquece, y, sin embargo, a pesar de no serle indiferente, a pesar de que sé que yo también le gusto, estoy segura que él cree que me es indiferente, porque ni un gesto, ni una palabra mía le han dejado traslucir mi intención. Y eso contra toda mi voluntad. ¡Qué tonta, qué inmensamente tonta que soy! ¿Por qué, a pesar mío, tengo que ser fría con él?

Lo que más me ha sublevado contra mí misma es que hace unos días yo salía del baño cuando él entraba. Se volvió para mirarme en el preciso momento en que una ola rompía sobre él. Fué mi percance al revés. Ramiro rodó entre la espuma y fué a dar contra una señora que se bañaba allí cerca. Se levantó, pidió disculpas, los vi conversar un rato y luego la acompañó hasta la orilla y le puso la capa.

¡Qué diferencia conmigo! Después los he visto conversar varias veces en la playa. Es ella la que generalmente habla y Ramiro el que escucha lleno de atención. Entonces he pensado que... pero, es imposible. Esa señora no es vieja, pero ya pasó su primera juventud. No, no le tengo miedo. Pero ¿si

viene otra más joven, otra como yo, que no sea yo? Tiemblo y me desespero de pensarlo. Y a pesar de eso, mañana, cuando vea a Ramiro en la playa, apenas si lo saludaré, y apenas si contestaré con monosílabos a sus galanterías.

Aconséjame, Beatriz, y compadéceme.

CELIA.

CARTA V

DE RAMIRO VARELA A ANTONIETA LEAR

Antonieta mía:

Acepto tu propuesta, mi Tonia. Salgo en este momento en el diurno hasta Maipú, y allí esperaré el rápido de la noche.

¡Qué hermosos días nos esperan en Buenos Aires! Por fin se harán realidad mis sueños. ¡Poder estar a tu lado continuamente, gozando la dulzura de tu cariño, sin el sobresalto del temor de ver llegar una visita, un criado, un importuno cualquiera!

Iremos a un hotel de algún pueblecito de los alrededores a ocultar nuestras ternuras como dos adolescentes. Nos amaremos bajo los árboles, junto al arroyo, aspirando el perfume de las florecillas silvestres, oyendo el gorgojeo de los pájaros del bosque, que devolverá el eco de nuestro besos.

Ahora mismo, de sólo imaginarlo, paréceme que el instinto adormecido, despierta de un salta, y me miro al espejo, con la faz congestionada, los labios entreabiertos, la carne palpitante, el deseo rugiendo como un león en la selva, los ojos buscando inútilmente a los tuyos y el corazón, mi pobre corazón, revivido al amor como ante milagroso conjuro, parece articular tu nombre en cada latido: Antonieta... Antonieta...

Y ahora tus labios, el dulce milagro de tus labios, donde los míos vayan a libar el más exquisito de los néctades...

RAMIRO.

P. S. Creo que te habrás convencido de que no me importa nada esa insulsa chica de Gamboa, de quien tienes la coquetería de sentirte celosa.

CARTA VI

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Amiga mía:

Llevado por un asunto urgente de familia, parto hoy para Buenos Aires. Como me será imposible el verla, me tomo el atrevimiento de despedirme por carta.

Sé que no debiera hacerlo, antes de haber sido autorizado para escribirle, pero entre irme calladamente y contravenir a una regla, opto por lo último.

Usted sabe el por qué . Desde que la conocí — ¿recuerda aquella mañana en que usted se me apareció como un envío de Dios, envuelta en una espuma? — no he perdido ocasión de demostrárselo. Pero se ha mostrado usted tan reacia a dejarse querer, tan altiva, tan desdeñosa para esos pobres sentimientos míos que humildemente le ofrecía, que nunca me he animado a otra cosa que a dejarlos adivinar.

Hacía mucho tiempo, desde que se fué junto con mis quince años la época de las grandes ilusiones y de las locas esperanzas, que no me hallaba en un estado espiritual como el que me ha ocasionado su amistad.

Hay detalles indicadores de un gran amor o de un gran infantilismo. Conservo una cinta suya, que una tarde usted arrojó en la rambla después de pretender fijarla en un adorno de su traje, de donde se había desprendido. Recuerdo uno por uno los tocados que usted usa, sus gestos, sus palabras, sus menores ademanes.

Una tarde, me dió usted un papel en que había apuntado varios nombres que deseaba figurasen en una crónica social. Lo he guardado y leído una, dos, cien veces, con la mística adoración con que se lee una plegaria. Y es que para mí todo lo que usted toca se transforma en una reliquia.

En mis noches de insomnio se me antoja, en un esfuerzo de voluntad, sentirla a mi lado. Su imagen, su almita parece impregnarme de embriagadores perfumes, marearme poco a poco, sumirme en un ser exquisito, en el que el mío se diluye, se espiritualiza y se confunde con el suyo, que revolotea junto a mi lecho. Paréceme entonces que se llevaran a cabo unas místicas nupcias de las que sale mía, bien mía, como yo quedo suyo, todo suyo. . .

¿Es esto amor? No lo sé. . . puede que no sea más que un

desvarío de mi corazón, que una locura que va invadiéndome fatal, ineludiblemente, y ante la cual sucumbo, incapaz de resistirla.

¡Vanos propósitos! Su imagen substituye a la de las heroínas de la novela, sus palabras parecen salir de sus bocas, y mi cariño clama furioso por absorber en absoluto mi atención.

Entonces dejo el libro, postergo su lectura para otro día, y silenciosamente, como un monje que entrara en éxtasis, me pongo a pensar en usted...

¿Es esto amor? No sé, no quiero saberlo. Quizá sea un desvío, una locura... pero amor, desvío o locura, lo dejo a sus pies, como la más humilde y sincera de las ofrendas.

RAMIRO.

CARTA VII

DE ANTONIETA LEAR, EN ADROGUE, A ESTER MARTINEZ, EN BUENOS AIRES

Mi buena Ester:

En plena luna de miel, las primeras nubes han comenzado a empañarla. Ramiro se porta mal conmigo. Desde que llegamos... pero, advierto que no me comprenderás, toda vez que no te he puesto en antecedentes de nuestra situación. En mi última sólo te hablaba de mis esperanzas. Si luego no te he escrito contestando a la tuya es porque la dicha es egoísta, y yo, mi buena Ester, ¡he sido tan dichosa!

Nunca, jamás, ni el día que me casé, ese día solemne en que iba a develarse el gran misterio, en que por fin iba a saber lo que era "eso", ni el día que, ya muerto mi marido, acudí, temblorosa y llena de miedo a la primera cita que me diera un hombre, en la que yo sabía que fatal, irresistiblemente sucedería lo que sucedió, nunca, te digo, ni la víspera de conocer el amor, ni la víspera de gustar lo vedado, jamás me encontré en un estado de ánimo como en las horas que precedieron a... pero vuelvo a olvidar que aun nada sabes.

En mi última te decía que, después de dejarme robar un beso, un criado importuno impidió que Ramiro siguiera robándome otros. ¡Pobre chico! Qué colorado estaba cuando yo, fingiendo enojo, le reproché su osadía. Me escribió una carta tan tierna, tan apasionada, que en verdad me conmovió. Y te lo digo en serio. El muchacho, cuando escribe, se olvida de todas sus timideces, y no hace mal. Es convicente,

insinuante, acariciador, y sus cartas no harían mal papel, si las juntase a las que de enamorados más avezados guardo en un confrecillo de recuerdos. Sin embargo, al natural me gusta más, con todas sus timideces, con sus rubores, con sus turbaciones de niño grande, sin atreverse nunca a tomar la iniciativa, aceptando gustoso todo lo que yo propongo. Encuentro un raro placer en ser yo la iniciadora, la que lo conduce, la que lo lleva de la mano, aprovechando su docilidad.

¿Será, acaso, que mis cuarenta años se sienten maternales al lado de sus veintitrés?

Pero noto que, como de costumbre, me pongo a divagar.

Recibí su carta y lo invité a venir a pedirme perdón personalmente. Creo que en mi carta, sin quererlo, le di a entender... En fin, el caso es que Ramiro llegó a las doce pasadas de la noche. Y los más tímidos, cuando llegan a esa hora, tienen audacias insospechadas.

Me besó la mano, luego el brazo, luego la boca, luego... Noto que en mi afán de hablar de él, de sus caricias, de sus ternuras, olvido el recato y entro casi en la licencia. Perdón, Ester, es un desahogo que necesito, como lo verás en seguida.

A pesar de sus ruegos, no quise que se quedara toda la noche. El, mimosamente, me besaba como un niño que quiere un juguete nuevo, pero a pesar de ello no lo permití, alegando el peligro de que se enteraran los sirvientes, cuando lo que en realidad temía era otra cosa: el despertar.

Sí, amiga mía, el despertar es el más cruel enemigo de las mujeres cuya juventud, como la mía, es en gran parte prestada por el tocador.

Una vez que se ha dormido sin el guante ,facial de goma y que el roce de la almohada y la caricia de los besos van borrando los rastros del carmín, del lápiz de los ojos, del rosado de las mejillas, y que la falta de las abluciones con agua fría no han reparado el relajamiento de los músculos, entonces, querida, si nos miramos al espejo, nos damos cuenta de que tenemos la edad... que en realidad tenemos. Y eso, que es doloroso para nosotras cuando lo comprobamos en la soledad de nuestro tocador, es más que suficiente para matar en un hombre una ilusión.

Por eso nunca debí cometer el error de que ahora me arrepiento. Ramiro se hizo de una asiduidad aterradora. Casi no había noche que no estuviese en casa. Luego, con la imprudencia propia de su edad, aprovechaba cualquier descuido, en el balneario, en el club, en la carpa de la playa, cuando

durante un segundo nadie nos miraba, para besarme, ya fuera en una mano, ya en el rostro, o hacerme una caricia.

Cuando le reprendía, él me pedía perdón en una forma, que yo, en realidad, no hubiese podido enojarme. No obstante, comenzó a comprometerme, por lo que pensé en venirme. En Buenos Aires es fácil pasar inadvertida, no solamente porque una se confunde entre la multitud, sino que parece que la gente no tiene interés en investigar algo, que en Mar del Plata, debido a la falta de tema, es una presa inapreciable para la maledicencia.

Sin embargo, nunca le comuniqué mi proyecto a Ramiro. Sabía que a su padre llamaríale la atención una partida brusca, cuando él había expresado su deseo de permanecer allí toda la temporada. Y tú comprendes, Ester, que si el padre llega a enterarse, si Enrique sabe que yo tengo amores con su hijo... ¡Dios mío!... ¡Qué fácil le sería interrumpirlos! Con contar a Ramiro que él, ya viejo y sin atractivos, ha sido mi... pero, no hablemos de esto, porque a veces hasta yo misma me avergüenzo de mi situación.

Como te decía, bullía ya en mí el proyecto de trasladar nuestros amores a Buenos Aires, cuando me decidió a llevarlo a cabo un "flirt" que le he descubierto a mi seductor. ¡Sí, señor; con ese aire de muchacha tímida, de colegiala del "Sacré Coeur", Ramiro tiene un "flirt"! ¡Qué rudo golpe recibí cuando me enteré de ello! Entonces, quería decir que yo, con toda mi ciencia, con todas mis argucias, con toda mi experiencia, no era capaz de retener a ese chico, a quien había conquistado y sobre el que tenía una derecho de propiedad. No podía ser. Comencé a desplegar todas mis habilidades, pero Ramiro, que jamás dejó de emocionarse cuando yo lo quise, ni acudir a mis citas, ni dejar de cumplir mis caprichos, ni de entristecerse enormemente cuando le fingí indiferencia, y que siempre es tierno, cariñoso y amante para conmigo, continuaba flirteando con una chiquilina. ¡Qué desesperación! Llegó un día en que se lo dije claramente. El protestó, me juró que sólo a mí me quería, que la otra era una amiga como todas, que nada se le importaba... y continuó flirteando.

Eso quiere decir que esa chica — Celia Gamboa se llama — es algo más que un atractivo para él, toda vez que no se anima a sacrificármela. Ella tiene diez y siete años, la edad que tenía yo cuando otra me robó al padre de Ramiro. Y sería el colmo que una chica así me robara al hijo. No, no quero ni suponerlo.

Pero, a pesar de todo, puse en práctica mi proyecto y me

vine con Ramiro. Ahora estoy aquí, en un hotel de Adrogué, rodeado de eucaliptos, a cien leguas de mi rival... y, sin embargo, una honda inquietud me asalta.

Cuando acabábamos de llegar, parecíamos dos novios. Es decir, hubo alguien, el empleado del hotel, que fué lo suficiente estúpido como para preguntar: "¿Madre e hijo? Te juro que me molestó bastante, y que creo que no lo parezco. Ramiro rió, y cuando estuvimos solos, se acurruco junto a mí, diciéndome: "Mamita, mamita". Yo concluí también por reír y llamarle "mi bebé, mi bebé querido", pero te declaro que no puedo pensar sin ira en el origen de estos motes.

Los primeros días todo fué bien. El amor de Ramiro, sus transportes, sus locuras, me trasladaban veinte años atrás, a la feliz época de mi juventud. Verdad es que, a pesar de ese renacimiento, no olvidé nunca mi temor por los despertares, y cuando se despierta Ramiro, yo, que desde que estamos juntos me he hecho madrugadora, ya me he bañado y arreglado en el tocador, y me encuentro fresca, lozana, con buenos colores, los ojos sin la hinchazón sabitual de esa hora, a pesar de que finjo acabar de abrirlos, y le dejo la ilusión de creer admirarme dormida y de despertarme con un beso. Hago un mohín de estudiado disgusto, y como si no recordara que está a mi lado, articulo débilmente: "Déjenme dormir", hasta que un beso más fuerte me despierta por completo.

Es una suerte que Ramiro tenga el sueño pesado, lo que me permite estos subterfugios salvadores.

Pero es cansador ese eterno sobre sí misma, cuidando los más nimios detalles, ese eterno fingimiento para no desilusionarlo, ese alerta de todo momento, que dura todo el día, Tengo que aprovechar cuando sale a comprar cigarrillos, o cuando duerme, para ponerme el antifaz de goma, darme un poco de masaje y recurrir a otros afeites.

Es un verdadero error el vivir juntos. Tras una larga "toilette" podemos dar la impresión de una juventud, que no es más que aparente.

Pero no son esas mis mayores tribulaciones, pues todo lo doy por bien hecho cuando Ramiro, tras mirarme con la detención con que observara una obra de arte, se deshace en alabanzas: "Qué hermosa eres... y tienes la coquetería de decirte vieja. Mira... si parezco tu hermano mayor".

Y mi hermano mayor, mi adorable bebé, ha recibido una carta que me ha ocultado, y a la que se apresuró a contestar. "Es para papá", me dijo cuando yo le pregunté a quién escribía. Yo, sin que él me viera, tomé el secante con que se-

cara el sobre, y, poniéndolo frente al espejo, leí el nombre del destinatario: "Señorita Celia Gamboa".

Fué entonces cuando me invadió una gran tristeza. A pesar de mis argucias, de mi atrevimiento, de mi cariño, de mis caricias, Ramiro no es sólo mío. Hay una fuerza oculta que me lo disputa, algo que es más fuerte que yo, y que siento que antes o después ha de vencerme. Y esa fuerza no es esa chica insulsa a quien escribe, no es un amor más intenso o más interesante que el mío: es la juventud, Ester, esa juventud que hemos perdido y contra la cual toda fuerza es impotente, toda lucha es vana, inútil, imposible.

No puedes imaginar, mi buena Ester, con cuánta tristeza, con cuánta angustia te escribo esto.

ANTONIETA.

CARTA VIII

DE RAMIRO VARELA A ALBERTO PONCE

Querido Alberto:

Pues bien, sí, has adivinado, y ya que nada escapa a tu sagacidad, no te lo negaré más. Estoy aquí con la señora de Lear. No debes tomar a mal que te lo haya ocultado, pero, pese a nuestra amistad, hay cosas que no me sentía autorizado para decirte, toda vez que mi confidencia comprometía a una mujer. Pero ya que lo seabes, y que te burlas de mí, voy a defenderme. Es cierto que me vine con ella, pero no secuestrado, como tú dices, sino por mi propia voluntad. ¿Crees, acaso que no tiene suficientes atractivos como para justificar mi calaverada? ¡Qué mal la conoces, entonces! Antonieta es una mujer adorable, a la cual le faltará, si tú quieres, el encanto de los veinte años, de los rubores fáciles, de las timideces e ingenuidades de niña, pero, en cambio, ¡qué manera de amar la suya, qué vehemencias, qué ternuras pone en sus caricias, qué tacto exquisito el de su trato, qué locura la que contagian sus besos, qué sabia es toda ella para hacerse adorar!

A su lado, gustando la dulzura de fruta madura, que aun no ha echado a perder su sazón, no se extraña el sabor de la fruta pintona, y hasta llega ésta, cuando la añoramos, a parecernos agria y poco apetecible.

Por otra parte, Antonieta tiene para mí otro incentivo: Me trata un poco maternalmente y para gozarse con lo que ella llama mis niñerías, y que yo, lejos de reprimir, acentúo. Así,

pues, le robo un beso cuando puedo, hago algunos razonamientos infantiles, extremo mi juventud, me he quitado dos años, diciéndole que sólo tengo veintitrés — es cierto que ella se quita siete, y me confiesa treinta y ocho, cuando sé por mi padre que tiene cerca de cuarenta y cinco, — pues sé, que así como para mí constituye una novedad llena de encantos ser tratado un poco en niño, ella goza también en los que cree para mí nuevos, en despertarme sensaciones que me supone desconocidas.

Y yo la dejo hacer. Total, la verdad no es una cosa tan respetable como para sacrificarle esos pequeños gustos. Esos y otros más. He notado que tiene la coquetería de no querer que la vea sin haber hecho su tocado, y por eso yo finjo dormir cuando por lamañana se levanta, se peina, se arregla la cara, se da masajes, y luego vuelve al lecho, después de ese "calafateo", y finge dormir. Yo simulo entonces que despierto y la beso... y entreabre lánguidamente sus hermosos ojos y me pasa sus brazos, de carnes duras, alrededor del cuello, y me besa con su boca de labios rojos y de aliento perfumado.

Ambos vivimos una ficción y ambos somos felices. ¿Qué me importa que sus colores sean naturales o no, si la embe, llecen, si me tornan agradable su vista?

Te aseguro que le agradezco el que no se abandone, el que siga cuidándose y manteniendo la ilusión de una juventud, que, no por saberla artificial, se me antoja menos bella.

Ya sabes que no tienes motivos para burlarte. Hay muchos que quisieran estar en mi lugar, y muchos otros que me envidian. Y es que Antonieta... pero no, es imposible que trate de convencerte. De ella puede decirse lo que se lee en los anuncios d ciertos vinos: "Probarla es adoptarla"...

Tuyo.

RAMIRO.

P. S. — Acabo de saber que tu primita Beatriz Carranza, que se halla ahora en Alta Gracia, es la miga íntima de Celia Gamboa. Alberto... tú que eres buen amigo mío, ¿verdad que me ayudarás? ¿En qué? Es cierto... pero vas a burlarte. Está visto que el destino no quiere que tenga secretos contigo.

Alberto... estoy enamorado, como un tonto, como un chico, de Celia.

No. no te rías. Todo lo que te he dicho de Antonieta es cierto. Pero nada tiene que ver con lo que siento por Celia.

Es otra cosa. Tú lo comprenderás, y si no lo comprendes, peor para ti.

Te prometo una carta más extensa, en que te lo explicaré todo. Por ahora confórmate con lo que te digo, y si llegas a escribirle a tu primita, no te vaya ocurrir hablarle de mis líos. Dile que sea buena, y que me dé una manita.

R.

CARTA IX

DE CELIA GAMBOA, EN MAR DEL PLATA, A BEATRIZ CARRANZA, EN ALTA GRACIA.

Querida Beatriz:

Tenías razón, Beatriz, al decirme que todo acabaría bien. Soy feliz, feliz domo es imposible que te lo imagines, como es imposible que te lo escriba, como se es feliz cuando se ama y después de temblar ante la idea de que nunca podrá ser, después de sentir la horrible impresión de que falta el suelo ante nuestros pies, de ver la negrura de un abismo en el que la fatalidad va a hundirnos, sentimos que somos amadas como nosotras lo deseamos, intensamente, locamente. ¡Oh! Qué hermoso es el sol después de la borrasca, tranquila dulzura de una cariño verdadero, después del perturbador peligro de un deseo malsano.

Me había hecho el propósito de no decirte nada, es decir, de no escribírtelo, porque el confiar así, a un papel que puede extraviarse, un secreto tan comprometedor como el mío, me parecía una imprudencia imperdonable, pero no quiero que supongas que tengo desconfianza en ti, y ya que tú, en tu carta, me cuentas lo que me cuentas, yo también seré completamente sincera.

Como te decía en mi anterior, mi maldita timidez había levantado un mundo entre mis deseos y las evidentes intenciones de Ramiro. Cien veces me propuse, si no alentarlo, por lo menos hacerle ver que no me era indiferente; pero cuando estaba delante de él, sintiendo el fuego de sus grandes ojos, me turbaba, y no sabiendo qué actitud adoptar, me refugiaba en una tonta y aparente frialdad, en una despreocupación que no sentía, hasta que él se retiraba, y yo, furiosa contra mí misma, me reprochaba, demasiado tarde, mi conducta.

Sin embargo, mi entusiasmo por él seguía en aumento. Ya no era un capricho, una inclinación, una simpatía fácil de ahogar. No; era toda una pasión. Sentía que lo quería, que lo

quería con toda el alma, con todo mi ser. Su imagen me perseguía por todas partes, y aun de noche, en las largas horas de desvelo, en la semiinconsciencia de las primeras somnolencias, en esos momentos en que nos parece que ni Dios puede penetrar en nuestro mundo interior, y en que, suprimidos los pudores espirituales somos francas con nosotras mismas, con nuestros deseos, con nuestras ansias, era Ramiro, siempre Ramiro, el objeto de mis culpables pensamientos.

Al margen de esa mi preocupación primordial, comencé a notar que, además de Ramiro, otra persona aspiraba a poseer mi ternura. ¿Quién? El conde de Castria, aquel noble italiano, ¿recuerdas?, que la gente dice que ha venido en busca de una dote para dorar sus blasones. Nunca me fué simpático, pero él no lo notó, y me ha perseguido durante toda la temporada.

"Déjese querer — me dice, — que estoy seguro de que al fin me querrá usted también. Los amores grandes se contagian, como las enfermedades."

Yo nunca le he hecho caso. Más aun, nunca lo he tomado en serio. Me río de sus declaraciones, de sus grandes gestos, de sus vehemencias, pero él no toma a mal mis risas, y ríe también, con exquisito tacto cuando se da cuenta que está por caer en el ridículo.

El caso es que, al fin, a fuerza de paciencia y de sufrir mis impertinencias ha concluído, si no por hacerse agradable, al menos por ser tolerado.

A veces, oyendo sus palabras apasionadas, sus juramentos, he cerrado los ojos, y haciéndome la ilusión de que era Ramiro quien me hablaba, he estado a punto de abandonarme. Pero de ahí no pasaron las cosas, es decir... no pasaron hasta hace unos días en que he estado a punto... sí, Beatriz, tontamente, sin quererlo, con ese hombre que apenas ha dejado de serme antipático. Te explicaré cómo fué.

Una tarde, habíame decidido a echar a un lado mis timideces, y responder a Ramiro con un poco menos de frialdad, para lo cual hasta había fraguado un pequeño complot con mi prima Delfina, consistente en que, a la hora del te, en el club, invitaría a Ramiro a su mesa, por intermedio de su marido, y luego iría yo, como por casualidad. Nos incitarían a bailar, y una vez que bailásemos... en fin, ya se arreglarían las cosas.

Llegué al club a las cinco y media (perdóname si no uso el nuevo horario, pero no puedo acostumbrarme a eso de las 13, las 14, etc.), y me llamó la atención el que en la mesa de

Delfina no estuviera Ramiro. Me acerqué y allí me dieron la noticia. Ramiro había partido para Buenos Aires en el diurno. Era el derrumbamiento de mi hermosa ilusión. Separados, no habiendo nada entre nosotros, convencido él de mi indiferencia, no era dable esperar que se produjera un milagro. Quizá cuando lo volviera a ver, la temporada que viene, él ya estaría comprometido o, por lo menos, me habría olvidado.

¡Qué ira tuve contra mí misma! No hice caso de las palabras de consuelo de Delfina, ni de las suaves burlas de su marido, y luego de tomar el te, cuando el *hall* se llenó de parejas danzantes, yo fuí a sentarme afuera, en la terraza que da al mar y que se hallaba solitaria. No sé cuánto tiempo estuve allí. cuando el sol dejó de alumbrar y la terraza se llenó de sombras, comencé a sentir frío, frío en el cuerpo y en el alma. ¡No vería más a Ramiro! Sólo entonces me di cuenta de cuánto lo amaba, y después de buscar en vano un medio para acercarme a él, decorosamente, no hallando otra solución, inconscientemente me puse a llorar. Necesitaba ese desahogo, parecíame que me aliviaba.

De pronto oí una voz suave detrás de mí, en la que reconocí a la de Castria, que me preguntaba paternalmente por qué lloraba. Yo no le contesté. Entonces él comenzó a hablarme dulcemente, diciéndome que era un crimen que yo sufriera, yo que era tan joven, tan buena y tan hermosa.

Quise rebelarme, pero no pude. Sentía un alivio en ser consolada, en oír una voz buena que me acompañase, que me compadeciese. En ese momento el conde me fué simpático, e inmediatamente comencé a escucharlo con benevolencia. Tenía tanta sed de ternura, de cariño, sus palabras llegaban en un momento tan oportuno, que cuando me cogió la mano y la estrechó entre las suyas, yo no la retiré. Entonces conmezó a hablarme de su cariño, de su gran pasión, de todo lo que era capaz de hacer por mí. El me amaba integralmente con toda el alma, con todo el cuerpo, con todo su ser. ¡Con qué gusto se constituiría en defensor mío, me arrullaría entre sus brazos, como a una niña, como a una niñita, como a una avecilla que le falta calor, y que él se aprestaba a darme el que le abrasaba el corazón! Sí, él me amaba, mi imagen lo perseguía, mi espíritu lo esclavizaba, mi cuerpo lo enloquecía. . .

Hablábame cerca, muy cerca de mí, quemándome con su aliento, fascinándome con la mirada, contagiándome su deseo. Sus manos habían abandonado la mía y me oprimían el talle, el pecho. Luego, lentamente, sin dejar de mirarme, sa-

biéndome vencida, acercó su boca a la mía y me besó.

Me besó largamente, intensamente, comunicándome una corriente de fuego por sus labios, que fué minando todo mi cuerpo, que me hizo desear otra caricia, que despertó toda mi carne. Era una sensación rara, indefinible, un deseo de abandonarse, de entregarse toda. Y él, sabiamente, sin apresurarse, con arte de experto consumado, fué despertando otras sensaciones raras, misteriosas, que yo nunca había sentido.

Luego... ¡Oh, Beatriz!... Luego Dios se apiadó de mí, de mi debilidad, de mi locura, e hizo que algunas parejas vinieran a la terraza. Nos separamos, y mientras el conde mascullaba un juramento, yo permanecí agobiada por la vergüenza, por el pudor, que tras breve eclipse volvía a aparecer.

Nos pusimos a conversar en voz baja, es decir, fué él quien hablaba, que yo no me animaba a responderle. Sin embargo, cuando estrechándome la mano me pidió que le prometiera volver por la noche — había un concierto en el club, — yo no pude negarme. Me sentía atada a su voluntad por algo más fuerte que la mía, por un deseo inconfesado y vergonzoso, por algo que iba a arrojarme en sus brazos, pues bien presentía yo que encontraría un medio, un ardid para arrancarme del salón de conciertos y arrastrarme por los otros salones del club, solitarios a esa hora. Y presintiendo el peligro, conociendo como conocía mi propia debilidad, no me negué y prometí ir. Y aun después cuando él ya no estuvo, cuando junto con mi prima me dirigía a casa, aun entonces sabía que iba a volver, que en el último instante me faltaría entereza para quedarme. Por otra parte, estaba en un estado de ánimo que tarde o temprano iba a arrojarme en sus brazos. Y esa noche más que nunca me sentía arrastrada, empujada hacia él, sin que nada, salvo un milagro, pudiera detenerme.

Y el milagro se produjo.

Allí sobre mi mesa de tocador, colocado por la sirvienta, sostenido verticalmente por un florero, encontré un sobre en el que se hallaba escrito, en rasgos enérgicos, mi nombre.

Tuve un presentimiento. Es de él...

Sí, era de él, de Ramiro, que antes de irse, se despedía. Y hacía algo más que despedirse. Se declaraba. ¡Y qué bien lo ha hecho! Su carta la leí, una, dos, cien veces. En ella me explicaba su silencio anterior, la reserva que le había sellado los labios, creyendo que yo nunca lo tomaría en cuenta. Sentía el frío de mi conducta para con él, el alejamiento en que lo mantenía... pero, a pesar de todo, antes de irse me escribía para mostrarme sus sentimientos.

¡Qué bien me hizo su carta, Beatriz! Después de leerla, parecíame que acababa de purificarme de la maldita influencia de Castria. Lo vi tal cual era: calculador, repugnante, acechando mis debilidades, provocando mis deseos para dar un golpe de mano, hacerme suya, y después... después ya no habría obstáculos para un matrimonio que iba a resolverle sus apetitos de dinro. Y yo iba a sucumbir... ¡Dios mío, timblo al pensar en nuestra debilidad, en el peligro en que nos hallamos en una mal cuarto de hora, de comprometer la felicidad de toda una vida! ¡Con cuánto fervor agradecía a Ramiro su carta salvadora!

La contesté en seguida, sin querer pensarlo más, sin tiempo para escoger las frases. Ha sido una carta un poco atolondrada, quizá, pero estoy segura que llevaba un sello de sinceridad tal, que Ramiro no podía interpretarla malévolamente.

Desde entonces nos hemos escrito varias veces. Los días no son para mí más que espacios de tiempo que me separan de la llegada del cartero y que lleno por completo con el recuerdo de Ramiro.

¡Qué hermosas cartas me secribe! No puedo resistirme a la tentación de transcribirte algunos de sus párrafos. Mira, lee estas líneas, que copio de su última:

"Papel que vas hacia ella, feliz papel que tocará sus manos, que sentirás la caricia de su mirada; blanco papel que quizá rocen sus labios, sé tú el mensajero de mi cariño, llévale mis latidos y mis sentires.

"Papelito viajero, murmura a su oído la dulce canción de mi querer profundo. Dile que yo, como un inmenso corazón que se aislara para su cuerpo, he dejado de tentr pasado y de pensar en el porvenir, para vivir tan sólo del presente de su cariño, que, como una roja corriente de sangre, me vivifica y me transforma.

"Papel que impaciente esperas la partida, ansiando la merced de llegar a ella, dile, cuando llegues, toda la tristeza de mi pena de ausencia, mis inquietudes, mi temor a que la diosa fantasía, al soplar sobre su cabecita romántica, como el viento sobre las acacias, haga caer las blancas flores de su ilusión, eclosadas al calor de mi cariño.

"Papelito sutil que te escapas de entre mis dedos, que rehusas ver pintado, quizá por temor de quemarte, el fuego de mi pasión; papelito misericordioso, dile al oído todo lo que siento y no puedo escribir, todo lo que espero y no puedo pedir, todo lo que ansío y no me animo a esperar...

"Feliz papel que tocarán sus manos, que sentirás las cari-

cia de su mirada; blanco papel que quizá rocen sus labios, papelito que vas hacia ella, ¡bendito seas!"

Ya ves, Beatriz. ¡Cómo no estar loca de alegría!

CELIA.

CARTA X

DE ANTONIETA LEAR A RAMIRO VARELA

Mi todo:

¡Te has ido!... ¡Con cuánta tristeza resuenan en mis oídos estas palabras! Es inútil que me repita que tu ausencia sólo durará dos días, que pasado mañana volveré a estrecharte entre mis brazos... ¡Se ha ido, se ha ido!, murmura una voz interior, y al oírla me estremzco toda entera, como si soplara sobre mí una racha helada, un presentimiento trágico.

¡Oh, mi Ramiro, mi dulce bebé! Si tú pudieras imaginar cuánto y cuánto te quiero; si pudieras sospechar aun remotamente la intensidad de mi cariño, no te hubieras ido. Ya sé lo que me dirás: que tu padre te reclamaba, que es tan sólo una ausencia de dos días, que sólo permanecerás uno en Mar del Plata, que te portarás bien, que no tratarás de ver a esa chica de Gamboa que se interpone entre nosotros como un convidado de piedra, que tonificado tu amor por la ausencia tus besos serán más fuertse, tus caricias más ardientes.

Sí, todo lo sé. Yo también, después de dos días sin verte, gustaré en tus labios dulzuras nuevas. Tus besos me parecerán más sabrosos, tus caricias me enloquecerán más que antes; voy a sentir la enorme alegría de verte retornar; pareceráme que te reconquisto, y después de la gran inquietud producida por tu ausencia, ¡con cuánto ardor, con cuánta fuerza voy a estrecharte entre mis brazos!

Sin embargo, preferiría que no te hubieses ido. Yo, que siempre me he burlado de los celos y de la intolerancia en amor, desde que te quiero me he transformado por completo. Siento celos de todo el mundo. No puedo soportar que nadie te mire, que nadie converse contigo, que puedas hallar una distracción fuera de mí, que la vida pueda tener el más ligero encanto para ti cuando no estoy a tu lado. Me parece que me perteneces, que eres mío, todo mío, exclusivamente mío, como si fueras un hijo, como si fueras una obra propia, como si fueras una cosa, como si fueras el más íntimo de mis pensamientos, el más intenso y recóndito de mis deseos.

Te quiero integralmente, exclusivamente, absolutamente, sin compartirte con nadie, no ya con otra mujer, sino ni con un amigo, ni con un deseo extraño a mí, con una inclinación a un arte, a un estudio, a nada que no sea yo.

Te deseo todo, en tu presente, en tu futuro y en tu pasado. Gozo pensando que antes que mí, ninguna mujer pasó por tu vida, nadie te grabó en el corazón un recuerdo y que puedes amarme libre de añoranzas, sin un pasado con el cual establecer comparaciones, sin nada, nada que echar de menos.

Quiero también llenar tu presente, quiero desalojar de tu vida a todo lo que no sea nuestro cariño. Te quiero aislado de afectos, de amistades, de preocupaciones, de penas y de alegrías. Quiero que todo lo tengas por conducto mío. Que no tengas más amigo que yo, más consejero que yo, más amante que yo. Quiero ser la única que provoque tus simpatías, tus inclinaciones, tus ansias, tus deseos.

Quiero que todo me lo debas a mí. Que el mundo exterior se borre para no quedar sino yo y mi cariño.

Te desearía pobre, miserable, sin familia, inútil para el trabajo y para la lucha, para ser yo tu providencia, para que todo lo tuvieses de mí, desde el pan hasta el placer; para ser yo la que apagara toda tu sed, para ser yo la única que te brindara un regazo, la única que te arrullara para hacerte dormir, la única que por la mañana te despertará con una canción.

Sí, porque quiero que tu carne no sienta necesidad de otra carne que la mía; que tus labios no conozcan nunca otros labios que los míos; que tus penas no hallen más consuelos que los que yo te otorgue; que tus alegrías sean imposibles no siendo a mi lado, que tu futuro todo esté lleno de mí, como el presente y el pasado.

A tu lado me siento madre, esposa, hermana y amiga. En ti se ha refugiado mi vida toda. Fuera de ti, el mundo es una cosa triste y tonta; un páramo desolado donde la vida es imposible; un infierno maldito donde se sufre la tortura de no tenerte.

¡Oh, Ramiro, mi bebé adorado! Hablándote de mi cariño me siento como loca. ¡Cómo te has de bular de mí! Pero no, no lo harás, porque tú también me quieres. Aunque infinitamente menos que yo, también me quieres. Déjame que me lo repita una y mil veces. Tú también me quieres... ¡Qué dulce melodía paréceme que alberga esta frase!... Tú también me quieres.

¡Qué feliz soy con tu cariño! ¿No es verdad que nunca cesará, que ha de ser eterno, Es verdad que tú... pero no

quiero seguir aburriéndote con mis cosas. Temo asustarte; que me llegues a ver como a un pulpo de inevitables tentáculos que se ha apoderado de ti y que ya no ha de soltarte, que ha de absorberte todo entero. ¿Y quieres que te diga una cosa? Quisiera serlo. Quisiera en una noche de fiebre y de locura estrecharte en un mortal abrazo, y que ambos, llevando en los labios el sabor del último beso, en los ojos la visión de los ojos del otro, y en el cuerpo el cansancio del último espasmo, bien apretados, bien unidos, nos sumiéramos para siempre en el sueño del cual no se despierta.

¿No es verdad que sería hermoso?

¡Bah! Qué tonta soy. Seguramente que te doy miedo, que empiezas a temer un cariño como el mío, capaz de todo, por conservarte, aun del crimen... Pero no me hagas caso, ríete de mis locuras y quiéreme siempre, mi Ramiro quiéreme siempre, mi bebé...

ANTONIETA.

P. S. — Ayer te escribí esta carta con intención de no enviártela. La leerías hoy, a tu llegada. La escribí porque necesitaba hablarte, forjarme la ilusión de que seguías a mi lado, de que no te habías ido.

La leeremos juntos, pensaba, y luego nos besaremos.

Esta mañana, cuando me aprontaba a vestirme para recibirte, me trajeron tu telegrama, en que me anuncias la postergación de tu venida. ¡Qué triste me puse!

He quedado como un niño al que se le ofrece un juguete o una golosina, y luego de mostrársela, no se la dan. Porque tú, Ramiro mío, eres la golosina más dulce que he saboreado en mi vida; y yo, cuando se trata de mi amor, me siento una niña, una pobre criatura sin otro afán que el de tenerte.

Te envío, pues, esta carta, y no espero que me contestes, sino que vengas. ¡Hasta mañana! — A.

CARTA XI

DE RAMIRO VARELA A ANTONIETA LEAR

Antonieta mía:

¡Qué placer, qué enorme placer me causó tu carta!

Leyéndola parecíame sentirte a mi lado, oír tu voz, aspirar el perfume de tus ropas, sentir los estremecimientos de tu carne.

Cerré los ojos y por un instante viví la ilusión de que tu aliento tibio me acariciaba el rostro y de que tus labios, pertur-

badores como la misma locura, estaban cerca, muy cerca de los míos, que se juntaron para recibir tu beso... ese beso que la ausencia hace doblemente apetecible.

Y esa ausencia, Antonieta mía, debe prolongar tu martirio una semana más, pues mi padre desea interiorizarse en un negocio que debo resolver en Buenos Aires, a mi vuelta.

Ya ves: una semana de ausencia; es decir, un siglo de espera.

En él, mi amor y mi deseo no harán otra cosa que sazonarse, que valorar, ahora que no lo tengo, el tesoro de tu ternura.

Voy a llenarlo con tu recuerdo, con el recuerdo de tus besos, de tus caricias, de tus arrebatos. Y si no logro llenarlo con eso, lo haré con mis ansias acumuladas de verte, con mi enorme deseo de volver a ti.

Ya verás cómo a mi vuelta nos va a parecer que nos queremos más.

Un beso grande, muy grande, que te cubra toda entera.

RAMIRO.

CARTA XII

DE ANTONIETA LEAR A RAMIRO VARELA

Ramiro:

Lo que haces conmigo es incalificable. Tu actitud al enviarme esa carta, en vez de venir tú, es sencillamente infame.

¿Entonces, el señor, mientras yo estoy aquí, enterrada en este hotelucho aburrido, se pasea tranquilamente en Mar del Plata, y me manda a decir que hasta la semana entrante no viene, por no sé qué patrañas que ha inventado? ¡Ah, no! Yo no soy ya una criatura para creer en las infantiles excusas que me envías y no creo una sola palabra.

Yo sé lo que sucede: Te has encontrado con... con cualquiera de esas "tilingas" amigas tuyas y estás como un bobo tras de ellas, olvidándote de mí. Piensas que soy una vieja y que ya te he dado lo que querías. Ahora ya no te intereso, pues pasó ya la novedad. He dejado de ser la señora de Lear, a quien respetabas y deseabas, para ser Antonieta, que se entregó ciegamente, como una tonta, que satisfizo tu capricho, y he concluído por ser una aventura fácil, algo así como una flor que se recoge en el camino, y, luego de aspirar su perfume, se la arroja. Y como te es doloroso el decírmelo, como tienes temor de herirme, me vas preparando.

Pero, te prevengo que no acepto tu compasión. Si has deja-

do de quererme, me lo dices, y todo se acabó. Por muy doloroso que sea, nunca lo será tanto como sufrir la humillación de tu lástima. Además, ya sabes cómo te quiero: todo o nada. Si tú no puedes resolverte a ello... ya lo sabes.

Me dirás dónde he de enviarte tu equipaje, pues si has dejado de quererme, o, más bien dicho, si yo me he engañado creyendo que tú me querías, cuando nunca lo has hecho, es mejor que te ahorres la molestia de verme y que me ahorres a mí el dolor y la tristeza de oír de tus labios las excusas pueriles que has de darme.

Si quieres demostrarme lo contrario, ven tú mismo, no me envíes cartas, y hazte perdonar... que yo... tú sabes que no te guardaré rencor.

ANTONIETA.

CARTA XIII

DE RAMIRO VARELA A ANTONIETA LEAR

Antonieta:

Ya que no crees en mí, ya que es imposible nuestro amor sin mi esclavitud, acepto el temperamento que me ofreces.

Puedes enviar mi equipaje a mi casa calle... nº... así te evitaré la molestia de verme y el trabajo de expresarme personalmente el rencor que pones en tu carta.

Adiós.

RAMIRO.

CARTA XIV

DE ANTONIETA LEAR A RAMIRO VARELA

¡Oh, Ramiro; cómo pudiste escribirme esa carta! N sé cómo he podido leerla sin morir en seguida, sin volverme loca. No, no puede ser; no puede ser, me repito, y vuelvo a leerla, creyendo no haber comprendido bien, haber dejado de leer algún párrafo en que me dices que todo es mentira, que todo es una broma; para castigarme por mi última carta. Pero no; ahí está la crueldad de tu despedida: tu conformidad con nuestra separación, tu tranquilidad cuando me dices que ya no creo en ti y que ya es imposible nuestro amor sin tu esclavitud, que es mejor acceder a la separación que yo propongo.

¡Pero, Ramiro! ¡Si yo he escrito eso en un momento de ira, de desesperación, al ver que no venías, de celos al pensar que

estarías con otra! Si yo sin ti nada valgo, no puedo nada, no se me importa de nada. Yo te quiero como eres, como tú quieras ser, sin imponerte nada, haciendo tu voluntad, tu capricho.

Ante la sola idea de perderte, se desvaneció, como una columna de humo ante un vendaval, todo mi orgullo, mi dignidad, todo, para no quedar nada más que mi desesperación, la enorme desesperación de perderte.

Tú no debes tomar en cuenta mi carta ni esas palabras escritas sin pensar. Calcula lo que es mi amor, toda la inmensidad de mi cariño, y te darás cuenta de que esas frases no son más que hijas de mi pasión, de mi ansia por tenerte, de la tristeza que me causa tu ausencia.

Yo me someto a todo, lo acepto todo, todo menos la idea de perderte. Antes que eso, morir.

Yo ocmprendo, mi Ramiro, mi Bebé adorado, que tú eres joven, que necesitas divertirte, que te gustan los bailes, las fiestas, todo lo que sea bullicio y juventud. Pues bien: todo lo acepto; tú irás a donde quieras, bailarás, te divertirás, no me darás nunca cuenta de tus actos, tendrás si quieres una novia joven y bonita, pero a mí, oh mi Ramiro, mi ídolo, mi Dios, a mí no me olvidarás, tendrás compasión de esta pobre mujer que tanto te quiere, y me querrás también un poquito, y vendrás a verme, y me besarás y serás mío. Yo nada te exijo, nada más que un poco de cariño, un poco de ternura. Y si no lo encuentras en tu corazón, si no te conmueve mi inmenso amor, no me quieras, pero déjate querer, permíteme que te siga amando, sin exigencias, sin lágrimas, sin hacerte jamás una escena de celos, sin entristecerte nunca, sin formularte el más mínimo reproche.

Comprendo que tú no puedes conformarte conmigo, que soy una vie ja, tú que eres un amorcito, que eres la gloria, pero yo seré tu amiga, te aconsejaré, te prestaré mi experiencia, te ayudaré a luchar, a vencer.

Y entretanto tú me amarás un poco. Verás cómo me pondré bella para ti, cómo encontraré para ofrecerte placeres nuevos, encantos desconocidos. Verás cómo tu amor me rejuvenece y me torna bella.

¿Verdad, Ramiro, que vendrás? ¿Cómo pudiste creer que yo te enviara el equipaje, que no quería verte? No sabes que cada cosa que tú has tocado se ha transformado para mí en reliquia, y que si me dijeran que no iba a verte ya más, preferiría quedarme ciega y no volver a ver la luz?

Malo, malito, que me haces sufrir, que me has hecho llorar

desconsoladamente, que haces que aún ahora esté llorando, abrazada a tu almohada, a esa almohada en que aun me parece encontrar el calor de tu rostro, la querida huella de tu cabeza.

Perdóname esta carta llena de incoherencias, en la que ni sé lo que digo, y ven. Verás qué pronto te convenzo de mi cariño, que pronto borro con mis besos hasta el recuerdo de estos días, que tenemos que alejar como una mala pesadilla.

Y ahora, tus labios, mi malo, tus labios que me enloquecen. Bésame y luego cierra los ojos, que te besaré yo, ¿recuerdas?, como lo hacía siempre, en el cuello, en los ojos, en la boca...

ANTONIETA.

CARTA XV

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Novia mía:

Hoy el sol ha lucido con más brillo; las plantas adquirieron nuevas lozanías; las flores fueron más fragantes; el cielo más azul, el aire más tibio, la atmósfera más serena, la brisa más perfumada.

Hoy se me han figurado todos los hombres buenos, y todas las mujeres bellas. Mi optimismo ha abarcado personas y cosas.

La noche, calma y augusta, hase revestido de inusitada majestuosidad. Las estrellas nunca lucieron como hoy, y el ruiseñor jamás desgranará trinos más hermosos que esta noche.

Hoy, paréceme que la ciudad entera se ha revestido de fiesta, se ha envuelto en un hálito de alegría, de felicidad...

Mis tristezas agonizan como negros avechuchos, heridos por el rayo; mi juventud renace y mis ilusiones reflorecen, en un milagroso y fragante reventar de capullos.

Me hallo dispuesto a creerlo todo, a esperarlo todo, a no desesperarme ya por nada...

Hoy, como aquel hombre sin camisa de que nos habla Anatole France, me siento feliz, enteramente feliz. Nada más que a diferencia de él, que nada tenía, yo lo tengo todo, pues tengo tu cariño.

Soy una felicidad que se ha materializado, una dicha inefable, una inmensa y loca alegría...

Y es que hoy, novia mía, te he visto...

Hoy lo creo todo posible. El sol, presa de ignoradas inquie-

tudes, puede comenzar en el firmamento una fantástica danza sideral y el universo, enloquecido, formarle un cortejo de astros ignorados, lejanos planetas y minúsculos satélites, sin que yo me asombre.

Hoy el mar, puede convertir en llamas a sus olas; las montañas pueden disgregarse, confundirse en el nivel común; los árboles y plantas pueden echar a andar y los animales conseguir el habla humana; hoy la obscuridad puede ser luminosa y la luz inundar las tinieblas; nada de eso me llamaría la atención.

Hoy, la bondad puede ser perversa, y la maldad una bendición; las madres pueden odiar a sus hijos y las novias renunciar a sus sueños; las concepciones más fantásticas, los hechos más inverosímiles, las ideas más descabelladas, las esperanzas más absurdas, todo, todo me parecería natural, lógico, posible.

Y es que hoy, Celia mía, me has besado. . .

RAMIRO.

CARTA XVI

CARTA ENVIADA SIN FIRMAR POR ANTONIETA LEAR A CELIA GAMBOA

Señorita: Sé que lo que voy a hacer no es correcto, pues voy a enviarle una carta que no puedo firmar, pero usted, que es buena, va a perdonarme. No le escribo por maldad de enviarle una noticia que quizá le haga daño, sino porque es el único camino que me resta, la única vía que en mi enorme desesperación veo expedita.

Hay un hombre — ¿a qué nombrarlo? — a quien usted atrae irresistiblemente con el encanto de su juventud, de su hermosura, de su bondad. Sé que no está aún enamorado de usted, pero que pronto ha de estarlo. Ese hombre es mío. Lo oye usted bien, señorita, es mío, todo mío, porque en él he depositado todo mi amor, toda mi ternura, todas mis esperanzas, mi vida toda. El es para mí lo único que me hace posible la vida. Por él amo, por él siento, por él vivo.

Si él llega a faltarme. . . ¡Dios mío! . . . no quiero pensarlo, pues volveríame loca.

Pues bien, señorita: hace un tiempo que usted ha comenzado — sin quererlo quizá — a quitármelo. Y no debe hacerlo, señorita, usted que es buena, usted que es joven, hermosa, que ha de tener todo un cortejo de adoradores, que podrá ser fe-

liz con otro, con el que usted quiera elegir... no, no me hará el inmenso daño de quitarme a ese que es lo único que yo tengo, lo único que yo puedo tener.

Yo ya no soy joven, y nunca he sido hermosa como lo es usted. ¡Cuántas veces viéndola pasar la he envidiado! ¡Y ahora más que nunca!

Cuando yo tenía su edad, no me hubiera importado sacrificar a uno de mis "flirts" pues creo que sólo es él de usted. Total, uno más o menos, es sólo asunto de vanidad. Usted no lo ha de querer aún. Le será simpático, atrayente y nada más... Déjemelo, entonces, a mí, que lo adoro, que lo idolatro con toda el alma, a mí que no podría vivir sin él.

Si usted lo rechaza, si usted no lo alienta él volverá a mí. Yo sé, señorita, que con usted no puedo luchar, que saldré vencida si usted quiere vencerme. ¿No es acaso esta confesión mía, suficiente para halagar su vanidad?

Déjemelo, hágame esa limosna, no me quite el único rayo de sol que alumbra mi vida. Yo se lo he de agradecer siempre, seré su esclava, su amiga, su servidora... la sentiré tan ligada a mi gratitud, me será tan imposible olvidarla, la querré tanto que usted no se va a arrepentir del bien que me hará.

Créame, señorita, que para escribirle esta carta he tenido necesidad de acallar muchas cosas en mi interior. Pero sufro tanto pensando en qne puedo perder al motivo de mi vida, que no he titubeado un instante en pisotear mis orgullos, mi dignidad, el respeto de mí misma, para hacerle esta súplica. Usted ha decomprender, señorita, que cuando se llega a estos extremos no es impulsada por un capricho, sino por la más loca e intensa de las pasiones.

Y siendo, como es usted, buena y hermosa, no va a querer hacerme el inmenso daño de negarme el sacrificio que le pido.

Yo, desde ahora, de rodillas se lo agradezco.

A.

P. S. — Señorita: Si cree usted que esta carta es el producto del buen humor o de la maldad de una amiga, y desea saber quién la envía, yo se lo diré. Volveré a pisotear mi orgullo y me daré a conocer. Tenga usted compasión de mí y ahórreme esa vergüenza, pero, si la juzga necesaria, avíseme.

Puede escribir a Poste Restante Nº 69.

¡Sea buena, señorita!

Vale.

CARTA XVII

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Mi vida:

Haces mal en estar celosa. Mi vida sentimental nace en ti, en tu cariño y en él ha de morir. Al margen de tu amor, sólo es posible la indiferencia, el hastío, la melancolía de las añoranzas, el dolor de no sentirme a tu lado.

No quiero tratar de convencerte de que tú eres la primera mujer que cruza por mi vida. Esos feos chismes que te han llevado tienen un fondo de verdad; otras mujeres se asomaron a mi espíritu, pero ninguna, lo oyes bien, Celia mía, ninguna logró entrar, posesionarse por entero de mi ser como tú lo has hecho. Y es porque es la primera vez que he querido. Tú eres el primer amor, el único amor de mi vida. Nadie, nunca fué antes amada como lo eres tú; nadie, nunca será amada como te amo yo. Lo mío ya no es cariño, es una adoración religiosa, una loca idolatría, una sed mortificante, ansia inexpresable, un desvarío que me arrastra más allá de la razón, más allá de lo concebible.

Por ti, por tu amor, por una sola de tus miradas, por la vaga promesa de una sola de tus caricias, por la más leve y fútil esperanza de un poco de tu ternura... ¡qué no daría yo! No sé. Toda mi sangre sería poco para ofrendártela, toda una vida de sufrimientos sería poco para ofrecerla en canje, el dolor de cien vidas sería pequeño para equilibrar en el otro platillo de la balanza la inmensa dicha, la inefable felicidad de un solo minuto, de un solo segundo, de un fugaz instante de cariño tuyo.

No debes estar celosa de mi pasado. Desde que tú me miraste, desde que tus ojos se posaron en mí, lo has borrado definitivamente, no has dejado ni la más ínfima parte de la molécula de un recuerdo. A tu lado, me siento como si acabara de nacer. En mi corazón no hay sitio sino para tu nombre, y mi recuerdo todo está lleno de ti, de tus gestos, de tus miradas, de tus caricias...

Desde que te conozco, todo lo relaciono contigo. La fecha de la primera entrevista — ¿la recuerdas, esa mañana en el baño? — marca un jalón que delimita un pasado, que siento ajeno, con un presente que es todo tuyo.

Pensado en ti, no se me ocurre meditar en otra cosa que no sea en Dios. Paréceme que la idea de tu existencia está ligada a la existencia de lo divino. No te concibo, sino como el fruto de unos místicos amores celestiales. Como los antiguos griegos, cada vez que te contemplo, mi espíritu, exaltado por tu vista reclama altares para adorarte. Allí estarás en tu sitio, hermosa novia que Dios me envía, allí envuelta como en una ilusión por el humo de los incensarios, iluminada por la luz de los cirios de mi devoción, y escuchando la ofrenda de mis plegarias que eternamente te murmuran al oído: Celia mía, que estás en mi alma...

Así te concibo; como un don de Dios; como una bendición del cielo; como una de esas lluvias benéficas que caen sobre los campos resecos; como una mañana de sol, tibio y reconfortante, después de una noche helada, en que el cielo ha torturado nuestras carnes; como una caricia piadosa después de un gran dolor; como un bálsamo milagroso sobre una herida; como una brisa fresca y suave después de una tarde de fiebre, como un consuelo después de una gran desesperación, como un instante de calma después de una gran angustia...

¡Oh, Celia mía! ¡Qué mal haces en torturarte con celos intúiles! Es casi un sacrilegio creer posible una traición cuando existe un cariño como el mío, que ha borrado mi pasado, que llena todo mi presente, y que desborda hacia el porvenir con la inefable promesa de sus futuras ternuras...

Pero no; tú no lo harás. Tú has de creer en mí, como yo creo en ti, ampliamente, absolutamente, sin ninguna reserva.

Sé que alguien tratará de desviarte de mi cariño. ¡Hay tantos envidiosos de la dicha ajena! Tú no debes hacerle caso. No me condenes jamás sin oirme, y piensa que aun aquellas cosas que puedan parecerte más inexplicables, pueden ser explicadas. No me pidas que sea claro ahora. No puedo. Ya llegará el día en que me darás la razón y habrás de agradecerme la reserva de hoy.

Por ahora, si me quieres, ha de bastarte saber que yo... ¡oh!, pero no voy a hacer nuevamente la profesión de fe de mi cariño. Sé que sería inútil. ¿Qué puede escribirse, qué palabras existen capaces de traducir un amor como el mío?

Cuando dudes, llámame y mírime en los ojos. Allá, en el fondo de ellos, leerás, más elocuente y decisiva, toda la verdad.

Y esa verdad sólo te dirá una cosa: Te quiero.

RAMIRO.

CARTA XVIII

DE ANTONIETA LEAR, SIN FIRMAR, A C. GAMBOA

Señorita: Es usted un corazón duro, señorita Celia Gamboa. Lo que ha hecho usted conmigo, devolviéndome mi carta, esa pobre carta en que intúilmente he tratado de conmoverla, no tiene nombre. Ni siquiera ha querido usted que yo me engañara creyendo que quizá hubiera logrado enternecerla, apiadarla, y me devuelve mi carta, sin una palabra suya, envuelta en el más insultante de los desprecios. ¡Me desprecia usted, señorita! Lo comprendo: me desprecia porque he acudido a usted, una rival, mendigándole su compasión; porque no he reparado en mi dignidad, en mi orgullo, para solicitar algo que usted sólo concibe como el precio de una conquista.

Me desprecia usted, ignora lo que es querer, lo que es amar de veras, como amo yo, locamente, furiosamente, sin ver otra cosa que el ser amado, sin importársele de nada que no sea su cariño; no concibe que se haya hecho lo que he hecho yo... y seguramente no imagina lo que soy capaz de hacer: todo.

Todo sí, para reconquistar lo que me quitan, lo que quieren quitarme, lo que es mío.

Todo, todo. Usted, que nunca ha querido, que ni sospecha remotamente cómo es capaz de querer una mujer como yo, no se lo imagina.

Así como descendí a la súplica, a la humillación de arrastrarme a sus pies gritándole "¡Piedad!", así como maté mi orgullo, mi dignidad, mis vanidades... así también soy capaz... ¡qué sé yo de lo que soy capaz! Pero cada vez que después de un esfuerzo de voluntad, después de un instante de calma, de razonamiento, pienso que Ramiro puede no volver más, dejar de quererme para siempre... oye usted... para siempre... ¡Con qué raro sonido retumba en los oídos esa palabra "siempre!"... ¡Oh!, entonces me siento capaz de todo... de todo... ¡hasta del crimen!

Matar por él... sería casi una voluptuosidad nueva. Después me arrestarían, y mientras buscara un instante para ahorcarme en la cárcel. en el primer descuido de los guardianes, qué inmenso goce el mío, de ofrecerle a él, a mi elegido, a mí adorado, el holocausto de mi nombre, de mi posición, de mi vida... ¡sería como si volviera a entregarme a él, en una forma más completa, más definitiva!

Morir... morir por él. ¿Lo concibe usted, señorita?

¿Lo ama usted lo suficiente como para que esa idea no le haga mal, para alegrarse, ante esa perspectiva? ¿Sería usted capaz de llegar a ofrendarle tanto?

No... no sería usted capaz, pues fuera para ello menester quererlo como yo... y como yo, nadie lo quiere, nadie lo quiso nunca, ¡nadie lo querrá jamás!

Ya ve usted. En mi primera carta le he suplicado. Fué inútil. En esta la pongo en guardia.

La pongo en guardia contra su coquetería, contra su vanidad de mujer, que no quiere renunciar a ninguno de sus adoradores, y la pongo en guardia contra mí misma; contra una mujer enloquecida de dolor que ya ha perdido el control de sí misma, que ya no sabe, cuando piensa en su amor, lo que es el mal y lo que es el bien; contra una leona rabiosa a quien quieren arrebatarle sus cachorros; contra un peligro enemigo que odia con la misma intensidad con que ama.

¡Cuidado, señorita, mucho cuidado!

No me robe lo que es mío... porque yo he de reconquistarlo, y si no puedo... entonces usted tampoco va a poder disfrutarlo. Se lo juro por él, que es el juramento más solemne, más sagrado que pudiera hacerle.

A.

P. S. — Señorita: Quizá me he excedido en esta carta, y he llegado a lastimarla. Si usted buenamente quiere olvidarse de Ramiro, y necesita para ello olvidarse primero de mis amenazas... hágamelo saber, señorita, que yo iré a arrojarme a sus pies y a pedirle perdón.

Vale.

CARTA XIX

DE ANTONIETA LEAR A RAMIRO VARELA

Mi vida:

Nuestra novela toca a su fin. He hecho todo lo posible por prolongarla, por agregarle un capítulo, acudiendo a los ruegos, a las súplicas, a las amenazas. Todo ha sido en vano. Perseguí una quimera. Sólo me queda la sombra de un sueño desvanecido... y mi alma toda, mi ser, va cual hoja arrastrada por el viento, tras la nada de sus destinos. Y cual un doloroso gemido, se apagan mis esperanzas, mis ilusiones todas.

Y aun vivo, vivo tan sólo del recuerdo tuyo, de la dicha pasada, de esos días que jamás volverán.

Jamás... Qué trágicas resonancias tiene esa palabra en mis oídos. Pensar que nunca, oyes bien, nunca, nunca he de volver a oir tu voz acariciándome los oídos con palabras de cariño; que nunca, nunca he de volver a ver en tus ojos, cuando desfallecida de amor nuestros rostros se juntaban; que nunca volveré a besar tu boca, esa boca a la que yo había enseñado a enloquecerme con sus besos; que nunca, nunca más te estrecharé delirante entre mis brazos... nunca... nunca más.

¡Fuí tan dichosa a tu lado! La vida se presentaba bajo aspectos nuevos. En todo lo que me rodeaba, aun en las cosas más vistas y vulgares, encontraba yo encantos nuevos. Y es que todo lo miraba a través de tu cariño, del inmenso optimismo que me infundía tu amor. Lo eras todo para mí. Te ofrecí vivir mi dicha con las migajas que tú quisieras arrojarme, sin exigirte nada, sin pedirte otra cosa que la limosna de un poco de tu ternura, que tú me darías cuando quisieras, sin obligaciones, sin compromisos. Eras mi ídolo y tan sólo pretendía adorarte, sin exigirte más retribución que la que quisieras darme.

Tú no lo has querido, ni siquiera te has dignado contestar a mis cartas, envolviéndome en el más insultante de los desprecios: del silencio.

Yo hubiera deseado una palabra tuya, cualquiera, aunque fuera para execrarme, pero con la cual conservara la ilusión de que algo persistía entre nosotros, un lazo que nos unía, que iba del uno al otro, aunque estuviera constituído por el odio, por cualquier cosa que no fuera tu indiferencia, ese mutismo que es la nada, que es el fin definitivo.

¡Bien presentí que mi dicha había de terminar! Era demasiado bella, demasiado hermosa para que durara mucho. Yo no supe medirme. Me di toda entera, te entregué todo mi ser, de golpe, sin hacerte desear nada, sin darte tiempo de aspirar a algo que no tuvieras inmediatamente. Todas mis caricias, todas mis ternuras, todo mi amor lo arrojé a tus pies en una sola y única ofrenda. No tuviste tiempo de desearme, de torturarte esperando, de sufrir una duda; quizá por eso te has hastiado. El amor, como ciertos dulces, debe tomarse poco a poco para poder gustarlo. Pero yo no calculé nada, no pensé en nada, y como una chiquilla, me entregué toda, feliz de darme, de no conservar nada para mañana, no quieriendo creer que llegaras a hastiarte. Y ahora pago mi culpa perdiéndote, es decir, perdiendo todo lo que me hace apetecible la vida.

Por eso, serenamente, he resuelto irme. Sí; viviendo cerca de ti sé que no podré menos que importunarme. Y como te

sigo queriendo, como continúas siendo para mí el eje de todo el mundo, me suprimo.

Sí, Ramiro; voy a morir. No creas que tedigo esto como una amenaza, ni para conmoverte. No. Cuando leas esta carta, será demasiado tarde para impedir, aunque fuera con una piadosa mentira, lo irremediable: ya habrá sido.

Por eso debes crer sincera esta carta. ¡Dios mío, qué desdichada soy!

¿Por qué te hiciste querer, por qué me mentiste un cariño que nunca has sentido?

Pero no, no quiero turbar esta despedida con intúiles reconvenciones. Sólo quiero hablarte de mi cariño, por última vez. Y lo haré sin odio, sin rencor, como si nada ingrato hubiera pasado entre nosotros, como si no existiera el dolor que me martiriza.

Yo te quiero Ramiro; te adoro; y si alguna vez me recuerdas, ten presente que todos, todos los momentos de mi vida, desde que te conocí hasta el de mi muerte, los he endulzado con el recuerdo de tu cariño, y que bajaré a la tumba, dichosa, pronunciando tu querido nombre: "Ramiro mío, que estás y vivirás etenramente en mi alma"...

A tu lado me olvidé de la realidad de la vida. Me sentí joven y creí que tú me verías joven. Creí que basctarían, para satisfacer tus ansias de amor y de vida, las ternuras que yo te ofreciera, y embriagándome con tus besos, enceguecida por tus caricias, no me acordé de tu juventud, de que comenzabas a vivir y que estarías sediento de emociones nuevas, con esa fiebre de cambios que en la primavera de la existencia nos hace ambicionar todo lo que tenemos, correr tras todo lo que nos huye y desear donde no estamos.

Pasé por tu vida... fuí un momento que no puede eternizarse, un relámpago que al nacer estaba destinado a apagarse. Fué un gran error querer armonizar mi cansancio en la lucha por la felicidad con la bullente actividad de tus pocos años. Tú eras un astro que salía. Yo uno en el ocaso. En un momento dado, nuestras luces fueron iguales y nos creímos iguales también nosotros. Pero pasó el tiempo y tú has continuado subiendo, mientras yo bajaba. Cada día seremos más distintos, estaremos más lejos una de otro. Llegaría el momento en que ambos nos preguntaríamos, asombrados, cómo fué posible nuestra conjunción... Y yo, Ramiro, yo que en ti ya no soy más que un recuerdo, no quiero que nunca llegue ese día. Contigo, a tu lado, me he forjado la ilusión que renacía,

de que mi juventud reverdecía al calor de tus besos. No puedo, no quiero ahora mirar a la realidad.

Me esperan, después de esta última ilusión, el frío de mi otoño, el espantoso frío de mi invierno. Tengo miedo de conocerlo. Me siento cobarde, incapaz de sufrir la tortura de su abrazo de hielo. Y me voy...

Adiós, Ramiro. Que seas feliz. No quiero que guardes de mí un recuerdo amargo, ni que mi añoranza turbe tus noches con un remordimiento. No me mato por ti. Me mato porque así debía ser. A ti... a ti sólo debo los instantes más dichosos y más felices de mi vida.

Déjame que te bese, por última vez, con toda la fuerza de mi desesperación, con toda la dulzura de mi tristeza, y bésame tú también, en la boca, fuerte, muy fuerte, como lo hacías siempre.

Adiós...

ANTONIETA.

CARTA XX

DE RAMIRO VARELA A ANTONIETA LEAR

Antonieta mía: Cuando recibí tu carta corrí a tu casa como un loco, para ver si aun llegaba a tiempo. El portero me ha detenido en la puerta, no permitiéndome pasar. He preguntado por ti y se me ha dicho lo que ha pasado.

¡Oh, Antonieta, cómo pudiste hacer eso! Con cuánta angustia he escuchado de labios de tu criada los detalles de lo que has hecho. Sentí un nudo en la garganeta, una atroz opresión en el pecho, que parecía querer estallar; un agolpamiento de lágrimas en los ojos. He necesitado que me repitiera que el peligro mayor había pasado, que el médico aseguraba que no corrías riesgo ya si permanecías tranquila, para que yo me resolviese a irme, y no quedarme toda la noche en los umbrales de tu casa, como un perro cuyo amo está adentro.

Cuando pensé que por mí, por causa mía, pudo suceder que tú murieras, sentí un enorme rencor contra mí mismo, contra mi estúpida pretensión de hacerte sufrir un poco, en venganza de los anónimos enviados a la chica de Gamboa.

Sí, porque fué debido a eso mi silencio. Cuando tú me enviaste la primera carta, me sentí conmovido, y dudaba entre escribirte o volver; cuando recibí la segunda, aquella airada en que me preguntabas dónde habías de enviarme mi equipaje, no quise ser yo el que cejara, y te contesté, también yo, una

carta mala, fría, que estaba muy lejos de ser sincera. Nunca creí en una separación. Eran pequeñas borrascas en un vaso de agua, hijas de la intensidad de nuestro cariño. Por otra parte, me place el verte así, celosa sancionando lo enorme de tu cariño con esa actitud de leona que defiente a sus hijuelos. Era para mí un motivo de orgullo sentirme querido así, pulsar toda la intensidad de tu querer, palpar todo aquello de que eras capaz por mí.

Entonces recibí tu tercera carta; me llegó a lo más recóndito del alma, conmoviendo las fibras más íntimas de mi ser. Ese llamamiento suplicante de tu amor no podía quedar sin respuesta. Escribí varias, y a todas las encontré pobres, frías, indignas de servir de contestación a tus misivas.

Yo tedebía algo más, algo que te resarciera de los padecimientos sufridos, de las angustias pasadas. Tenía que convencerte de mi ternura, de mi cariño, de cómo y cuánto te quería.

Entonces decidí ir y darte una sorpresa, presentándome sin previo aviso.

¡Qué hermosa sería nuestra reconciliación! ¡Cómo iban a saber nuestros besos después de la pequeña nube pasada entre nosotros!

No nos diríamos nada, no nos explicaríamos nada. Tú abrirías los brazos, yo me arrojaría en ellos, y así, estrechamente unidos, después de besarnos mucho, nos parecería que nada había ocurrido entre nosotros, y la vida continuaría su ritmo más alegre, más hermosa que nunca.

El día que me embarcaba se recibió aquí tu primer anónimo. ¡Qué insensata ira me acometió! En vez de pensar que él era el resultado lógico de tu cariño, de mi silencio, de tu desesperación, me sentí humillado, empequeñecido, con esa especie de tutela que yo vi que tú querías ejercer en mi vida, y lleno de rabia me rebelé contra lo que me resultaba una tiranía insoportable. ¿Entonces, era yo una cosa sobre la que tenías un derecho de propiedad, o me considerabas un niño a quien no se consulta antes de adoptar una decisión tan grave como la que habías tomado? No; era inaguantable esa intromisión en mi vida, y yo... yo que te quiero, que te adoro con toda el alma, que nunca he dejado de quererte, que siento un raro goce en abandonarme a tus caricias, decidí independizarme de tu voluntad y castigarte con mi mutismo por tu conducta. Después, cuando tú sintieras el dolor de mi silencio, entonces, volvería e íbamos a gustar el único placer aun no gozado: el de la reconciliación.

Después... después fuiste mala. No estuvo bien hecho eso

de enviarle a la pobre chica amenazas tan fuera de tono, tan intempestivas. Fué, quizá, el único momento en que realmente llegué a incomodarme. Se hacía necesaria una explicación amplia entre nosotros, que delimitara de una vez la jurisdicción de nuestro cariño, omnipotente para nosotros, pero que no debía invadir el terreno de extraños. Pero, no es ahora el momento de reconvenciones. Si hubo un poquito de culpa, harto la has purgado. Lo único que he de reprocharte es tu creencia en lo frágil de mi cariño. Te crees un capricho en mi vida, una flor que se coge al pasar, y que una vez que se han aspirado sus perfumes, se arroja falta ya del encanto de la novedad, o porque otra flor, aun no gustada, nos llama la atención, más allá, al borde del camino. Y eres injusta con mi cariño. Yo te amo mucho más de lo que tú crees. Eres para mí, la divina sacerdotisa del placer, en cuyo templo me ha sido dado conocer la verdadera vida. Nadie como tú podrá poner en mi vida una nota más tierna, más exquisita, más enloquecedora.

Tus caricias me han atado a tu carne, como tu cariño a mi espíritu.

Eres la primera mujer que conozco, la primera que merece ese títulos. Otras... ¡bah!, las otras sí fueron caprichos. Podrán quizá mañana volver a atraerme con la luz del artificio de la novedad, con el encanto de lo desconocido. Podré ir hacia ellas para saciar una curiosidad, pero volveré siempre a tus brazos, para ahogar una desilusión más: la desilusión de no haber encontrado en ellas lo que buscaba; de encontrarlas a todas iguales, hechas de la misma carne... de esa carne que nos hastía, cuando se rasga el velo de la ilusión con que nosotros queremos revestirla.

Y volveré, como vuelvo ahora, más amante, con una ansia de olvido, con un enorme deseo de volver a encontrar la mujer después de haberme, vanamente, querido engañar con esos muñequitos de trapo.

Y nuestras caricias serán vehementes, nuestros besos más intensos, nuestros goces más embriagadores.

Tú, como una piedra preciosa que hubiera tallado un artífice sutil, girarás sobre ti misma, mostrándome cada día una faceta nueva... y así, renovándote siempre, has de espantar el hastío, ese hastío que tanto temes, y cuyo nombre suena a hueco y parece un sarcasmo, después de oir desgranarse la sublime música de tus besos, después de sentir, torturante a fuerza de ser interesada, la enloquecedora emoción de tus caricias...

RAMIRO.

P. S. — De más está decirte con cuánta impaciencia aguardo el instante en que pueda verte, con qué enorme lentitud van desfilando los minutos que aun nos separan. Es menester decirle a tu médico que me dé permiso para verte.

Tengo hambre de ti, de tus besos; sed de mirar tus hermosos ojos desfallecientes. Es como si de golpe se hubieran despertado todas mis ansias. Al evocar tus encantos, parece que los deseo más aún que antes, caundo no los conocía y aspiraba a develar su sagrado misterio.

Ya ves; tú, lejos de hastiar cuando te entregas, eres como ciertos alcaloides: atas para toda la vida.

CARTA XXI

DE ANTONIETA LEAR A ESTER MARTINEZ

. . . . . .

. . . y entonces, agotados todos los medios, tuve que recurrir a este extremo, de simular una tentativa de suicidio.

Te confieso que en un principio tuve intenciones de hacerlo de verdad. Pero. . . morir ahora, cuando aun era posible atraerlo, cuando aún nos esperan momentos tan dichosos, cuando aun podemos ser tan, tan felices

. . . . . .

ANTONIETA.

CARTA XXII

DE ANTONIETA LEAR A ESTER MARTINEZ

Ya estoy aquí, en plena tierra y en pleno idilio. ¡Pobre Ramiro! ¡Cómo ha sufrido con mi falsa tentativa de suicidio! Todos los días me venía a ver, se sentaba junto a la cabecera de mi cama, y tomándome una mano que yo le abandonaba con languidez, comenzaba a besármela lenta, interminablemente. Yo entonces quería hablarle, sentía que me ahogaba la ola de ternura, pero él, temiendo por mi salud, me cerraba la boca con un beso, y me suplicaba: "No, no hables, te vas a fatigar. Estate tranquila".

Y sus labios, suavemente, volvían a besarme, en la frente, en la boca, en los ojos, que yo cerraba ante la caricia leve tenue, que era como un ligero cosquilleo de pluma. Y me abandonaba a sus mimos, a sus cuidados percibiendo yo también

una dulce voluptuosidad al sentir una fortaleza a mi lado, un brazo vigoroso, amparando mi debilidad.

Tanto me sugestioné que concluí por sentir los dolores que lamentaba Ramiro, la debilidad que me imponía reposo, la laxitud de los convalecientes. La mentira de mi envenenamiento, después de envolver a Ramiro y hacerlo volver a mí, lleno de remordimiento y de amor — de ese amor que despierta la posibilidad de un pérdida defininitiva, — ha acabado por envolverme a mí misma, y te juro que en los ratos que estaba junto a él me sentía enferma, yo estaba convencida de la verdad de mi mal.

Aun ahora, que ya pasó, cuando en nuestras expansiones nos acordamos de mi "mal cuarto de hora", como lo llama Ramiro, estoy plenamente convencida de que intenté suicidarme y de que tras muchos cuidados se me pudo salvar. Es necesario que piense, que haga una llamada a mi memoria para recordar que todo fué una farsa... y como eso me molesta, trato de olvidarlo, hasta tal punto, que estoy convencida de que dentro de poco voy a poder jurar, sin que nada en mi interior se rebele, que fué cierto mi suicidio.

Pero quiero ponerte al tanto de mi vida, y trataré de no hacer, como de costumbre, más disgresiones.

Durante mi convalecencia, Ramiro fué un amigo incomparable. El pobre muchacho quería redimirse de la culpa de haber sido el causante de mi mal, y se rehabilitaba a fuerza de atenciones y cuidados.

Creo que yo era una enferma interesante. Jamás lo recibía, como puedes imaginarlo, sin una previa y larga estada en el tocador. Dejé de ponerme rosa en las mejillas, mezclando los polvos de "Rachel" con otros blancos para acentuar la palidez, y agrandándome los ojos con negras ojeras que me sentaban muy bien, sobre todo en mi papel de enferma. No puedes imaginarte cuánta languidez dan a la mirada unas ojeras hechas con un poco de arte.

Antes de recibirlo me dejaba las manos un largo rato en una palangana de agua helada; así él las encontraba frías y las calentaba entre las suyas, o bien besándolas largamente. ¡Qué tardes deliciosas pasé entonces! Nunca he gozado de un placer igual, calmo, sereno, sintiendo la voluptuosidad de ser acariciada así, suave, dulcemente, sin excitaciones sexuales, sin atormentarse por la bestialidad del deseo, como una novia de quince años, a quien la inocencia del novio y la propia pureza permiten gozar ese tenua matiz que no es deseo y no es indiferencia.

Así pasaron los días, hasta que una tarde... nuestros labios se besaron más prolongadamente, y como yo ya estaba mejor, más fuerte... en fin, que me pareció que todo era nuevo, que nunca hasta entonces nos habíamos pertenecido.

Pero he tenido miedo de permanecer en Buenos Aires, donde Ramiro está cercado de tentaciones, y he querido concluir mi reconquista con un mes de idilio, de vida bucólica, aquí en la sierra. He dicho a Ramiro que el médico me recomendaba una estada tranquila en la montaña, y él, después de vencer ciertas resistencias en su casa, se ha venido conmigo aquí, a Tanti, un pueblecito perdido entre las sierras, lejos del ferrocarril, aislado del mundo, donde yo soy la única mujer que pueda interesarlo. Comprenderás todo lo que gano al compararseme a las rústicas lugareñas, gentes sucias, semisalvajes, con olor a establo y modales de mozo de cordel.

Después de esta temporada se habrá acostumbrado tanto a mí, lo habré conquistado tan completamente, que nadie ni nadie será capaz de arrebatármelo.

Estoy completamente dedicada a él. Vivimos en una pequeña casa de pensión — somos únicos inquilinos — situada sobre el arroyo. La patrona ocupa, con una hija, un cuarto al fondo, abandonándonos el resto de la casa, esto es, tres piezas: el comedor, mi dormitorio y, al lado, un pequeño dormitorio para Ramiro, pues aprovechando mi necesidad de reposo, he reparado el error, que cometí en Adrogué, de esa constante intimidad.

Cuando Ramiro se retira a su dormitorio, yo me pongo el antifaz de goma y me hago el tocado conveniente para dormir. Cuando Ramiro llega por la mañana, ávido de caricias, estoy a veces levantada, y lo hago esperar hasta la noche, pretextando entonces un dolor de cabeza, y lo tengo así uno o dos días aumentando su deseo, calmándolo a pequeñas dosis, sin permitirle nunca el hartazgo, que genera el hastío. Siempre insatisfecho, alimentando sus ansias sin poder nunca satisfacerlas del todo, se han borrado para siempre esas noches triunfales y esas mañanas en que ambos, postrados por dulce cansancio, llegábamos a mirarnos casi con indiferencia. Ahora no. Mis besos, sabiamente concedidos, siempre son deseados, como mis caricias, mis ternuras, toda yo.

¡Oh!, ahora me cuido, no me dejo llevar por mis impulsos, ahogo la voz de mi propio deseo, y conquisto a mi amante sabiamente, cerebralmente. Ahora sí que estoy segura de que nunca se ha de ir, ahora, que he encendido perennemente en él la llama del deseo.

¡Bastante cara pagué mi impresión primera, ese darse francamente, toda entera, sin condiciones, para que vuelva a repetir el error!

¡Y cómo deseo a veces abandonarme! ¡Cómo tengo que contenerme cuando rehuyo sus besos, y le hablo de mi debilidad para no saltarle al cuello, para no ahogarlo con mis caricias!

Pero, en cambio, ¡qué satisfacción cuando pienso que ahora, que sólo ahora es mío, bien mío, todo mío!

Ya se ha olvidado de esa chica de Gamboa que tanto me ha hecho sufrir. Ha sido un amorio pasajero, sin consecuencias, que no tuvo tiempo para grabarse en el recuerdo. Es claro... ¡cómo iba a luchar conmigo esa pobre chica que nada sabe de la vida!

Ramiro acaba de escribir una carta larga a su padre, y va a echarla al correo. Me pide la mía para despacharlas por el "chasque" de hoy. Termino, pues, prometiéndote continuar en la próxima mis confidencias.

Te abraza.

ANTONIETA.

CARTA XXIII

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Como te dije en mi anterior, estaba resuelto a partir de Buenos Aires la semana pasada. El médico me ordenaba pasar un par de meses en la sierra, a lo que me resolví gustoso, puesto que ese mismo tiempo tú lo pasarías lejos de Buenos Aires, en Rosario de la Frontera. Buenos Aires sin ti es una fea ciudad. Prefería estar lejos de ella mientras durase tu ausencia, y he venido a este pueblecito perdido en las sierras, esperando que tú regreses a la ciudad, mientras se va borrando mi maldita bronquitis. Pero el hombre propone y los medios de transporte disponen. Para llegar hasta aquí es menester una combinación de ferrocarril y diligencias que, por haberla perdido, no me permitió llegar hasta ayer.

He encontrado, para darme la más dulce de las bienvenidas, tu querida cartita. Aun antes de contestar las mil preguntas de la dueña de la casa de pensión, la he leído apresuradamente, dejando para más tarde el releerla con más calma.

Luego fuí al pueblo — mi casita está situada junto al arroyo, en las afueras — a efectuar algunas diligencias, y cuando

volví, el sol, moribundo, se arrojaba en el ocaso, tras las montañas, que parecen ribetear con un negro festón la línea del horizonte.

Deshice mis maletas, y después de cenar, vencido por la fatiga del viaje, me dirigí a mi dormitorio. Este, por lo diminuto, parece la cabina de un barco. Una pequeña ventana que mira hacia las sierras, y la puerta que se abre en dirección al arroyo, ensanchan el panorama que los muros quieren vedarme. Un sencillo juego de muebles claros, estilo inglés, compuesto de un pequeño lecho, de un ropero de media luna y una mesita de noche, que armonizan con las exiguas dimensiones de la estancia, dan a mi dormitorio las apariencias del cuarto de dormir de un colegial.

De entre mi equipaje saqué una estatuíta que compré antes de venirme, en Buenos Aires; y la coloqué sobre la mesita de noche, junto a la bujía, que aquí reemplaza a la luz eléctrica. Es una figulina de "terracotta", a la que una pátina artificial da apariencia de bronce viejo. Representa al pudor: una mujercita desnuda, cubriéndose el rostro, que trata de volver, con un brazo doblado en ángulo y la mano del otro.

En su cara oculta, adivino yo la angustia de su vergüenza, al sentirse mirada así, tan sólo cubierta por el apretado y sedoso traje de raso de su piel.

Los pies se confunden en la masa del pequeño pedestal, del que surgen, finas y esbeltas, las pantorrillas, que independizan de la masa común a las primeras curvas, las que delineadas por completo suben por las piernas, formando la dulce redondez de las caderas, que se ensanchan como para formarle una aureola a la griega del bajo vientre, y se estrechan luego para morir en las axilas, como si los pechos, pequeños y erectos, hubieran necesitado, para poder formar sus dos medias esferas, toda la armonía que pudiera restar en sus curvas...

Me acosté, y ya en el lecho, volví a leer y releer tu carta, hasta que el sueño fué cerrándome los ojos. Quise apagar la luz y miré hacia la bujía. Su llama, vacilante y pequeña, colocada a un lado de la estatuíta, dábale una singular coloración, y, como agitada por ese esfuerzo, no se atrevía a ir más allá, rasgando las tinieblas que daban a mi estatuíta un fondo negro, donde pudiera resaltar. La pátina desaparecía bajo el dorado color de la luz, que parecía revestirla con un cutis de mujer. Poco a poco la figulina fué creciendo hasta tomar proporciones naturales.

La cabellera tornóse dúctil, ondulando sobre la espalda, que semejaba animarse con leves estremecimientos; un ligero tem-

blor recorrió todo el cuerpo, y el pecho, como si por milagro hubiera recibido un soplo de vida, comenzó a agitarse, iniciando un acompasado movimiento de vaivén, marcándose dulcemente en los senos.

La contemplé un instante, extasiado. Luego, un presentimiento, una idea que cruzó por mi cerebro con seguridades de certeza, me hizo exclamar, anhelante, un nombre:

—¡Celia!

El corazón nunca se equivoca. Cayeron de su rostro el brazo y la mano que lo cubrían y vi tu carita, hermosa y buena, que me sonreía.

Yo caí de hinojos, anonadado por la visión. En ese momento, olvidando mi condición de hombre, las fibras de artista que todos llevamos en el alma, unidas, se arrodillaron como vencidas por el espectáculo de tu belleza. Y no animándome a dirigirme a ti sino en oración, busqué inútilmente en mi memoria las frases dispersas, olvidadas, de las plegarias que aprendí de niños, balbuceando torpemente como único homenaje, como síntesis de todas les excelsitudes, tu nombre:

—Celia, Celia mía.

Me miraste; y tu sonrisa, luminosa como una mañana de diciembre, volvió a dibujarse en tu boca, roja como una herida recién abierta.

Yo enmudecí.

El deseo, como una ola de fuego, comenzó a quemarme las entrañas. Sin embargo, no me animaba a hablar, a moverme, temeroso de romper el encanto de ese instante.

Tú, entonces, misericordiosa y buena, leyendo en mi alma a través de mis ojos, me tendiste los brazos, repitiéndome el último párrafo de tu carta:

"Bésame, y dame en tus labios, cuanto para mí tienes. Piensa que sólo vivo para ti, que soy toda tuya..."

Y agregaste luego: Tómame...

. . . . . .

¡Oh! ¡qué tortura lacerante y deliciosa la de la intensidad de nuestras caricias! ¡Con qué frenesí de locura nuestro espíritu, hecho uno solo, se enseñoreó de nuestro y único cuerpo!

Parecíame que tú y yo dejábamos de ser nosotros, perdíamos nuestra individualidad, para construir un ser nuevo, un Dios que falta en el Olimpo y que sintetice todo el amor, el amor completo del espíritu y de la carne: una especie de refundición de Cupido, Minerva y Venus afrodita...

. . . . . .

Cuando el deseo, como un monstruo apocalíptico, sació su

sed en nuestras carnes, tú me dijiste, acurrucándote junto a mi pecho:

—Tengo frío.

Y yo, entonces, te vestí de besos...

. . . . . .

De los pebeteros escapábase un humo espeso de incienso, que poco a poco nos vedó al uno la vista del otro, y metiéndose en nuestras gargantas, puso un acre sabor en nuestras bocas.

—¿Será el sedimento de amargura que deja el pecado? — me preguntaste, aun estando convencida de que no era eso, únicamente para provocar mis dulces protestas.

Yo, entonces, te besé en la boca.

Y fué de miel nuestro beso...

. . . . . .

Quise apagar los pebeteros y me incorporé en el lecho.

Y desperté.

Volví a la realidad como a una pesadilla.

Sobre mi mesa de noche, la bujía agonizaba. En su humeante pabilo, restaba, como una estrella lejana, un último puntito luminoso.

Y hundiéndose en las tinieblas, mi estatuíta del pudor, patinada como un bronce antiguo, volvía a sus primitivas dimensiones, a su inmovilidad primera.

Los últimos restos de mi ensueño se esfumaban, se hundían en la niebla de los recuerdos imprecisos.

Hice un esfuerzo por sumirme nuevamente en el mundo de la ilusión.

Fué en vano.

Sin embargo, divina, a pesar de la lógica, de la razón y de la distancia, ayer fuiste mía...

RAMIRO.

CARTA XXIV

DE CELIA GAMBOA A BEATRIZ CARRANZA

Querida Beatriz: Estoy pasando por un momento decisivo de mi vida. Es un desconcierto enorme, una lucha entre mis deseos y la conciencia del deber, una especie de derrumbamiento interior, que en vano pretendo impedir. Es como si sintiera tambalear todas mis convicciones anteriores, como si perdiera consistencia mi moral, como... en fin, es en vano que quiera explicarte. Prefiero que conozcas los hechos.

Desde hace un tiempo, después que Ramiro volvió de las

sierras, su cariño para mí ha cambiado. El dice que no, que lo único que pasa es que se ha hecho más intenso, más completo, más absoluto, pero no es cierto: ha cambiado.

Antes era como uno de esos novios de novelas, sentimental, enamorado de una bella frase, respetuoso, incapaz de lastimar ninguno de mis pudores, pareciendo, por el contrario, gozarse en verme así, cerrada en mis intimidades, como una niña inviolable, sin solicitar de mi amor más gracia que unos besos pequeños, castos, que parecían satisfacerlo ampliamente. Y yo... yo también era feliz. Ramiro es mi primer amor, el novio soñado en el colegio, el único hombre que ha pasado por mi vida... el único, porque no quiero acordarme de ese maldito cuarto de hora en que el conde de Castria — ¿recuerdas? — estuvo a punto de señalar mi vida con caracteres indelebles. Fuera de sus besos y del beso de Castria, no he gustado otros. Entre ellos establecía yo una diferencia. Los de Ramiro, tímidos, suaves, tenues, diría, tenían para mí el encanto de un perfume, de una música llena de armonía, de una caricia al espíritu más que a los sentidos, porque era más una impresión espiritual, un goce puramente moral que una sensación. El de Castria, en cambio, brutal, turbador, que en un momento dado llegó a marearme, a hacerme perder el sentido de la realidad, a embriagarme con un deseo; una vez que pasó, que me libré de él, llegué a odiarlo, a sentirme asqueada, como seguramente han de sentirse los hombres, después de la primera borrachera, del vino que los embriagó. Para mí, pues, no había más que dos clases de hombres: una, la de Ramiro, cariñosos, buenos, que se hacían querer por su sentimentalismo, por... qué sé yo qué, y la otra, la de los Castria, peligrosos, malos, a los que es fácil odiar, pero que tienen atrevimientos oportunos capaces de producir un minuto de fatal abandono; los que hablan a los sentidos y que a veces los despiertan. Me sentía bien segura entre esos dos grupos, pues el peligroso, personificado en Castria, producíame una natural repulsión.

Pero... y aquí viene lo que me turba y desorienta. Vuelto Ramiro de las sierras, de donde ya me había enviado una carta bastante atrevida, sus besos se han hecho más ardientes, sus caricias más osadas, y todo él... no sé, pero me parece distinto del de antes. Y lo que más me alarma, lo que más me atemoriza, no es que él haya cambiado, sino que también yo... Sí, yo, que no sé poner coto a sus avances, que me mareo con sus besos, que no hago nada para que no los prolongue.

Poco a poco nos hemos ido deslizando de confianza en confianza, de intimidad en intimidad, y hoy hablamos de mu-

chas cosas que antes me hubieran molestado, y le tolero apologías en que más que a mi espíritu se hacen loas a mi cuerpo. ¡Qué cosas bellas dice!

No es como Castria un sexual repugnante, sin idealidades, sólo atento a los estremecimientos de la carne. No. Ramiro, en su nueva faz, continúa siendo un exquisito, un sentimental, un poeta, pero ahora canta a mi cuerpo, descubre encantos hasta entonces inadvertidos, me habla de divinas comuniones, me inicia en un culto nuevo, el de mi condición de mujer en el que se produce, según él, "el milagro de que una almita como la mía, llena de ternura, de exquisiteces, de delicadezas, haya logrado el albergue de mi cuerpo, que es como un estuche guardando una joya, como el irisado nácar de las otras guardando una perla de raro oriente, como la aureola de una imagen, guardando el alma de una virgen..."

Y mientras me habla, mientras sus palabras me adormecen con su música, él se apodera de mis manos, me las besa, hace correr sus labios por mis brazos, despierta nuevas sensaciones, y no contento con besarme en los ojos, en las mejillas, en los labios, no satisfecho con prolongar el contacto de su boca con mi boca, me besa en la nuca, en el cuello, con un beso que enloquece, que me transforma, que me hace parezcan cosa natural las más grandes monstruosidades, los deseos imposibles y el soñar con lo que nos está vedado.

Ramiro no es ya el novio de antes... y yo tampoco soy para él esa novia con la que se sueña, a cuya ternura se aspira sin pensar en otra cosa, santamente, castamente.

Ayer se lo dije, cuando él... — bueno esto te lo contaré después — y se rió de mí. Me dijo que sólo ahora me ama íntegramente, con toda el alma y con todo el cuerpo; que antes era el suyo un cariño incompleto, apenas una ilusión, una esperanza; que se ha transformado, agrandado, hasta ocupar los límites naturales. Me dijo lo siguiente: "Si detrás de nuestros entusiasmos no existe el sexo, ¿cómo te explicas que siempre nos enamoremos de seres del sexo opuesto?"

Quizá tenga razón. Pero es triste. ¡Es tan lindo el quererse así, sin pensamientos ulteriores, sin estar mortificados, en ciertos momentos por el deseo, sin turbar nuestros ensueños con el materialismo de nuestra carne!...

Lo de antes no era más que una ilusión, me dice. Pero era tan dulce, tan bella esa ilusión, que es una lástima que se haya transformado.

Tú, quizá te preguntes, extraña, por qué, echando yo de menos la índole de esas relaciones, persisto en continuar con

la nueva. Es que... no sé explicarme bien, pero te diré que al principio yo también me proponía no salir de ciertos límites, pero luego, cuando llegaba Ramiro, y me besaba, yo perdía la voluntad y no me defendía de sus caricias. Ahora es mucho peor. Ahora, a un a pesar mío, las deseo. Soy yo quien busco su boca y eternizo mis besos.

Por eso, en lo sucedido ayer, hubo mucha culpa de mi parte. Ramiro, envalentonado con mis concesiones, quiso pasar adelante. Yo no sé de dónde saqué fuerzas para negárselo. Y temiendo no poder seguir resistiéndole oprimí un timbre y ordené a la criada que nos sirviera el te.

Mamá lo tomó con nosotros, y creo que notó algo raro en nuestras caras, pues no nos volvió a dejar solos. Ramiro se fué disgustado y hoy he recibido una carta suya, de la que te envío una copia para que veas con qué fuego y con qué pasión me pidió lo que nunca — ¿oyes bien, Beatriz? — lo que nunca concederé a nadie más que a mi marido. Ramiro está enojado, pero ya le pasará y va a volver. Estoy segura de ello, lo siento, y no me preocupo, no me entristezco por su amenaza de no volver. Lo único que me entristece es otra cosa. Y es no poderle conceder al pobrecito lo que los dos deseamos... Pero, te aseguro que seré fuerte. Tú me dirás si es meritorio serlo, cuando se quiere como yo lo quiero, y cuando se es solicitada como él me solicita.

Te besa.

CELIA.

P. S. — No sé para qué quieres saber la dirección de Ramiro, pero a pesar de esto te la envío. Es calle XX, nº...

CARTA XXV

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Hoy la dicha pasó por nuestro lado, y tú la dejaste ir. Como el agua bajo los puentes, quizá nunca vuelva a pasar. Y entonces, tú, cuando ya sea tarde, llorarás la dicha ida, como lloro yo, ahora, la muerte de la más grande ilusión de mi vida: la de tu cariño, divina.

Sí; hoy he sentido la sensación de que algo se quebraba en mi interior, pasando por entre una racha fría que no sé. pero que me parece la auguradora del invierno de nuestro amor... ¡y yo que lo creía en plena primavera!

Cuando las rosas, todas en capullo se aprestaban a hacer eclosión, cuando ya se presentía la fiesta de colores, cuando ya sus perfumes embalsamaban el aire, tu negativa, racha helada como el cierzo, las ha marchitado todas.

¡Qué de esperanzas muertas, qué de proyectos rotos, qué de ilusiones quebradas!

¡Se diría que por el jardín de nuestro amor, una noche serena en que nada hacía presagiar el desastre, se levantó de pronto el vendaval, y pasó rugiendo por sus canteros floridos!

¡Qué frío hace ahora, en las almas, divina!

¡Qué cargado de negros nubarrones, el cielo de nuestro porvenir!

Sombras y más sombras se posan donde antes había luz, como negros pájaros de siniestros augurios sobre los arbustos florecidos y ya mustios.

Me dijiste que no... ¡Oh, divina!... Si tú supieras qué trágicas resonancias tuvo tu *no* en mis oídos. Era la negación de tu cariño, era sancionar la necesidad de una ceremonia para la entrega, era rebajar el amor, de un impulso a un cálculo, era hacer posible el formulismo de un prejuicio lo que no era dado alcanzar al amor por el amor mismo.

No me importa tu posesión por la posesión misma, por el goce de los sentidos, sino por lo que ella para mí significa. Ella querría decir que me amas por encima de todo, independientemente del prejuicio, de la sociedad, sin tener que apelar para darte a los repugnantes plazos de un noviazgo, en que se establece, con exactitud matemática, cuándo va a ser la entrega. Será tal día, después de tal ceremonia... casi puede establecerse la hora exasta... y por eso es indigno de un amor como el nuestro, que no piensa, que no razona, que toma y se entrega con una espontaneidad que le hace perdonar su desvarío, y que cuando se llega al instante supremo, es en virtud de un lógico encadenamiento, porque así tiene que ser, porque así Dios lo manda, porque así Amor lo dispuso... ¡Oh! ¡Qué infinito goce el darse como tú debiste darte hoy, el de tomarte como yo debí tomarte hoy.

De pronto ambos nos hubiéramos sentido sin personalidad, el un todo del otro, constituyendo una sola persona, un solo cuerpo, como una necesidad de un único albergue para una única alma: el alma de los dos.

Pero tú no lo has querido, divina... tú dejaste que la dicha pasara por nuestro lado, dejándola ir...

Y como el agua bajo los puentes, ya no ha de volver. No

ha de volver, porque para ello fuera menester un gesto que tú no tendrás.

Mi amor, mi confianza en ti, la ilusión que de tu querer forjé, necesita para retoñar un desagravio.

Tú no vas a brindárselo. Porque tú no me amas como yo creía que me amabas, como te amo yo.

Mi amor es como un torrente que se desborda, que no conoce cauce, que lo arrasa todo a su paso, sociedad, familia, prejuicios, convencionalismos, con la misma facilidad que arrastra las briznas de paja que flotan sobre sus aguas.

Mi amor no piensa, no calcula, no medita: ama.

Por eso me he dado todo entero, sin reservarme para mí nada, ni un pensamiento, ni una idea, ni un deseo.

Todo lo he ido volcando por tu oído en tu corazón.

Y tu corazón no ha querido guardar el tesoro de mi ternura.

Y es que tú, divina, no sabes querer como yo. Quieres con cuentagotas, serenamente, sabiamente.

A ti no te arrastrarán impulsos que no sientes. No sentirás la embriaguez de darte, porque lo tuyo fué un juego. Jugaste a quererme, y lo conseguiste.

Nada más, que tus juegos, divina, son crueles.

Víctimas de ellos, ahí tienes a mi pobre corazón agonizante y a todas mis ilusiones muertas.

No me quejo. Me diste lo que quisiste darme. Por tu ternura he vivido momentos inolvidables. Ella me hizo creer en la vida como en una gran promesa de felicidad. Y fuí feliz. Por eso, ahora sufro, no me quejo. No hago más que llorar. Llorar por tu amor perdido, porque no existes, porque la dulce y adorada novia de mis sueños, porque su cariño, porque su amor, no eran más que un espejismo, que se desvaneció cuando quise acercarme a él.

Perdóname, pues, si por última vez soy sincero, y mis sollozos, hechos palabras, suben a ti, con la libertad de una plegaria subiendo a Dios.

Ya no volveré a incomodarte. Me borraré de tu vida, como una de esas pesadillas que la mañana disipa. Porque mi amor, para tu indiferencia, ha de haber sido doloroso como un mal sueño.

Un enamorado es intolerable cuando no se le ama. Y tú no me has amado. Sino hoy no hubieras tenido valor para rechazarme; no hubieras sabido ser fuerte.

Demasiado fuerte para ser amante. Te admiro. Nunca te supuse tan dueña de ti, conservando en medio del delirio toda tu sensatez.

Y, ahora, adiós.

No volverás a oír hablar de mí. Pero ten la seguridad de que, a pesar del mutismo, del silencio que como una gran pausa trágica va a empezar, mi amor, inexpresivo y callado, seguirá subsistiendo en la sombra, como una montaña, que en la noche no se alcanza a divisar...

CARTA XXVI

DE BEATRIZ CARRANZA (SIN FIRMAR) A RAMIRO VARELA

Amigo mío:

Sí, amigo mío, por más que usted se asombre del adjetivo. No busque en su memoria el recuerdo de una letra parecida a esta. No la conoce, como no me conoce tampoco a mí. Yo, en cambio, he escudriñado su alma tan minuciosamente, que hoy me resuelvo a escribirle, olvidando las conveniencias, como si olvidara que el conocimiento que tengo de usted es ilegal, y que si me he asomado a su espíritu, no ha sido por la puerta de una amistad, ni siquiera de un conocimiento regular, sino a través de una rendija, que nunca, nunca conocerá usted.

Y espiándolo así, he sentido... no sé, me da una gran vergüenza confesarlo: me he sentido atraída hacia usted en una forma irreflexiva, inexcusable. Por eso no firmo esta carta. Usted nunca sabrá quien soy yo, a pesar de que le ofrezco conocerme personalmente. Más adelante, cuando yo me convenza de que puedo tener confianza en usted, entonces será. por ahora le ofrezco mi amistad, mi gran admiración, mi gran entusiasmo.

Y para que no crea esta carta incoherente, le voy a dar ciertas explicaciones. Por causas y medios que no vienen al caso, sé cómo ama usted. He oído sus palabras, sus frases llenas de pasión, de fuego, sus gestos que parecen reclamar la caricia que solicitan, los rugidos de sus deseos, vestidos con la vistosa túnica de una bella frase... y lo creo un exquisito, un sacerdote del amor como yo lo he soñado, con arranques de fiera en celo y con dulzuras de novio adolescente, uno de esos héroes de D'Annunzio, los únicos que han sabido armonizar las exigencias de su sexo con las exquisiteces de su almas de artistas.

Yo, hasta ahora, no he encontrado un hombre que reuniera esas dos condiciones: o eran unos refinados, semiindiferentes

sexuales, todo espíritu, o eran unas bestias disfrazadas de hombres. Por eso mi vida sentimental aun está en blanco. Espero al presentido, a ese hombre que, como usted, reune todos los requisitos. Y para él me he guardado; en su espera he permanecido pura. ¿Me oye usted? Pura...

El dar este paso quizá le haga creer lo contrario. Se equivoca. Me conoce usted quizá; pero, como todos, no ha escudriñado en mi interior. Las "niñas" debemos, cuando no lo somos, parecer frívolas y tontas, escondiendo nuestro jardín interior. Si no, nos tomarían por locas. ¿Cómo declarar que hemos leído a D'Annunzio, a Zola, a Prevost, a Blasco Ibáñez, a Daudet y hasta Mantegazza, sin sacar patente de alocada?

Como esas heroínas de Loti, nosotras, las niñas de hoy hemos quebrado el encanto de ignorancia del mundo en que se nos tenía sumidas, y queremos vivir. Detrás de la frívola máscara de cada una de nosotras, detrás de cada una de esas chicas que al parecer sólo se ocupan de sus tocados y de chismes sociales, se oculta una rebelión, un deseo de vivir, pero de vivir la vida que queremos, sin cortapisas, sin que nadie nos releve del trabajo de hacer nuestra propia felicidad.

Por eso, quizá yo sea la chica que usted trató ayer, en un baile, en el paseo, que estuvo de visita en su casa, o que saludó usted en el teatro, sin darle importancia, sin considerar que era una persona con una individualidad bien definida, con sus complejidades, con todo lo necesario para hacer interesante su espíritu, por más que esté obligada a esconderlo.

Pero ahora que lo he encontrado a usted, ahora que circunstancias especiales me han permitido conocerlo a fondo, me parece estúpido que pasemos uno al lado del otro, sin tentar saber si la felicidad está en que juntos continuemos el camino.

Y como usted pasa de largo, como usted no conoce lo que en realidad soy yo, creo que me está perdonado abandonar la costumbre que tenemos las mujeres, de mostrarnos como animales en una exposición, en espera del que quiera elegirnos, y decirle lealmente, con una franqueza que hará perdonar la inconveniencia, lo siguiente:

"Amigo mío: creo que ambos podemos ser felices. Le considero un hombre superior capaz de despreciar la anomalía de este llamamiento. ¿Quiere, entonces, que nos tratemos, que intentemos ser amigos, y que una vez que nos conozcamos, si coincidimos en nuestros sentires, nuestra amistad evolucione, como debe evolucionar y si no congeniamos, nos separemos sin amargura, sin darle trascendencia a esto que no es mas que una experiencia para conseguir la felicidad?"

Ya ve: he sido sincera y franca, casi hasta la licencia.
Espero de usted, que es un caballero, igual trato.
Su amiga.

B. C.

P. S. — Escríbame a Lista de Correos, a esas iniciales.

CARTA XXVII

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA

Mi Ramiro:

Ya hace mucho tiempo que dura nuestro enojo, y eso no puede ser. Tú te has encaprichado en que sea yo la primera en escribirte, en acercarme a ti, y ya ves, Ramiro, que a pesar de toda la razón que me asiste, a pesar de que mi orgullo, mi dignidad, casi me ordenaban esperar una palabra tuya, no quiero prolongar una situación dolorosa y, sobre todo, indigna de nuestro cariño, y te escribo.

Te escribo sin rencor, sin enojo, para decirte que olvidemos, Ramiro; tú, tu mal momento, ese feo deseo que pasó por tu cabeza, esa actitud tan poco tuya, tan en disonancia con toda tu conducta anterior, y yo las palabras que te dije, los reproches llenos de amargura que te lancé. Olvidémoslo todo Ramiro, y nunca, nunca, volvamos sobre el tema.

Esas cosas no deben discutirse, no deben siquiera tratarse entre nosotros. Debemos alejarlas de nuestra conversación como a importunos que vienen a turbar la belleza de nuestro idilio.

Pero hemos reñido tanto por eso, que quiero, antes de cerrar ese capítulo poco generoso de nuestra novela, decirte una última palabra, que será una última súplica.

En tus cartas buscas argumentos y razones para convencerme de una cosa, de que tú, tú, mi Ramiro, no crees, que sabes que es falsa. Si yo accediera a tu petición, tú serías el primero en despreciarme, en dejarme de querer. No me digas nada a este respecto, no me contestes a mí. Sé bueno, Ramiro, y contéstate a ti mismo. Tú sabes que eso no puede ser, que yo tengo razón. Tú lo sabes, Ramiro, a pesar de no poder yo explicártelo, a pesar de que soy una tonta que no sé defenderme.

Pero en este caso no soy yo la que se defiende, sino que vas a ser tú mismo. Yo sé que es muy lindo todo lo que me dices, tan lindo que, unido a mi gran cariño por ti, a veces — ya ves, te lo confieso, — me haces vacilar. Pienso, y no encuentro razones para oponer a las tuyas. Siento entonces que voy a caer, pero hay en mí un algo misterioso, un algo inexplicable, una

voz oculta que emana de mi interior y en que reconozco las modulaciones de la voz de mi madre, cariñosa y buena, y la de mi padre, severo y digno, que me dicen que no, que es mentira, que no debo escucharte, porque tú tampoco crees lo que dices.

Y esa voz. que todos debemos tener, la voz de nuestra conciencia, Ramiro, esa voz que la ha formado el cariño de nuestro padre, la pureza de nuestra madre, debes tenerla tú, Ramiro, y allá también te ha de decir que haces mal, que no debes tratar de hacerme caer, que eso no está bien hecho. Es una voz que te dirá que debes acordarte de que tienes hermanas, que son mujeres como yo, y que cuando argumentas con tanto fuego contra mi virtud, en vez de tener en cuenta que tu carta será dirigida a mí, debes considerar que los mismos argumentos pueden servir a otro hombre para hablar a tus hermanitas, y verás cómo pierdes tu entusiasmo.

Sí, Ramiro; debes ser bueno y no insistir más. Yo no puedo defenderme, yo no sé contestarte; soy una pobre muchacha librada a tu voluntad por su cariño, y que quiero seguir siendo buena para ti, para reservarte una última alegría para poder ofrecerte, cuando seas mi esposo, una última ofrenda.

Sé bueno. mi Ramiro, y no insistas.

Ya verás cómo más tarde te alegrarás de que yo haya sido fuerte. Verás cómo se ha de fortalecer tu confianza en mí, cómo se acentuará tu cariño al saberme buena, cómo me agradecerás el haberte sabido resistir, a ti, a quien quiero con toda mi alma, a ti, que lo eres todo en mi vida, en quien todo confío, de quien todo espero.

Olvidemos Ramiro, tú mis palabras duras, los reproches de mis últimas cartas; yo, tus peticiones. Que este último tiempo no haya pasado para nosotros. Continuemos siendo los novios de antes, que se querían mucho, sin necesidad de ningún feo sacrificio.

Déjame mis pudores, mi voluntad, mi virtud, mi pureza.

Son flores que yo pondré en mi ramo de novia el día en que nos casemos.

Y verás cómo te ha de saber bien su perfume. . .

CELIA.

P. S. — Había escrito ya esta carta cuando recibo la tuya en que me dices que te has ido nuevamente a Córdoba, para evitarte el dolor de tenerme nuevamente a tu lado y. . . pero no, Ramiro, no quiero copiar tus palabras, no quiero renovar una discusión que yo ya había cerrado.

Voy a pedirte una cosa. Yo te hablo, en mi carta, de voces

misteriosas que me aconsejan, y te pregunto si tú también las oyes. Debes oirlas, Ramiro. Y si ellas no bastan para convencerte, cuando me escribas una carta, piensa en tu madre, piensa en lo que ella diría si las leyera, en la tristeza que le producirían tus ideas, a ella, que era mujer y que era buena.

A ella, a su recuerdo, al cariño que tú tienes por su memoria, yo le confío mi defensa.

¡Pobre madrecita tuya, madrecita nuestra que ya se fué, tú sí que vas a salvarme, porque tú, desde allá arriba, ves todos los esfuerzos que hago para ser una digna hija tuya!

Ramiro: tú eres bueno: piensa en tu madre, y luego de escucharla, puedes hacer de mí lo que quieras.

CARTA XXVIII

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Aquí, en mi destierro, la sequía hace estragos.

Pasan los meses y los meses sin llover, y la tierra se endurece, se quiebra, y va secando la vida de las hierbas que engalanan su superficie altonmbrándola de esmeralda.

El paisaje tórnase entonces triste y melancólico.

Parece que la tierra, sometida, como en un dantesco suplicio, a ser abrasada por los rayos del sol, se retuerce en espasmos de dolor bajo su caricia de fuego, y, sedienta, moribunda, clama, ruega, suplica el milagro de un rocío imposible, de una lluvia que venga a calmar los ardores de su fiebre.

El pasto se seca, las flores se marchitan y las hojas de los árboles, mustias y amarillentas, parecen ahuyentar a los pájaros, que buscan otras regiones donde desgranar sus trinos.

Entonces, Dios, apiadado de la tierra, amontona sobre ella los blancos algodones de las nubes, las toca con el fulgor de un relámpago, y la lluvia es.

¡Oh! ¡Con qué desesperada avidez la bebe la tierra!

Las gotas cristalinas y diáfanas, consoladoras como lágrimas de mujer, no tienen tiempo de formar burbujas al caer, pues la tierra las sorbe, como los labios impacientes de un amado.

El paisaje cambia, entonces. Se diría que se ven brotar las hierbas nuevas, erguirse los tallos de las flores, renacer la frescura en las mustias corolas, y la vida, haciendo eclosión por todas partes, va vistiendo de gala, con un verde traje de seda salpicado con la policromía de las flores, que semejan extraños

arabescos bordados, a la tierra que renace, que vuelve a escuchar el trinar de los pájaros, y que nada se parece a la otra, moribunda de sed.

Así mi alma, ¡oh divina!, yerma y triste, endureciéndose poco a poco abrasada por la dulzura de tus reproches, acaba de renacer y vestirse de fiesta, después de la lluvia de ternura de tu última carta.

Debiste hablarme siempre así, y nos hubiéramos evitado muchas amarguras. Yo nunca hubiera insistido, nunca hubiera hecho que el cerebro continuara enhebrando argumentos, si tú, desde el principio, hubieses opuesto a ello una sinceridad como la que hoy hace callar todos mis deseos.

Tú lo quieres y yo te obedezco. Sea, divina, tu voluntad.

Sabes lo que para mí hubiera sido tu entrega; sabes que en ella veía yo la confirmación de tu cariño, por encima de toda bastarda ambición.

Por eso, al concluir la postdata de tu carta diciéndome, después de hablarme de mi madre, de nuestra pobre madrecita que se fué, como bien dices, y que nos mira desde arriba que puedo hacer de ti lo que quiera, yo, conmovido hasta lo más íntimo, queriéndote cien veces más, borro, como me pides, de mi ser, todo deseo, y me doy por satisfecho.

Me basta esa comprobación de tu cariño. A nadie pudiste confiar con más eficacia tu defensa que a quien la entregaste. Sí, novia mía, tienes razón. Quiero yo también que, en el blanco ramo que lucirás de desposada, figuren esas flores de que me hablas. Tendrán el perfume, y yo, al aspirarlo, te daré las gracias por habérmela sabido conservar.

Si tú me hubieras hablado así desde un principio; si hubieras tocado como tocas hoy mi corazón, Celia mía, como lo hago ahora, no hubiera insistido más.

Pero me desjaste oír palabras duras, excitaste mi amor propio, te negaste, lastimándome, y yo me fuí.

Me fuí transido de amargura, decidido a perderte, a borrarte de mi vida junto con toda mi juventud.

Aquí, en mi voluntario destierro, los días pasaban lentamente, con la atroz lentitud con que transcurren las horas dolorosas.

Por más que quería olvidarte, no lo conseguía. Habías entrado en mí demasiado profundamente para poderte arrancar de mi existencia.

Estabas en mí con la persistencia de una obsesión, de una idea fija.

Doquier posara la vista, allí te veía; en la imprecisa forma

de una nube que iba perfilándose en tu silueta; en las sombras de los árboles que dibujaban en el suelo uno de los rasgos de tu rostro, una de las curvas de tu cuerpo; en el lejano cantar de una campesina que me traía el recuerdo de tus modulaciones; en la brisa perfumada por las flores, olorosa y tibia como tu aliento; en el ronco tañer de las campanas de la iglesia, melancólico como nuestra tristeza; en las mañanas luminosas como tu sonrisa; en la flor, roja, que parecía haber absorbido todos tus rubores; en todas partes estabas tú, porque estás en mí, y en todas partes te estaba ubicando mi deseo.

Y perderte... no, Divina, nunca lo creí. Confiaba en lo imprevisto, en algo que iba a devolverte a mi ternura.

Porque, a pesar de todo, no creí sinceras las frases duras que me dijiste.

Y es claro. No podía acostumbrarme a la idea de tu maldad, yo, que fuí tan feliz, porque tú quisiste ser buena...

RAMIRO.

CARTA XXIX

DE RAMIRO VARELA A ALBERTO PONCE

Querido Alberto:

Vas a burlarte de mí, como siempre. Pero, esta vez será con razón. Por eso te voy a contar mis desventuras. Porque como son hijas de mi escasa habilidad, voy a castigarme dándote motivo para que te burles de mí. Conoces mis dobles amores. Atado por el deseo de Antonieta, esclavo de su carne, mi espíritu, mi juventud se entregaba a la ternura de Celia, novia ideal, puro espíritu, pura alma, y en verdad que no eran dos amores, sino uno solo, completo, que yo repartía entre dos mujeres.

A las dos las quería, pues ambas se complementaban para formar el ideal de la mujer completa. Y vivía feliz, repartido entre el cariño de una y los arrebatos de la otra. Alternativamente podía gustar la caricia que enloquece y la inocencia que intimida.

Pero nada dura en esta vida. Antonieta sospechó siempre de mí, de la existencia de mi otro amor, e hizo todo por combatirlo. Yo he procurado en vano convencerla de que no había nada. Una vez me enojé y me fuí. Esa tarde hizo una tentativa de suicidio, que me llevó nuevamente a sus brazos. Luego pareció acostumbrarse a la idea de compartirme y... es

molesto, difícil de decir, pero poco a poco fué ganándose mi confianza, hasta hacerse mi confidente.

—Yo te quiero un poco maternalmente — me decía. — ¡Hay tanta diferencia de edad entre nosotros! Cuéntame todo. Prefiero sabe.lo a imaginar otra cosa. Verás cómo seremos buenos amigos.

¡Ah! ¡Qué mal hice en confiarme! Poco a poco, dándome consejos, excitando mi amor, fué envenenándolo hasta desnaturalizarlo, hasta convertirlo en una pasión avasalladora, que exige saciar la sed de deseo que hasta entonces no había sentido.

Mi novia fué convirtiéndose en mujer, fuí viendo en ella encantos que hasta entonces no me preocuparon. Comencé a imaginar escenas que antes me hubieran horrorizado, y cuando, enloquecido, me arrojaba en los brazos de Antonieta, era a Celia, a la dulce Celia de mis sueños, a quien poseía.

Y es claro, el ídolo cayó de su pedestal. Ahora la deseo, la deseo locamente, con un deseo que ha matado mi amor primero.

La pobre chica se defiende aún, pero también está envenenada por mis caricias, por las caricias que por mi intermedio llevan hasta ella la maldición de la otra...

Ahora me ha escrito una carta que me ha conmovido. ¡Pobrecita! Me habla de mi madre, para oponer una valla a mis entusiasmos. Yo he cedido, prometiéndole no volverle a pedir nunca lo que siempre debe negarme. Pero sé que es inútil, que no podré cumplir mi palabra.

Ahora es ella para mí como la otra, carne que esconde secretos que ansío, siendo, además, mil veces más apetecible, pues me está vedada.

Y si algún día la hago mía, si algún día la equiparo a la otra, entonces sí que la habré perdido para siempre, pues no podrá luchar con la otra, sabia poseedora de mil artificios, conocedora de mil secretos que enloquecen.

¿Qué puede hacer ella, pobre chica, buena e ignorante al lado de la otra, perita del amor y de la lujuria?

¿Y yo?... Yo ya no sé lo que me pasa, ya no veo diferencias, pues mi deseo está encendido y no lograré apagarlo nunca.

Celia está destinada a no disputarme a Antonieta. Si no cede, sé que voy a alejarme... y si cede... también me alejará la desilusión, pues la otra, la novia de mi pureza, habrá muerto ya en el derrumbamiento de todos mis idealismos.

. . . . . .

RAMIRO.

CARTA XXX

DE RAMIRO VARELA A ALBERTO PONCE

Alberto:

Sólo ahora me doy cuenta del enorme lugar que ocupa Celia en mi vida.

Hace unos días te decía que estaba destinada a desaparecer de mi horizonte sentimental. Hoy advierto lo equivocado que estaba.

La quiero, Alberto, la quiero como hasta ahora no he querido a nadie como no sospechaba que era capaz de querer. Pensando en ella, todo lo demás carece de importancia; nada de nada me importa ya.

Lo que yo creía que era una desnaturalización de mi cariño no es más que una nueva fase, más completa, más absoluta, más definitiva.

Ahora Celia es para mí, no una mujer, como te decía, sino la muer, esa mujer a quien quiero y deseo con toda mi alma y con toda mi carne.

He estado equivocado al pensar que el deseo iba a anular al amor. ¡No! El verdadero amor no puede independizarse de la carne, como la llama no puede independizarse del leño que la produce, como no puede exisitr el agua sin el manantial, las flores sin las plantas, el día sin el sol.

Hace unos días que no la veo y estoy como enloquecido. Siento que me falta algo, que estoy vacío desde que no puedo saciar mis ojos en su contemplación, mis labios con sus besos, mis oídos con sus palabras, mi cerebro con la idea de que pronto voy a verla, mi corazón con la esperanza de que se cumplan mis deseo.

Celia es para mí la mujer, esa mujer cuyas cualidades estaban representadas para mí en dos mujeres: en una, Celia, el espíritu; en otra, Antonieta, la carne. Por eso las quería a las dos, porque, en realidad, las dos no formaban más que una sola en mis ansias.

Pero ahora, Celia ha absorbido a la otra, y en ella se ha refugiado todo mi querer y todo mi deseo.

Siento una necesidad imperativa, absoluta, de hacerla mía. Y a pesar de mis propósitos de respetarla, de esperar el día que ya considero ineludible de nuestro matrimonio, cuando estoy a su lado y la veo tan bella, tan incitante, tan llena de encantos, se despierta la bestia que llevo dentro, dando como

resultado escenas de las que después me arrepiento, pero en las que vuelvo a incurrir en la primera ocasión.

Ayer se produjo una.

Habíamos ido al Tigre, en excursión, junto con otras chicas, muchachos y familias.

Almorzamos en una de las islas del delta, y cuando las mamás se disponían a descansar, el elemento joven organizó, en botes de paseo, una excursión por los canales.

Yo, pretextando cansancio, me quedé, y Celia conmigo. Fuímos a sentarnos bajo unos sauces a orillas del río. A esa hora, y una vez que nuestros acompañantes se hubieron retirado, el sitio estaba solitario.

Sólo de vez en vez pasaba un botero con su barca cargada de leños o de fruta, remando trabajosamente hacia el poblado.

Formé, con hojas secas, una especie de lecho, de nido, y en él se recostó Celia, sentándome yo a sus pies.

Estaba bella como nunca, en su trajecito claro, ceñido al cuerpo, cuyas líneas esculturales se diseñaban bajo el 'sweter" y la faldita de franela.

Nuestra conversación, como de costumbre, recayó sobre nuestro porvenir Empezamos a imaginar la dulzura de la vida que nos esperaba, y, poco a poco, entusiasmándonos con la visión de lo futuro, fuímos acercándonos el uno al otro.

Tomé una de sus manos y silenciosamente comencé a besarla.

Ella había cerrado los ojos, y en un imprudente abandono de sí misma, dejaba que mis labios acariciasen sus manos, besándolas en las muñecas, en la palma, en el dorso, en los dedos, en las uñas.

—¿Me quieres mucho?

—¡Oh! Sí, te quiero.

Y casi al oído, con voz susurrante, comencé a hablarle de mi amor, de nuestro dulce tirano.

Mis palabras salían a borbotones, apenas interrumpidas por nuestros besos, sin preocuparme del sentido de las frases, musitando en todos los tonos el eterno "te quiero... te quiero mucho".

Hay momentos en que no se nos ocurre otra cosa, y en que, por otra parte, sería imposible querer buscar en frases literarias mis elocuencia que la que encierra ese formidable "yo te quiero... te quiero mucho".

Parece que esas sencillas palabras adquieren nuevos y extraños significados, satisfaciendo ampliamente todas nuestras ansias te ternura.

Celia se abandonaba a la dulce embriaguez de mis besos y de mis "te quiero", dejando que mis labios subieran por sus brazos, besándolos levemente, con besitos que no eran más que un rozamiento, una tenue caricia, un casi eterno contacto.

Y yo sentía en mis labios el estremecimiento de su epidermis, el temblor de su carne, el divino temblor en que se rebelaba su deseo.

Entonces la besé en la boca, en los ojos, en la frente, en el cuello, en las orejitas sonrosadas y breves, en la nuca, para volver en seguida a la boca, graduando mis besos, como las notas de una sinfonía, desde el levísimo posar de los labios, como el de una brisa que pasa, hasta la presión que lastima y enloquece.

—Te quiero, divina, te quiero mucho...

Ella no me contestaba. Parecía ebria de ternura, desfalleciente, en una suprema claudicación de su resistencia.

Con los ojos cerrados, la boca entreabierta, la respiración acelerada, era como una invitación al pecado...

Mis labios bajaron por su cuello en busca de la gloria de sus senos, que parecían pugnar por salirse de entre las ropas.

—No, no por Dios, mi Ramiro...

Pero su resistencia no era más que un resto de instintivo pudor.

—Divina... divina...

El canto de un barquero hizo que reaccionáramos, cuando ya nada nos hubiera detenido al borde de la dicha.

Lo dejamos pasar, y una vez que se perdió río abajo, yo quise volver a besarla. Pero era ya tarde. El momento propicio había pasado.

Debí resignarme y esperar otra ocasión. Pero mi deseo, mi loco deseo me vedó toda reflexión.

Rogué, supliqué y, cuando vi que todo era en vano, quise exigir.

—¡Ramiro!

—¡Te burlas de mí!

La había aferrado por las muñecas... y se inició una lucha sorda en la que ninguno de los dos cejaba.

Yo soy el más fuerte, y, ella que lo advirtió, aprovechó una coyuntura que permitió un descuido mío, y desasiéndose de mí se puso de pie y corrió hacia las casas.

Durante todo el resto del paseo evitó el encontrarse conmigo.

No pude hablarla a solas.

Y ahora le he escrito, pero ya sin esperanza de conseguir nada.

Pero no me importa. Lo único que he sacado en limpio de mi aventura y de estos días de ausencia que le han seguido, es que Celia es para mí, no ya un capricho ni un motivo de emoción, sino una necesidad, una absoluta e impostergable necesidad.

Y siendo así, no veo obstáculo que no me atreva a saltar, ni resistencia que no pueda vencer.

. . . . . .

RAMIRO.

CARTA XXXI

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

¡Qué mala fuiste conmigo!

Me tratas como a un extraño, como a un aventurero que sólo deseara de ti el mezquino placer de los sentidos, a mí, divina, a mí, que te quiero con toda el alma, a mí que daría toda mi vida, toda mi sangre, por ti, a mí que sólo vivo por tu cariño, por tu amor, por tu ternura.

Y es que no me comprendes, divina. Tu negativa me hiere más de lo que tú supones, porque veo en ella una desconfianza, una prevención, que no debiera existir.

Cuando se ha llegado al límite de lo infinito, paradoja sólo posible tratándose de un amor como el nuestro, debe de pensarse con otro criterio que el que tú tienes, que el que tú usas para conmigo, que es el mismo que tendrías para con cualquier otro.

Nuestro amor está más allá de los convencionalismos, de las normas establecidas, de las costumbres sociales, de todo.

No es posible querer encauzar al infinito por los carriles de la vulgaridad, por el sendero trazado por la costumbre. Sería empequeñecerlo, tener un pobre concepto de él.

Tratándose de nosotros, todo aquello que en otras circunstancias pudiera tener un valor, una trascendencia o una importancia, la pierde, se diluye y desaparece, como un grano de sal en el océano.

Si ese grano de sal lo arrojas en un vaso de agua, la transformas. Si la arrojas al mar, éste queda inmutable.

Así, lo que la sociedad puede llamar una falta, arrojada en la pequeñez de un capricho o de una simpatía, quizá altere

su pureza: en el océano de nuestro cariño, nadie alcanzaría a distinguirla.

Nadie más que nosotros, que nos sabríamos más unidos, más el uno del otro, después de esa comunión de nuestros seres, después de ese instante, en que nuestro cariño nos refundiría el uno con el otro, como dos metales que se funden, se entremezclan, se entrelazan en una aleación, para toda la eternidad, al contacto de un fuego lo suficientemente intenso para colocarlos más allá de su propia naturaleza.

Y nosotros, divina, estamos situados, por mandato de nuestro amor, más allá del prejuicio, más allá de las leyes de los hombres, más allá de la vida misma...

Pero para entender esto, es necesario que tú me quieras como yo creo que me quieres, como te quiero yo.

¿Me habré equivocado?

No, no es posible.

Porque entonces no habría lógica en el mundo.

Te besa y te idolatra.

RAMIRO.

CARTA XXXII

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA

. . . . . .

No, Ramiro, no. Es imposible. No debe ser, y no será. Vuelves de nuevo a tus malas ideas. Por un momento creí que eso no era más que un mal sueño, una pesadilla que los dos debíamos olvidar.

Tú me lo prometistes también. ¡Qué feliz me hizo esa carta tuya, en que renunciabas, después de mi invocación, a tu madre, a la idea de tomarme! Y ahora vuelves a insistir. Han sido inútiles mis ruegos, mis súplicas, todo. Tienes esa idea fija en la cabeza y ya no será posible sacártela.

Me has hecho mucho daño, Ramiro. He tratado por todos los medios posibles de disuadirte, y todo ha sido en vano. Por eso creo que no me quieres: tan sólo me deseas. Y no me deseas honestamente, como me dices, sino... pero estas son cosas qu no debemos tratar nosotros, temas que deben borrarse de nuestra conversación. No quiero volver a oírte hablar así. Y tan no lo quiero, que voy a decirte una cosa muy dolorosa, que me hace sufrir mucho, pero me es necesaria: tenemos que separarnos, Ramiro. Tú ya no me quieres; sólo me

deseas, y yo... yo estoy desengañada de tu cariño. Me has envenenado con él. Por eso quiero no verte más. A tu lado no me siento segura de mí misma. Esta declaración creo que bastará a tu vanidad de hombre y cesarás de perseguirme.

Es un proyecto que tengo desde que me sentí débil, y si lo aplacé fué porque esperaba en ti una enmienda. Pero lo sucedido hoy, esa fea escena de violencia digna de un mozo de cordel y no de ti, me decide. Ya no nos veremos más, Ramiro.

Concluímos así, en esta forma tan prosaica, una relación que prometía ser tan hermosa. ¡Cómo te he querido, Ramiro! ¡Con qué ansias esperaba tus cartas, con cuánta angustia veía irse al cartero cuando no me traía nada, con qué dichosa alegría reconocía tu modo de llamar cuando venías a verme y con qué pena te veía partir!

Cuando tú me hablabas de tu cariño, de tu ternura, yo me conmovía toda, y, a pesar de sentirme feliz, enteramente feliz, asaltábanme ganas de llorar, de abrir la válvula de mis sollozos a mis nervios, torturados por un exceso de dicha. Toda mi vida estaba allí, en tus cartas, en tus visitas. Y toda queda allí... porque ahora, ahora me siento tan desdichada, con una desilusión tan grande, que me será imposible reconstruir todo lo que tú has destruído de ilusiones, de esperanzas, de sueños de felicidad.

Por eso no continúa. Envíame mis cartas, Ramiro, y olvídame. No te costará gran trabajo el conseguirlo.

. . . . . .

CELIA.

CARTA XXXIII

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

¿Cómo has podido escribir esa carta?

En nombre de nuestro amor la rechazo.

Yo no puedo contestarla.

Sería un sacrilegio el que tratáramos en serio nuestra ruptura.

Es necesario que te vea.

¿Lo oyes, divina? Es necesario.

Tú no puedes negarte a ello.

Yo te prometo no pedirte nada, no exigirte nada.

Haré lo que tú quieras. Ya que tu amor no es lo suficientemente grande como para hacerte olvidar tus prejuicios, me someto a tu voluntad.

Esperaré a que me quieras más.

O bien, aceptaré lo que para ti es de más importancia que tu amor: el convencimiento de esperar el día de nuestro matrimonio.

Así te sentirás más ligada a mí, más segura, con ese vínculo que nada significa que con el que yo te ofrecía.

Esa mutua confianza, ese olvido absoluto de todo, en aras de nuestro amor, ese abandono total de nuestro ser, en el altar de nuestro cariño.

Pero tratándose de ti, no tengo vanidades de amor propio, y renuncio, en obsequio a tu tranquilidad, a la dulzura de mi sueño.

Tú quieres que seamos un matrimonio como lo son todos.

Quizá porque no me quieres más de lo que aman otros.

Y yo lo acepto, convencido de la inutilidad de la lucha.

El insistir me expondría a excitar tu desconfianza, a hacerme sospechoso, a conseguir que me creas lo que no soy.

Y eso nunca.

Antes me someto.

Pero no lo hago sino con una gran tristeza.

La tristeza del derrotado.

Porque yo, divina, en mi afán de remontarme, de querer que seamos únicos, de pretender lo infinito, he caído vencido.

Seré un novio como todos.

Y, eso, para mí, que tanto soñé, es una derrota.

Pero tú lo quieres, y que así sea.

No por eso te querré menos.

Tan sólo sufriré más.

RAMIRO.

CARTA XXXIV

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA

No seas malo, Ramiro.

Mi negativa no es hija de mi desamor, sino, por el contrario, de mi cariño.

Tú estás obcecado por una idea fija, y crees en mi mala voluntad.

Yo te quiero, Ramiro, te quiero tanto como tú a mí. Por eso no accedo a tu deseo. Ya verás cómo has de agradércermelo algún día, cómo mi fortaleza te llenará de orgullo.

Escucha, Ramiro: si yo supiera que no tenemos otro cami-

no, que nada fuera posible sino lo que tú me pides... yo no vacilaría.

Pero me duele tu insistencia; me hace pensar en que me deseas más de lo que me quieres. Y eso es muy doloroso.

¿Acaso tu amor no es lo suficiente fuerte como para permitirte un sacrificio?

Aun si tú estás en lo cierto, ¿no es posible, tú que dices que todo la sacrificarías por darme gusto, sacrificar ese deseo en aras de mi tranquilidad?

Yo te lo voy a agradecer tanto, voy a apreciar tanto esa prueba de tu amor, que mi satisfacción, que mi alegría, que la dicha con que vas a darme, debe recompensarte, mi Ramiro, del pequeño sacrificio que te pido.

¿Verdad que lo harás?

Ven a verme mañana y no me habdes de esas cosas. Enntoces voy a darte un beso tan grande, con tan ternura, con tanta gratitud, que tú, al sentirme tan dichosa, también lo estarás.

Porque me quieres.

Y yo no dudo de tu cariño, mi malo, como dudas tú del mío.

CELIA.

CARTA XXXV

DE CELIA GAMBOA A BEATRIZ CARRANZA

Mi querida Beatriz:

Lo que me pasa es desesperante. Acabo de romper con Ramiro en una forma definitiva, después de una escena, en que se repitió, más acentuada y brutal, la que ya te relaté, del Tigre.

Habíamos convenido en vernos, prometiéndome él no insistir en sus exigencias.

Vino, sumiso y dócil, a pedirme perdón. Me habló de su amor, de ese amor infinito que lo enloquece, que le veda toda reflexión, que lo hace proceder independientemente de su voluntad.

Y parecía tan apenado, tan dolorido, que yo no quise que siguiera explicándose.

—Está bien — le dije — no hablemos más de esas cosas.

Entonces él, lleno de alegría, me besó una y mil veces.

—Ya verás, vidita mía — decíame — cómo no tendrás

más motivos de quejas. Haré todo lo que tú quieras, me someteré a todo, ya que eso te hace feliz. Quizá tengas razón al proceder como lo haces, y si no la tienes, no importa, yo lo acepto, sabiendo que con ello eres feliz.

Y arrullador, cariñoso, lleno de mimos, continuó hablándome de su amor, de ese amor que lo es todo para él, y por el cual se siente capaz de cualquier sacrificio.

—Tienes razón, divina, en negarte. Niégate siempre, sé fuerte, que yo no haré otra cosa que quererte más, que quererte con toda el alma, con todas mis fuerzas.

Y a medida que me hablaba, me besaba, me acariciaba, me envolvía en una ola de ternura, mareándome poco a poco con sus palabras, con sus besos, con sus caricias.

Yo había dejado de pensar, abandonándome a la dulzura del momento, segura de que nada tenía que temer de él.

Y poco a poco, sin sentirlo, nos fuimos deslizando hasta los besos más intensos, más largos, hasta las caricias más atrevidas, hasta que, despertados todos los deseos, llegamos justamente al punto de donde queríamos huir, a ese instante de excitación que vela la razón y enloquece los sentidos.

Ahora que lo pienso serenamente, me doy cuenta de que todo no fué más que una táctica de Ramiro, hábil y engañadora. Pero en ese momento, presa en la misma ansia de él, sintiendo quizá los mismos deseos, me abandonaba, me abandonaba, hasta que Ramiro creyó llegado el momento decisivo.

—Ven, divina, no seas mala, ven...

Vi sus ojos transfigurados, su boca, entreabierta, de la que se escapaba una respiración acelerada que me acariciaba el rostro.

Y sentí un momento de desfallecimiento.

Por un instante pensé en no resistir. Era tan dulce abandonarse, dejarse arrastrar por la ola del deseo, que toda mi fortaleza comenzó a vacilar.

—Bésame, bésame...

Le besé.

Entonces sus labios corrieron dulcemente de los míos al cuello, bajando por el escote a los senos.

—¡Ramiro! — suplicaba yo.

Pero él ya no me contestaba.

Con un movimiento brusco desgarró mi blusa, y sus labios, enloquecedores, continuaron la caricia.

Ya no quería defenderme. Era una sensación inexplicable, en la que se diluía mi voluntad, mi pudor, mi vergüenza, todo, todo lo que fuera la locura de esa caricia.

De pronto sentí un ansia inexplicable de abrazarlo, de estrecharlo contra mi pecho, de morderlo, de gritar...

Y Ramiro, enloquecido también, quiso... ¡Qué doloroso es contar estas cosas, Beatriz!

Yo, después del desvarío de ese instante de crisis, sentí renacer la tranquilidad.

Y mi pudor, mi vergüenza, mis propósitos de resistir, renacieron en mí.

Por eso, cuando él creía que ya no le opondría resistencia, yo me negué.

Me negué firmemente, avergonzada de mi debilidad, con rabia casi.

—No, Ramiro, nunca.

—Pero, divina, no es posible...

—No, Ramiro, nunca.

Se puso de pie, asombrado.

Yo arreglé mis ropas.

Y había en mi actitud tanta decisión, que él, rabioso, me insultó.

—Como se ve que estás acostumbrada...

—¿Qué dices?

—Que eres demasiado dueña de ti misma, para que yo no crea que estás acostumbrada a resistir... No ha de ser ésta la primera vez que...

—¡Ramiro! — Fué un grito que me salió desde el fondo del alma.

¡Cómo me hirió su ofensa!

Fué como si me hubiese abofeteado.

El lo notó, y reaccionando, me pidió perdón.

—Perdóname, divina. No sé lo que digo.

Pero yo no quise escucharlo.

—Me retiré, dejándolo solo en la sala, e indicando a la criada que lo acompañara hasta la puerta.

Instantes después recibí una carta suya, que le he devuelto sin abrir, escribiéndole yo en otra en que le pedía mis cartas.

Y aquí me tienes, desesperada, llorando por la muerte de la más bella ilusión de mi vida.

Me doy perfecta cuenta de que Ramiro no me quiere. Tan solo me desea. Y su deseo es tan fuerte, tan avasallador, que me contagia.

Hoy mismo, si él hubiera intentado tomarme un segundo antes, lo hubiera conseguido.

No fuí de él, porque... ¡quién sabe por qué!

Y como sé que, de repetirse esta escena, caería, no quiero verlo más.

No quiero verlo más.

Pero deseo verlo, Beatriz, lo deseo con toda el alma.

CELIA.

CARTA XXXVI

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA

Señor:

Le ruego me envíe las cartas que ya en otra oportunidad le he reclamado, y espero de su caballerosidad que así lo haga.

Salúdalo,

CELIA GAMBOA.

CARTA XXXVII

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

"Camino sin hogar y sin abrigo
el cansancio sin fin de la jornada,
mis ansias de amistad sin un amigo
y mis sueños de amor sin una amada".

F. V.

Nunca creí que el mundo, sin ti, me pareciera tan vacío.

Las calles llenas de gentes, están despobladas desde que sé que ya no podré hallarte en ellas, como antes, ansioso del encuentro que la casualidad pudiera brindarnos.

Los árboles desnudos, con sus ramas huérfanas de verdor, parécenme esqueletos de seres que fueron, abandonados por la impiedad de los vivos. La luz del mediodía ofende la vista, que clama la misericordia de una nube que empañe el sol, insolente en sus fulgores.

Los hombres apresurados, corriendo tras los negocios o los placeres, son pobres idiotas que no saben que todo es mentira, que todo es engaño, que nada en el mundo vale una pena, que nada justifica un esfuerzo.

Aquí, pasa uno, de prisa porque tiene que ganar el pan para su mujer y su hijo. Es un tonto y un criminal: un tonto porque no se deja morir de hambre, en la felicidad indefinible de no hacer nada, de cerrar los ojos, de dejar que la vida corra, sin preocuparse en retenerla en su cuerpo miserable. Y es un

criminal, porque conociendo a la vida cometió el crimen injustificable de arrojar en su seno de cortesana maldita un nuevo ser.

Los hombres que tienen hijos debieran ser condenados por Dios a vivir indefiniblemente. Así agregarían a su propio dolor el dolor de conocer cuánto sufre su descendencia.

Luego pasa una pareja de enamorados. ¡Qué tontos que son! Van mecidos por la ilusión de una dicha inalcanzable: la de la prolongación eterna del instante que están viviendo. Y no saben que los aguarda el hastío, la traición y el cansancio en el primer recodo del camino, con las garras de la realidad, venenosas y crueles, prontas para asesinar la dulzura de sus sueños, y destrozar para siempre la ingenuidad de sus juramentos.

Y sigue el desfile. . Pasan mujeres tan llenas de perfidia como hombres rebosantes de infantiles credulidades y continúa la caravana; pasa la farsa, la mentira, el engaño, la falsía, la canalla. . . y la calle me parece vacía, solitaria, lóbrega, porque en ella no voy a encontrarte, porque tú ya no estás, cómo me parecen estúpidas las parejas de enamorados desde que nosotros no formamos una, y un crimen tener hijos, perdida la esperanza de que sean nuestros, y una majadería el trabajo, puesto que ya no podré ofrendarte sus frutos, muertos los árboles que ya nunca nos brindarán el abrigo de sus frondas, torturante la luz que ya no ha de iluminar nuestro idilio, sin perfume y color las flores que no podré ofrecerte, mudos los pájaros, turbias las aguas, frías las brisas, largas las horas. . .

Y todo está como antes. Yo sólo cambié, al caer desde la altura de mi ilusión. Mi pesimismo empaña de tristeza y llena de sombras todo aquello que antes parecíame hermoso y alegre.

Pájaro herido en pleno vuelo, la caída es tanto más dolorosa cuanto más me había remontado.

¡Qué desgano que siento por la vida! Es una indiferencia absoluta, total, definitiva.

Ya no podré amar. Sé que hay otras mujeres y que puedo cruzarme con ellas en la vida; pero me será imposible amarlas como te amé a ti, con la ilusión, con la ingenuidad, con el espontáneo abandono que puse en el amor que te tuve, en el amor que te tengo. A ti te amaba sin jamás haber pensado en ese amor, sin haber nunca analizado mi cariño. Te amaba porque sí, sin cuidarme de estudiar tu afecto, de investigar la impresión que te causaba, sin poner ni un poquito de cerebro en nuestras relaciones. En una infinita confianza, una seguridad de que contigo era un crimen no mostrarme como era, con mis defectos, mis fallas, en una completa desnudez moral. Por eso

cuando te deseaba te lo decía. A tu lado pensaba en voz alta, tan ligado me sentía a ti, tan indentificado contigo.

Luego... En fin, no volvamos a los amargos reproches de nuestra última entrevista. Ya no nos veremos más. Tú lo quieres, tú lo exiges porque nunca has sabido quererme. Me guardas rencores que tu cariño, si existiera, borraría en seguida, como olvidaría los agravios que te alejan de mí. Pero no quiero rogarte más de lo que te rogué.

El destino no quiere que continuemos juntos y vamos a separarnos para siempre.

Que seas feliz. Que la felicidad que yo no supe o no pude darte, la encuentres en los brazos de otro. Ojalá eso fuera posible; pero no será.

Ya nunca te sentirás besada como te besé yo, y es que nunca, nadie pondrá tanto fuego y tanto cariño como yo puse. Nunca volverás a sentirte amada como te amé yo, porque Dios cuando ha hecho un amor como el mío, se siente agotado y pasa mucho tiempo antes que piense en encender otro.

Ya nunca volverás a enmudecer de emoción, como enmudecías cuando yo te hablaba, porque nadie sabrá acariciarte nunca los oídos con más dulzura, con más suavidad que yo.

Ya nunca la rosada seda de tu epidermis, de nacarados reflejos y nerviosos estremecimientos, sentirá la caricia de una mano, que como la mía, parecía tener en cada poro una boca para besarte.

Ya nunca sentirás la loca embriaguez de tus abandonos, el abismo insondable de la tentación abriéndose bajo tus pies, como cuando estabas a mi lado, los labios y los cuerpos juntos sintiendo el inevitable vértigo que atrae, que parece empujar la voluntad hacia el pecado, hasta que se desmorona vencida, como un peñasco por la ladera de la montaña.

Y es que nunca, nunca, volverás a ser querida como yo te quise.

Ahora gozarás otros cariños, más tranquilos, más sensatos, menos peligrosos, pero insípidos, desabridos, que no podrán satisfacerte como te satisfizo el mío. Ahora estás condenada a ser la esposa de otro, pero siempre te estará prohibido ser la amante; como lo hubieras sido mía.

Tú me abandonas y el amor ha de vengarme arrojándote de su templo, en cuyos altares jamás volverá a oficiarse una misa para ti.

Me has pedido tus cartas y yo te las envío. Te las envío reservándome tan sólo tres cosas, si es que tú no deseas también privarme de ellas.

Una carta, una cinta y un retrato; es decir, un triple símbolo: el de la trinidad de tu espíritu, de tu carne y de tu recuerdo.

Una carta... en ella veo yo a todas tus cartas juntas. Y en todas tus cartas está tu espíritu, ese espíritu que yo tanto quise, esa almita que tanta ilusión me sembró en mi vida, que tanta dulce mentira dejó caer, misericordiosamente, como una lluvia de pétalos rosados y olorosos, sobre mi amargura de incomprendido, sobre mi dolor de condenado.

Tu espíritu; ingenuo, bueno, piadoso; todo en él me satisfacía, hasta sus caprichos, hasta sus veleidades, sus contradicciones, sus flatas de lógica, que al fin y al cabo no eran más que matices que hacíanlo más adorables.

Una cinta... ¿recuerda s?Una tarde la arrancaste de tu corpiño y me la diste. Aun huele a ti, a tus intimidades... En ella... pero no hablemos de esas cosas que ahora te disgustan, quizá porque no sabes que con ellas me engañé; que ni tu espíritu es como yo lo he visto, ni esa cinta simboliza nada, ni ese retrato debe albergar ningún recuerdo.

Es posible que tengas razón, que yo no te haya conocido, y que todo lo que en ti veía no sea más que el resultado del deseo que tenía de verlo. No importa; no quiero desengañarme y prefiero seguir pensando que en realidad existió todo lo que mi fantasía pudo haber creado.

Ahora que no voy a verte más, no será posible un desmentido y yo seguiré viviendo de tu recuerdo tal como se estereotipó en mi corazón. Porque, a pesar de tu abandono, yo nunca te perderé del todo. Continuarás viviendo en mi interior, pues me siento atado a ti para toda la eternidad.

Verás, divina, que cuando yo muera, nunca concluiré de morir del todo en tu recuerdo, y aunque quieras olvidarme, aunque otros amores hayan substituído al mío, aunque otros labios te besen en el sitio donde anidaban otrora mis besos, aunque otras ternuras te arrullen como te arrullaba yo, aunque otras caricias pretendan hacerte olvidar las mías, y aunque toda tu voluntad quiera olvidarme, en las noches frías de invierno, cuando la lluvia golpee los cristales de tu ventana o cuando una pena ponga una tristeza en tu corazón, entonces mi espíritu renovará en tu memoria, rondando en torno tuyo como una mariposa, todas las sensaciones gustadas este invierno, que para mi dicha, que para nuestra dicha, divina, ha sido una florida primavera.

RAMIRO.

CARTA XXXVIII

DE ANTONIETA LEAR A ESTER MARTINEZ

He vencido, amiga mía. Ramiro es, ahora, sólo mío. Ha roto con la chica de Gamboa, quien ya no me la podrá disputar. Y ha roto a iniciativa de ella. Por eso creo que todo arreglo es imposible, pues si de Ramiro dependiera ya se hubieran arreglado. No puede olvidarla.

Sólo ahora me doy cuenta de cuánto la ha querido, por lo dolorosa que le resulta la separación. No trata de disimular su pena ni siquiera conmigo. Se pasa las horas mirando un más allá, silencioso, como si olvidara que yo estoy a su lado.

Como comprenderás, esa situación no es muy halagadora para mí, pero no puedo ser exigente.

Hago como si no me diera cuenta de nada y trato de distraerlo, pero es en vano.

Temo que me hable de ella. Ya varias veces lo ha intentado, con un mal gusto inconcebible. Se diría que ha dejado de mirarme como a una mujer y que sólo ve en mí a una hermana, a una amiga, un poco maternal, junto a la cual busca consuelo. Sin embargo, ahora que estoy sola, sabré reconquistarlo.

Y si el Diablo no interviene, va a ser preciso un milagro para impedirlo.

No te rías de que hable del Diablo. En este caso está encarnado en el padre de Ramiro, Enrique, mi ex pasión, que con toda ingratitud pretende imponerse entre ambos.

Ayer estuvo a verme y me dió todo un sermón de moral. Yo le prometí todo lo que quiso, pero pedile un plazo para cortar con su hijo, plazo que pienso utilizar para atarlo definitivamente a mi cariño.

La entrevista fué tormentosa.

. . . . . .

Como ves, conociendo ahora el juego de todos, creo que está en mi mano ganar la partida.

ANTONIETA.

CARTA XXXIX

DE CELIA GAMBOA A BEATRIZ CARRANZA

. . . . . .

¡Pero cuán difícil me es olvidarlo! Parece que se hubiera entrado en mi vida en tal forma que siempre dejara grabado su recuerdo. Me lo dijo en su última carta: "Nunca concluiré de

morir del todo en tu memoria". Y es cierto. Lo veo en todas partes: reflejado en la pequeña luna del espejito de mi polvera, sonriéndome tristemente, como reprochándome mi abandono; entre las flores secas arrancadas como recuerdo de los ramos que él me envió en Palermo, junto al puente del Rosedal, donde nos dimos la primera cita; en mis sueños, en mis angustias, en mis deseos, en todas partes está él, sonriendo siempre tristemente, resignadamente, sin una sola palabra dura, sin un solo reproche por todo el dolor que le causo. Y entonces siento unos locos deseos de volver a él, arrojarme en sus brazos, de cerrar los ojos y de rogarle; llévame, llévame. ¡Oh! Ser querida como él me quiso, locamente, furiosamente, sin límites, sin vallas, sin corduras. . yo me asusté, tuve miedo de ese cariño y he querido dejarlo. Pero sé que nunca lo podré olvidar. . .

Mis padres, sumamente contentos, por mi ruptura con Ramiro — una bala perdida, según ellos, — han tratodo de substituírlo, presentándome infinidad de festejantes.

Yo, en un primer momento, dolorida y maltrecha por la ruptura, deseando olvidar, sintiendo un ansia enorme de ser consolada, he dicho que sí a todos y he aceptado a uno. Se llama Alberto Asperón. Es uno de tantos. Muy rico, muy presumido, pertenece a ese grupo de personas que valen el valor de lo que llevan encima. Baila bien, tiene la vanidad de ser un excelente "chauffeur", cree que es muy elegante un cierto dejo de despreocupación para todas las cosas y afecta entonces no dar importancia a nada.

Me encuentra hermosa y m dice que me quiere, siempre con las mismas palabras, deslizando un chiste tonto, seimpre el mismo, a propósito de mi belleza.

Y es con ese señor, con quien me aburro de cien distintas maneras, con quien he substituído a Ramiro. Una vez encontró un espejito en el que el otro me había escrito una cuarteta, y, furioso, lo ha hecho pedazos, creyendo borrar así, en una forma original y con una grosería, el efecto que el verso de Ramiro pudo causarme.

Es un novio formal, que me habla de asuntos, del dinero que gana y del que deja de ganar, y del porvenir, de ese porvenir, calmo y patriarcal, que él ansía para los dos. Una vez que nos casemos, haremos un viaje de bodas al Brasil y al retorno habremos de vivir en su estancia o en Buenos Aires, donde él seguirá amontonando dinero y yo comenzaré a tener hijos. ¿Qué más quiero, no es verdad? Te prevengo que casi están encantados y que todo se vuelven ponderaciones de Alberto. Sólo yo permanezco triste. Y es que yo, Beatriz, comparo.

¡Oh, Ramiro, qué enorme daño me has hecho queriéndome como me quisiste! Después de tu cariño, el amor de los otros es una cosa tonta y fastidiosa. Tienes razón: Nunca volveré a sentir otros besos como los tuyos; nunca me estremeceré de pasión como me estremecía al contacto de tus caricias; nunca m sentiré arrullada como me sentía cuando tú ibas vertiendo en mi corazón la dulzura de tus palabras; nunca el deseo acosará a mi carne, torturará mi espíritu como cuando tú lo provocabas . . . y es que nunca volveré a amar como te amé a ti. . . Nunca . . . ¡Oh no! Quizá no me resuelva.

Ya ves, Beatriz, que paso por un momento de incertidumbre. Por un lado, Alberto, la tranquilidad, la despreocupación del porvenir, la seguridad de una era de paz, de vida sin zozobras, por el otro, Ramiro, mi Ramiro, con sus amores tormentosos, con sus apasionadas ternuras, su espíritu lleno de inquietudes, cuyo mañana es imposible de prever, sus caprichos que ayer me exigían un sacrificio imposible y que volverán a florecer en lo futuro. . .

El dilema no dejaría lugar a dudas si yo no quisiera a Ramiro. Pero lo quiero, lo quiero como és, y si no fuera porque no me animo, sino fuera porque no sé cómo, zafarme de este nuevo compromiso, no sé, pero creo que. . . En fin, hablemos de otras cosas.

Si él me llamara, si él volviera. . . entonces sí que estoy segura sobre lo que habría de responderle. Total, la vida es una sola, y es tonto querer huir de la felicidad cuando ella se presenta. Yo. . . Pero ya ves. Quería hablar de otras cosas y me ha sido imposible. Vuelvo a mi tema favorito, a mi único tema: Ramiro.

¡Pobrecito! ¿Qué hará ahora? ¿Pensará a veces en mí? Estoy segura. De lo contrario, te juro que me daría una gran tristeza. Y es que, como lo ves, aun no pierdo las esperanzas.

Tengo el presentimiento de que Dios no ha de permitir que nuestra separación sea definitiva.

Tuya,

CELIA.

CARTA LX

D EENRIQUE VARELA A RAMIRO VARELA

Hijo mío:

Has de haber notado que, a pesar de la anormalidad de la vida que llevas desde hace algún tiempo, nunca te he llamado l atención sobre ella, prefiriendo no inmiscuirme en tus asuntos,

que al fin y al cabo sólo creí desvaríos de juventud. Pero ahora las cosas han llegado aun límite que obligan a mi condición de padre, es decir a mi condición de amigo, Ramiro, a invitarte a reflexionar. Deseo, pues, que leas esta carta con la serenidad con que yo la escribo, y que no veas en ella una reprimenda sino un consejo. Reflexiona sobre lo que en ella te digo y procede después según te indique tu conciencia. Yo he querido evitarte una entrevista conmigo, en que quizá te sintieran cohibido, y por entrevista conmigo, en que quizá te sintieras cohibido, y por dos.

Y ahora comienzo.

Conozco toda tu vida, Ramiro. Conozco tus pensamientos, tus modos de ver, tu sentir, tus reflexiones, tus deseos, todo. Y lo conozco, porque un padre, por ciego para otras cosas que sea, siempre es un vidente para el corazón de su hijo. Poseemos un extraño instinto para comprender a nuestros hijos, quizá porque vosotros no sois más que pedazos de nosotros mismos.

Por eso, cuando queréis engañarnos, no lo lográis sino cuando nosotros deseamos ser engañados. Ahora mismo, que eres un hombre, tus disimulos para conmigo me parecen tan pueriles, como cuando siendo niño creías engañarme con las torpes excusas que tu imaginación elaboraba pacientemente después de una rabona o una mala nota.

¡Cuántas veces nos hemos reído yo y tu pobre madre de lo creído que estabas de engañarnos! Yo me ponía serio, y después de escuchar tus explicaciones dábame por satisfecho y te enviaba a jugar. Y tú te ibas contento, feliz satisfecho, creyendo haberme despistado.

Por eso ahora no he creído ni en los pretextos que me diste para justificar tus idas a Córdoba, ni en los compromisos con que legitimabas tus peticiones de dinero, ni en las estadas en estancias de amigos, ni en nada de lo que me has dicho para ocultarme tus amores con Antonieta Lear y con la chica de Gamboa.

Yo cerraba los ojos y dejaba pasar. Pero ahora que sé que has roto con la chica de Gamboa y que haces casi vida marital con la señora de Lear, quiero hacer llegar hasta ti el ridículo en que te hallas. Todo el mundo comentó tu rompimiento con tu novia, diciendo que ella te dejó a causa de tu amante, y tu amante, Ramiro, la amante de un muchacho joven, buen mozo e inteligente como tú, la amante que lo domina hasta el punto de espantarle sus otros afectos, es una vieja, una anciana que puede ser tu madre, que ha pasado desde la viudez, por los brazos de innumerables maridos morganáticos, y que cuando

llega al fin de su carrera, cuando ya nadie le hace caso, cuando se ha transformado en la aventura fácil de quien haya querido tomarla, te encuentra a ti, Ramiro, y te asigna el ridículo de transformarte en su escudero, en un Romeo grotesco, carnavalesco, en el instruemnto que ha de servirle para apagar la lascivia pravecta. ¡ Y tú, te resignas a ese papel!

Nunca lo hubiera creído. En un principio pensé en un capricho tuyo. Tus relaciones con la chica de Gamboa ponían a salvo tu reputación, pues demostraban que tú no le dabas a Antonieta sino una my relativa importancia. Pero luego has viajado con ella, has vivido en su compañía en Adrogué y en Córdoba, para concluir rompiendo con tu novia.Y eso me alarma. No creas que tenga interés en tus relaciones con Celia Gamboa; no me importan, pero el hecho de que se las hayas sacrificado a Antonieta me demuestran todo tu desvarío.

Es necesario reaccionar, Ramiro. Debes hacerlo por orgullo, por dignidad, aunque te cueste, aunque te sea doloroso. Esa mujer no te conviene y debes dejarla. ¿Quieres un pretexto? Pus bien, dile que yo te he hablado y que te he contado algo que no te cuento por decoro, por escrúpulo de caballerosidad. Ella se dará cuenta de lo qué es, y verás cómo enrojece de vergüenza y no insiste.

Creo que me harás caso y seguirás el consejo de amigo que te da,

TU PADRE.

CARTA XLI

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Creí que mi anterior sería la última carta. Creí también que la pena que sentía, sería mi última pena. Después de ella, mi corazón cansado de sufrir, iba a insensibilizarse para siempre. La indiferencia, una piadosa indiferencia por la vida iba a ser el descanso de mi alma torturada por el agonizar de nuestro poema. No pensar en nada, no sentir, no desear. . .sumirme en un letargo espiritual que permitieran se cicatrizaran mis heridas, que me brindara un poquito de paz, el consuelo de un paréntesis de tranquilidad.

Por eso no quise verte, no acercarme a ti, huir de todos los sitios donde pudiera encontrar la tristeza de un recuerdo, la tortura de una añoranza.

Descansar, dormir... era toda la aspiración de mi dolor. Y busqué un retiro... y a mi retiro me llega la noticia de tu noviazgo.

Divina... ¡qué pronto me has olvidado!

Mi corazón se ha estremecido como ante un sacrilegio. Yo sabía que eso iba a llegar. Pero no creí que fuera tan pronto, no imaginé nunca que mi recuerdo se borraría con tanto presteza.

¡Qué pena tan grande la que me das ahora! Es como si en la hoguera donde se consumió toda mi ilusión quedaran aún unos leños sin quemarse, los últimos, y la llama que devoró todo el resto se aprestara también a transformarlos en cenizas. Pero antes temo que su fuego sea el motivo que genere una catástrofe.

Por eso te escribo. Para decirte que me voy. Que me voy para no verte, para no correr el peligro de encontrarte al lado de otro hombre. No podría resistirlo. Siento, tan sólo de pensarlo, un ansia criminal que me corroe las entrañas, que me envenena el corazón. Matar... Qué voluptuosidad maldita me asalta cuando por mi pobre cerebro cruza esa idea. Matar... saber que nunca serás de otro, que nunca tus labios brindarán a otro lo que a mí me brindaron, que nunca tu ternura será de nadie... Oh, matar... las manos se me crispan y la razón se me obscurece.

No sabes qué frenesí de locura me asalta cuando te imagino en brazos de otro.

¡Entonces, es posible que tú seas feliz con otro cariño, es posible, sin que se derrumbe el cielo, que seas de otro, que reconozcas otro dueño sin que el mundo todo se desmorone!

Me voy, divina, ofreciéndote como último sacrificio el sacrificio más doloroso, más grande, más torturante: el de mi rebelión, el de no hacer nada, el de permitir que la enorme injusicia se realice, que el angustioiso sacrilegio se lleve a cabo.

Ahora sí que te pierdo para siempre. Y junto contigo todas mis ansias de felicidad, todo mi derecho a la dicha, toda mi virilidad de hombre, mi religión de amante, el culto de mi idolatría, el motivo de mi existencia.

Y ahora, divina, ahora que ya no me quieres, ahora que eres de otro, ahora que sólo soy un extraño para ti, podrás apreciar toda la inmensidad de mi cariño.

RAMIRO.

P. S. — No me contestes. Cuando recibas esta carta ya me habré embarcado en el vapor X.

CARTA XLII

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA, POR RADIOGRAMA

Vuelve, Ramiro, que yo te espero.

CELIA.

CARTA XLIII

DEL GERENTE DE LA COMPAÑIA TELEGRAFICA X, A CELIA GAMBOA

De nuestra consideración:

Me es grato comunicar a usted que su telegrama número . . . enviado al señor Ramiro Varela, a bordo del vapor X, no ha sido entregado, por no encontrarse el destinatario en dicho buque ni figurar en la lista de sus pasajeros.

Saluda a usted,

N. N.

CARTA XLIV

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Un inconveniente de última hora me impidió embarcarme en el vapor X, como era mi intención, y como el motivo de mi viaje era únicamente alejarme de ti, esta misma noche he tomado un tren que me conduce a la estancia de un amigo. Este cambio de itinerario, que no tiene importancia, te lo comunico, no porque espero que me escribas — lo nuestro, divina, terminó para siempre — sino porque no desearía que llegara a tus oídos por otros conductos y que tú hicieras juicios equivocados sobre lo que podrías creer una superchería mía.

Y ahora, adiós.

RAMIRO.

P. S. — Perdóname el papel — no hay más que estos formularios en el tren — y la letra, pues el movimiento no me permite hacer alardes caligráficos. Y perdóname también que te tutee. Lo he hecho sin quererlo, sin pensar que nosotros, ahora, somos dos extraños, dos personas sin ningún vínculo

que las una, sin nada en común, pues el pasado ha dejado de ser nuestro para ser sólo mío: tu parte sólo vive en mí: tú la has olvidado ya, la has borrado por completo de tu memoria. Soy yo, pues, el único depositario de su recuerdo, y lo guardo, lo guardaré siempre celosamente, como un inestimable y único tesoro. Jamás ha de apagarse en mi espíritu su llama, pues continuamente la estará alimentando tu ausencia y mi dolor.

¡Oh, pasado nuestro, lleno de ternuras, de ansias, de deseos, de dulces abandonos, de caricias locas, de besos embriagadores, de sueños imposibles y de un despertar amargo, doloroso como una caída!

Pasado nuestro, donde nació y se extinguió mi dicha, donde viví la realidad de una dulce mentira, de la engañosa ilusión de tu cariño; donde conocí todas las alegrías, donde albergué todas las esperanzas, donde forjé todas mis quimeras.

Piadoso y cruel pasado nuestro, que tras de hacérmelo esperar todo, todo me lo negó; pasado que ha generado mis torturas, mi desesperación, el enorme dolor que ahora me muerde el alma, la enorme desilusión que anula mi espíritu, que mata para siempre mi sensibilidad; pasado, que fuiste toda una sombra apenas iluminada por el fugaz zigzagueo de un relámpago helado: el de mi estúpida credulidad en tu amor inexistente; pasado causante de mis penas, de mi infinita tristeza, de mi definitiva y melancólica renunciación a la dicha; pasado maldito, yo, yo que sufro por ti, yo que soy tu víctima, te bendigo a pesar de mis heridas, a pesar de mi derrota, a pesar de tus torturas, a pesar de todo, porque en ti, en tus negras entrañas florecieron tus besos, falsos o sinceros, pero tus besos, los besos de tu boca, que fueron míos, míos. . .

Por eso, ahora, aunque mi razón se rebele, aunque mis renocres me grite: "olvida, como ha olvidado ella" yo sigo recordándote, sigo llevándote en mi pecho, celosamente, sin permitir que tu llama se apague, como un tesoro inestimable y único. Por eso, para conservarlo, para mantenerlo siempre vivo, cuido todos los detalles necesarios.

Cuando nos despedimos, ¿recuerdas?, se rompió por un minuto la frialdad de la entrevista, y sin quererlo nos besamos. ¡Oh, nuestro último beso!

No sé cuánto duró. Por un momento olvidamos todos nuestros rencores, nuestras diferencias, nuestro disgusto, para no pensar en nada más que en ese beso que nos absorbía por completo, que obscurecía nuestra psiquis, que anulaba nuestra voluntad. Nosotros habíamos dejado de ser nosotros para no ser más que dos bocas que se besaban, para no ser más que

un único, un solo y enorme beso de pulpo, de Dios y de Demonio...

Cuando nos separamos acabaste de atarme nuevamente a tu capricho. Yo había dejado de razonar ante la suprema elocuencia de tu beso. Pudiste hacer de mí lo que quisieras. Tu caricia era un argumento formidable, ante el que palidecían hasta esfumarse todas mis resistencias. Tú lo viste, y reaccionando sobre tu momento de debilidad, volviste a decirme, con tono tranquilo: Es una locura... Es necesario separarnos.

¡Oh, divina, una lágrima tuya y todo se hubiera terminado! Pero resolviste ser fuerte, y yo me fuí.

El frío de la calle me dolió en los labios: sólo entonces reparé que tu vehemencia los había herido. Y me sentí ufano con esa herida, como un soldado de las que recibe en la batalla. Al día siguiente casi estaba cicatrizada. Yo, entonces, volví a abrirla, impidiendo que se cerrara, para conservar sobre el labio la impresión que continúas besándome, para seguir gozando la dolorosa e inefable sensación de tu beso.

Y así, presente siempre en mi corazón, mantengo intacto el culto de tu recuerdo.

Nada más que, a veces, como esta noche, ese recuerdo me sofoca, me ahoga, y siento una enorme necesidad de hablar de ti, de volcar en cualquier oído mi confidencia, de decir a alguien, a cualquiera, que te quiero, que lo eres todo para mí, y que nunca serás mía, que Dios ha cometido la suprema injusticia de separarnos, de condenarme eternamente al horrible suplicio de pensar que pudiste ser mía y no lo has sido.

Me parece que me aliviaría si yo lo contara a alguien, si abriera una válvula de escape a mi amargura. Y me pongo a conversar con mi compañero de mesa, un pasajero de mirada turbia, cuyo aliento huele a alcohol.

Lo invito a beber; él, semiebrio, acepta entusiasmado. Una, dos, tres copas, no sé cuántas ingiere. Es su sed sólo comparable a la mía, a esa sed enorme de ti, que ninguna otra mujer podrá nunca aplacar.

Mi compañero ya está ebrio. Entonces yo comienzo a hablarte de ti, de tu cariño, de nuestro amores. Me gozo contándole detalles, describiendo minuciosamente tus tocados, el sombrerito negro con adornos rojos, el traje de seda de largos flecos, ese que tanto te gustaba, la cartera de original cierre, el tapado de piel gris, los zapatos puntiagudos, bordados con mostacilla... Es un análisis prolijo, de quien se ha sentido impresionado por cada cambio, por cada alteración de tu exterioridad, sin que nada pasara inadvertido. Mi interlocutor

me mira con aire idiota, sin comprender, sin darse cuenta de nada. Y yo prosigo, describiendo tu rostro, tus labios dibujados en rojo, por Dios, que se sintió artista al hacerlos; tu sonrisa que cada vez que ponía al descubierto tus dientes, pequeños y nacarados como si hubieran sido tallados en el fondo de una madreperla, daban la sensación de que se estuviera ante una gran felicidad, una gran alegría, que cobraba realidad, al desgranarse tu risa, tu hermosa risa contagiosa, optimista, que una vez escuchada dejaba en los oídos, como un recuerdo, el eco de su música, y en el espíritu el deseo de seguir oyéndola; tu lunar, ese lunar, que era la antesala de tus labios, donde los míos, como una llamada discreta, golpeaban con su beso antes de presentarse ante la majestad de los tuyos; y le describo tus ojos, tus ojos raros, enigmáticos, misteriosos, profundos, abismales, esos ojos que relampaguean odio, que expresan ternuras, que avivan los deseos, que alientan las audacias, que apagan los ardores y hielan el alma, según odies, ames, desees o desprecies tú.

Ahora yo también bebo, yo también necesito el consuelo del alcohol.

Ante mí, dos mesas más allá, hállanse sentados un hombre y una mujer. Me dan la espalda. El no me interesa; ella absorbe toda mi atención. Es esbelta, de cuerpo nervioso, donde se adivinan ondulaciones armoniosas y estremecimientos enloquecedores; su cuello es fino, blanco, cubierto apenas por el cabello recortado en melena, una adorable melenita dorada, sin rizar, como la tuya. Eres tú, tú, divina; quiero creerlo; quiero vivir un instante la dulce ilusión de esa mentira. El vagón ha desaparecido para mí; ahora no existe más que ella, que esa nuca que parece incitar al beso, en la que reconozco el sitio donde, ¿recuerdas?, al posarse mis labios, un nervioso temblor agitaba tu cuerpo.

Cada vez que ella se vuelve, yo bajo la cabeza para no verle el rostro, para no desengañarme, y, cuando terminada la comida ella se levanta y seguida por su compañero pasa por mi lado, no la miro.

Al pasar ha rozado mi brazo con su cadera, y he sentido el contacto de unas carnes dulces, mórbidas... Vuelvo a beber. En el comedor poco a poco vamos quedando solos mi compañero y yo. Entonces, mientras vaciamos la décima copita de "cognac", le pregunto:

—¿Vio a sea mujer que pasó junto a mí? La de traje negro.

—Sí, la vi. Tenía unos hermosos ojos azules.

—No; eran negros.

—Azules.

—Negros, he dicho, fascinantes, insondables. Pues bien; es mía. ¿Oye? Mía.

El me mira con aire de idiota.

—Es mía. Me espera en el camarote.

Le explico con aire picaresco que hemos venido separados para que nadie se diera cuenta, para evitar comentarios, pero que ahora. . .

Y continúo bebiendo, continuamos bebiendo. ¡Qué hermoso es beber! Las penas se van alejando poco a poco. Ahora ya no creo que voy a perderte. Todo va a tener arreglo. Ya habrá algún medio, ya encontré la forma de arreglarlo todo.

Vamos a ser felices. Verás cómo algún día también nosotros viajaremos como esa pareja que acaba de pasar. También a nosotros nos envidiarán los borrachos que viajen en nuestro tren y que estén ahogando penas en el fondo de sus copas.

—¿Más?

—Sí, más. Hasta arriba.

Ahora yo también creo que tú me esperas en el camarote. Habrás dejado la puerta entornada tan sólo con el pestillo, y yo entraré sin llamar. El camarote estará obscuro, y tú ya estarás acostada. No querrás que prenda la luz, y así, en la obscuridad, te buscaré hasta tropezar con tus desnudos brazos, que tú cariñosamente me tenderás.

—Me voy — le digo a mi compañero. — Tengo prisa por llegar a mi cabina. No quiero hacerte esperar. Temo que algún otro, algún pasajero distraído, entre en el camarote.

—Yo me quedo aquí.

Es mi compañero que no quiere seguir. Lo dejo. Recuerdo que mi coche es el último. Y en el último viaja también la pareja. Los vi en la estación. ¿Qué estarán haciendo? ¡Bah! ¡Qué me importa! Lo importante, lo trascedental es que tú, divina, me esperas.

He llegado al último coche, y el camarero me indica la cabina. Está vacía. Tengo un minuto de desconcierto, de vacilación. No puedo comprender cómo es que tú no estás, cómo es que te has ido.

De pronto, del camarote vecino, llega a mis oídos, velada, queda, una voz de mujer. Ahora comprendo. Eres tú. Y no estás sola. Te acompaña un hombre. Llegan hasta mí murmullos de besos, de frases entrecortadas, de risas ahogadas. Entonces pienso que estás conmigo. Sí, ese hombre soy yo. El que

oye, el que observa, el que está en este camarote, es otro, es un miserable borracho. Yo estoy contigo.

Estoy contigo, divina, en tus brazos, que se anudan desnudos alrededor de mi cuello.

Cómo se asombraría mi compañero de viaje si nos viera. Pero a mí nada se me importa de él: ya lo he olvidado. Sólo pienso en ti, en nuestro momento presente, en la locura de nuestras caricias.

Siento en mis labios la presión de los tuyos, torturantes, enloquecedores. Y no es que la pequeña herida se haya abierto, no. Son tus labios, divina, tus labios brujos que me besan.

Cierro los ojos y me parece experimentar la sensación de una caída. Caigo en un abismo insondable, indefinidamente. De mi cuerpo sólo siento la boca, mi boca unida a la tuya, gestando un beso de infinito.

De lo demás nada sé, nada me importa.

—¡Si pudiera morir ahora! Si este sueño que me invade, si esta pesadez que va cargando de plomo mis músculos fuera definitiva, no tuviera despertar! ¡Qué enorme dicha la de morir así, gustando un beso tuyo, absorbido por tu recuerdo materializado en un esfuerzo inaudito del deseo!

Ahora sí que estoy borracho. Siento tambalear toda mi psiquis. Ya no tengo una sola idea clara, un solo pensamiento que no se me confunda. Todo da vueltas en torno mío.

Estoy ebrio. Mas no ha sido por el alcohol.

Tu recuerdo, divina, el recuerdo de tus besos, de tus encantos, de tus ternuras, es el que, aun en contra de mi voluntad, acaba de embriagarme. . .

RAMIRO.

Esta carta no llegó nunca a manos de Celia, pues fué interceptada por sus padres, que hicieron correr igual suerte a otras cartas posteriores de Ramiro. Solamente así se explica el sesgo que toma esta correspondencia.

CARTA XLV

DE CELIA GAMBOA A BEATRIZ CARRANZA

. . . . . .

Supe después que no se había ido. El telegrama que le envié a bordo me fué devuelto. He esperado una explicación, pero no ha llegado.

De todo esto deduzco que Ramiro no me quiere, no me ha

querido nunca. Ha jugado con mi amor en una forma indigna, buscando en mí únicamente una aventura.

¡Y pensar que yo creía ciegamente en su cariño! ¿Cómo es posible mentir así? ¿Cómo es posible que tenga tan poco corazón como para destrozar mi vida así, fríamente, calculadamente?

Me siento invadir por un desgano, por un desaliento que no puedo expresar. Ahora todo en la vida ha dejado de preocuparme, de interesarme. Me casaré con Alberto, ¿qué remedio me queda?, y no seré desgraciada con él. Incapaz de sutilizar, no se percatará nunca de mi estado de ánimo, no me torturará con exigencias espirituales. Será un buen marido, que me dejará tranquila, que encontrará natural mi falta de entusiasmo. Después tendremos hijos, y yo aprenderé a ser madre, después de haber enterrado todas mis aspiraciones de mujer.

Esto es lo mejor que puedo hacer. Me he convencido del error que cometí al soñar con un amor de novela. La vida no es así. Es más prosaica, más aburrida. ¿Aburrida? No. Es natural. Lo otro era una locura, un romance imposible, un fruto de mi imaginación. Casi me alegro de que me haya sucedido eso. Sin el desengaño con que ha destrozado Ramiro mis ensueños, hubiera sido una eterna descontenta, aspirando siempre a una dicha que yo creía posible y que ahora comprendo que no lo es.

Ya ves: estoy resignada.

¡Casarse sin amor! Antes me hubiera parecido un delito, una aberración, algo superior a mis fuerzas. Ahora, en cambio, veo mi porvenir serenamente, con un poco de tristeza quizá, pero sin inútiles rebeliones.

Seré como todas las mujeres: una esposa sumisa y una buena madre. Y quien sabe si allí en el cuidado de esas cabecitas rubias que vendrán, encontraré yo una compensación a mi melancolía. ¡Cómo deseo tener un hijo! ¡Con qué ansias voy a besarlo! Voy a dedicarme por completo a él.

En cuanto a Alberto... es un buen muchacho, que me quiere a su manera, sin arrebatos, sin grandes gestos ni palabras bonitas, pero quizá más profundamente que el otro, por lo menos con más sinceridad.

El hogar burgués que él me ofrece me es ahora apetecible. Voy a arrojarme en él con un enorme deseo de descanso, aspirando como a un bien supremo a un poquito de paz, de despreocupación.

Descansar... ¡Cuánto lo necesito después de la vorágine de estos últimos meses! En mi retiro voy a comenzar a olvidar,

y estoy segura de conseguirlo. Mi aventura con Ramiro será dentro de poco un recuerdo, que cada día palidecerá más y más, hasta que logre borrarlo por completo.

Por eso deseo desprenderme de mi pasado y de todo lo que me lo recuerde. Ayer he empaquetado las cartas de Ramiro, sin volverlas a leer, y arrojado al fuego todos los recuerdos. Flores secas, programas de teatro adonde habíamos acudido juntos, y todas esas nimiedades que encierran cada una, una añoranza.

Cuando las llamas consumieron las últimas flores, yo sequé mi última lágrima, una sola, que se había deslizado por mi mejilla, y no lloré más. Me he quedado tranquila, sin que el conocimiento de que todo se acabó ya me desespere.

Y no es que esté alegre, no. Pero mi tristeza ya no me hace sufrir. Estoy como al día siguiente de un baile. Pasada ya la exictación primera y el recuerdo fresco de las incidencias que nos alegraron o nos hicieron sufrir, sólo persiste el cansancio, un cansancio que aplaca los nervios, que suprime la voluntad y que nos obsequia con una especie de sonambulismo, que nos hace vagar sin rumbo por la casa, dóciles a todas las sugestiones, obedientes, anuladas nuestras individualidades.

Nada más que lo que después de un baile es un estado de abulia pasajero, después de mi desengaño, va a durarme mucho tiempo; quizá para siempre.

Alberto está encantado con ello. Me encuentra más buena, más sumisa, pronta a aceptar todas sus ideas, a sacrificar mi personalidad a la suya.

Ya no discuto con él. Acepto como bueno y justo su criterio, y le he abandonado la dirección de nuestro porvenir.

Ya ves, Beatriz, que no debes compadecerme, porque sólo ahora me encuentro preparada para el matrimonio, sólo ahora seré capaz de ser feliz.

Nada más que, a pesar mío, a pesar de mis propósitos, esa felicidad que se me ofrece la encuentro un poco triste. Pero... ¿qué le vamos a hacer?

CELIA.

CARTA XLVI

DE BEATRIZ CARRANZA (SIN FIRMAR) A RAMIRO VARELA

Hace tiempo escribí a usted una carta que no obtuvo contestación. En ella abdicaba yo de mi orgullo para proponerle iniciar una relación entre nosotros. Me sentía atraída hacia

usted por infinidad de factores, que no vale la pena repetir, pero que aun subsisten. Pero usted hizo caso omiso de mi confesión, creyendo, quizá, que yo era una aventurera, y no me contestó. Yo no me he resentido por eso. Al contrario: lo he valorado más, pues me he dado cuenta de que no es un infatuado, ni uno de esos seres que corren tras la primera aventura que se les presenta. Y es claro; cuando se sabe amar como ama usted, no es el caso de malgastar su ternura con cualquiera. Sin embargo, yo estoy segura de que a mí me amaría usted. ¡Lo comprendo tanto, lo conozco tanto, y me siento inclinada tan violentamente hacia usted, que no dudo ni un instante de que lograría hacerme amar!

Por eso vuelvo a escribirle, a pesar de su silencio. Sé que cuando usted recibió mi primera carta su corazón no estaba libre; lo ocupaba un gran amor.

Pero ahora... Ahora no sé si sigue usted amando, si ha logrado borrar el recuerdo de ese querer que tanto lo hizo sufrir. Creo que no. Esas cosas no se olvidan tan fácilmente. Pero sé que su amor por esa mujer es ya imposible. Por eso le propongo: ¿quiere intentar olvidarla conmigo?

Verá usted que yo seré una buena amiga, una buena compañera. Conmigo se distraerá usted, y después... ¡oh!, después estoy segura de que nacerá un afecto en que va a diluirse hasta borrarse por completo ese sedimento de amargura que le ha dejado ese doloroso "no pudo ser".

Vuelvo, pues, a formularle mi primera pregunta: ¿Quiere usted intentar ser mi amigo? No piense en que tendrá que amarme. Su pena presente le haría imposible esa idea. Piense tan sólo en una amiga, en una especie de hermanita, que le ofrece fraternalmente un poco de consuelo...

B. C.

CARTA XLVII

DE RAMIRO VARELA A BEATRIZ CARRANZA

Señorita B. C.—Casilla de Correos 69

Amiga mía:

Nunca un rayito de sol nos parece tan luminoso, nunca su calor es más apreciado que después de una gran borrasca. Por eso le agradezco su carta. Ella me llega en un momento doloroso de mi vida, después de haber sentido el alma azotada por el vendaval de una gran desilusión, que parece no serle desconocida.

No trataré de investigar cómo es que está usted enterada de mi tristeza, como no trataré de investigar quién es usted. No me importa. Me concreto a aceptar el fraternal afecto que me brinda, el consuelo que piadosamente me ofrece, como si él viniera de esa dulce hermanita de que me habla.

Sin embargo, su sinceridad reclama una correspondencia de franquezas: ¿Cree usted posible el hacerse amar por mí? Yo sin conocerla, sin poder ofenderla, pues, no lo creo. Y no por usted, sino por mí.

Quiero imaginarla con todas las cualidades, con todas las virtudes, con toda las bellezas. Y aun así, con todas las excelsitudes con que presumo su realidad, no me siento capaz de alentar sus esperanzas.

Hay plantas que sólo florecen una vez en la vida. Si el tiempo les es propicio, las flores cuajan en fruto y logran cumplir su misión. Si, por el contrario, les es adverso, se deshojan en una definitiva anulación y ya no es dable esperar nada de ellas, por más calor, por más luz con que las acaricien los rayos de un sol que llegó tarde.

Y yo soy así, amiga mía. Me siento incapaz de amar. Quizá mis flores eclosionaron antes de tiempo, cuando aun Primavera no había llegado, y el último cierzo del invierno acaba de marchitarlas. Y el tibio, el dulce y luminoso rayito de sol de su simpatía no va a lograr hacerlas revivir nunca.

Por eso se lo advierto. Yo nunca podré amarla. Llevo en el alma el veneno de una desilusión que esterilizará todos sus esfuerzos, no permitiendo que germine más que lo único que puedo ofrecerle: mi amistad. Y eso es muy poca cosa para que pueda conformarla.

¿No le parece entonces que la relación que usted inicia está destinada al fracaso? Piénselo bien. Yo no quiero llevar sobre la conciencia la culpa de haber causado, conscientemente, una desdicha. Es tan hermoso el amor, que es un crimen desengañarse de él cuando podemos evitarlo. Y mi tristeza, mi melancolía, que nadie ni nada sabrá curar, es un enemigo formidable de la ilusión.

Ya ve usted cómo la trato fraternalmente, como a una hermanita buena e inexperta, que necesita más de mi consejo que de mi ternura.

Y ya que esta última está velada, si es que no la fastidia a usted, acepte el primero, que con toda sinceridad y con todo corazón le ofrezco.

Y ahora, mi mano de amigo.

RAMIRO VARELA.

CARTA XLVIII

DE RAMIRO VARELA A ALBERTO PONCE

. . . . . .

Es una aventura que mi cansancio me impide valorar. Por más esfuerzos que hago, por más que me empeño en ilusionarme, no lo logro. La imagen de la otra, el recuerdo de Celia, se interpone siempre entre nosotros, amargando todas las alegrías que en otra ocasión me harían feliz.

No conozco aún su nombre. La llamo Rayito de Sol, o simplemente Rayito, pues no quiere develar su incógnita hasta tanto no me haya conquistado. ¡Pobre chica! Es buena, hermosa y soñadora. Soñadora como una heroína de novela. La atrae en mí ese sabor de misterio que tienen nuestras relaciones, nuestras citas clandestinas, y la aureola romántica que me dan mis desgraciados amores con Celia, de los que no sé cómo está enterada hasta en los más nimios detalles. Yo no he tratado de averiguarlo. No me interesa, como no me interesa ya nada en la vida. Si continúo viéndola es por distracción, y, más que por eso, es una ansia enorme de olvido, de buscar en otros brazos, en otros labios, en otro amor, las dulzuras que tanto extraño, que tanta falta me hacen.

En un principio pensé en Antonieta, pero rechacé la idea. Ella me estaría recordando continuamente a Celia: ella, que es un poco culpable de nuestra ruptura. Y yo quiero olvidar, quiero olvidar. . .

En un principio, cuando aun no podía convencerme de que era definitivo nuestro enojo, escribí a Celia varias cartas. No me ha contestado a ninguna. No pienso insistir más y trato de no pensar en ella. Pero es imposible. Todo me lo recuerda. Desde que volví a Buenos Aires no doy un paso sin que me salga al encuentro una añoranza. Los sitios donde anduvimos juntos, la oficina de correos donde acostumbraba a expedir mis cartas, el cuarto donde las escribía, todo, todo me habla de ella. Y lo que más temo, a lo que más miedo tengo, es a la posibilidad de encontrarlos juntos en el teatro, en el paseo, en alguna confitería. Yo no sé, entonces, si mi voluntad lograría dominar los impulsos que de sólo pensarlo me asaltan. El otro día, en el club, lo conocí a él. No llegó a serme presentado, pero lo vi. Cuando se acercó a nuestro grupo a saludar a uno de los amigos comunes que estaban en nuestra mesa, y

éste lo presentó a los demás, yo los abandoné antes que me llegara el turno. No hubiera podido estrechar su mano, ni dejar de ser impertinente con él. Y, como comprenderás, una conducta descortés de mi parte sería catalogarme de camorrista, de despechado, sin contar que sería poco caballeresco. No he vuelto al club, ni pienso volver hasta no haber adquirido la serenidad suficiente para afrontar con calma una entrevista. Para eso, para poder lograrlo, quiero marearme con Rayito, quiero, aun mintiéndome a mí mismo, convencerme de que la amo, que he desalojado con ella el recuerdo de Celia. Y la inmolo sin piedad a esa mi ansia de olvido. No está bien hecho, pero ya no estoy en condiciones de pensar ni de discernir entre lo bueno y lo malo. La tomo como tomaría un alcaloide, como buscaría en el alcohol o en cualquier otro veneno un remedio para mi mal.

Por ahora nuestras relaciones son puramente espirituales. Pero a mí me son insuficientes. Me parecen tontas, pueriles, juegos de niños. Y en mi situación ya no se puede jugar a los novios. Es hermosa. Quizá cuando evolucionemos al materialismo de la entrega, logre interesarme más. No la deseo, pero la haré mía, así, fríamente, canallescamente, para intentar vencer con el goce de la carne a la tristeza del alma. Y si no lo consigo, la dejaré, la abandonaré después de haberla mancillado. Te extraña mi cinismo, ¿verdad? Y es que en mi desesperación me estoy transformando en un egoísta miserable, en un loco atormentardo por una idea fija, capaz de inmolar un mundo al logro de su deseo.

Te envío las cartas de Antonieta y te ruego se las devuelvas. Me las ha reclamado diciéndome que vaya. Yo no he accedido a la entrevista. No quiero escenas ni lágrimas. Le he hablado por teléfono para pedirle autorización para enviárselas por intermedio de un amigo, ya que se empeña en comunicarme no sé qué cosas, que, según ella, tienen para mí una trascedental importancia. Tú, que conoces mi estado de ánimo, te encuentras habilitado para ir en nombre mío. Procede como quieras, pero siempre teniendo en cuenta que conmigo todo es imposible. Háblale mal de mí y procura desengañarla, desilusionarla. Dile que no valgo una sola de sus lágrimas, una sola de sus tristezas. Y ten la seguridad de que con eso no has de decirle más que la verdad.

RAMIRO.

CARTA XLIX

DE ALBERTO PONCE A RAMIRO VARELA

He cumplido la misión encomendada. Ayer estuve a ver a la señora de Lear y le he hecho entrega de tus cartas. Fué una entrevista penosa. Cuando me hice anunciar me recibió inmediatamente. Casi no la reconocí. Habíala visto muchas veces, en la época de tus amores con ella. Era una mujer hermosa, incitante, con toda la atracción que, usando una frase tuya, produce la fruta madura.

¡Si vieras cómo está ahora! Parece una vieja. Los ojos llorosos, hinchados, los labios descoloridos, la tez marchita, indican un completo abandono de los cuidados del tocador. Mirándola, parecíame la madre de la otra. Me produjo una gran tristeza. La pobre está tan afectada por tu rompimiento, que lo considera como la terminación de su vida de mujer.

—He estado muy enferma — me dijo. — ¿No es verdad que se me nota?

Yo quise mentirle piadosamente, pero su sonrisa me convenció de la inutilidad de mi consuelo.

—Ya estoy vieja — me dijo — y es hora de que me dé cuenta. Ramiro ha hecho bien en dejarme. Era absurdo pretender encadenarlo a mi vida. El pobre muchacho no tiene la culpa de lo que pasa, sino la fatalidad que nos hizo nacer con un intervalo de tiempo muy grande. La única culpable fuí yo, que pretendí olvidarlo.

Y continuó hablándome así, resignadamente, sin llorar, sin una frase amarga para ti. ¡Pobre mujer! Su sufrimiento es sólo comparable a su cariño. ¡Cómo te quiere! ¡Tú lo has sido todo para ella! Desaparecido tú de su vida, ya el resto no le importa. Ha abandonado todas sus coqueterías, sus vanidades, para transformarse en una mujer que considera su carrera terminada.

—Ya ve cómo estoy tranquila — me dijo. — Sé que esto es definitivo y no me quejo, no tengo derecho a quejarme. No espero una reacción imposible. Lo nuestro ya pasó. Pasó para no volver... Una sola cosa desearía. Verlo por última vez. Dígale que venga que me conceda la piedad de una última entrevista. Necesito verlo, ahora que él no me puede ver como a una mujer a quien se desea, para borrar el recuerdo de la última entrevista, de nuestras últimas caricias. Es nece-

sario que borre ese sueño, que aleje de mi imaginación esas ideas absurdas que aun me asaltan. Es menester a mi tranquilidad futura, que lo vea una última vez. Dígale que seré juiciosa, que no le haré ningún reproche, que ni siquiera lloraré. Será una visita de amigo, breve, todo lo breve que él quiera. Pero que venga, que tenga esa última bondad para conmigo.

—¡Pobrecita! Logró conmoverme y le prometí que irías. Debes hacerlo. Sé que te molesta, pero hazlo, aunque no sea más que en recuerdo de lo que fué, en compensación de los buenos momentos que le debes.

Tan poco te va a costar, y tanto placer vas a causarle, que no dudo lo harás, porque, a pesar de todo, lo que me dices en tu carta, tú, Ramiro, eres bueno.

ALBERTO.

CARTA L

DE RAMIRO VARELA A BEATRIZ CARRANZA

Señorita B. C.—Casilla de Correos 59

Mi Rayito de Sol:

Después de nuestra entrevista de hoy, después de escuchar de tus labios el proceso de tu amor, he vuelto a casa con el alma llena de amargura y remordimiento.

Nunca sospeché que tu cariño fuera tan grande, tan verdadero, como lo he entrevisto hoy a través de tu actitud y de tus palabras.

H llegado, pues, el momento de las grandes sinceridades. A ello me obliga mi hombría de bien y la enorme simpatía que has despertado en mí.

Me quieres, Rayito, me quieres tanto, que yo he sentido hacia ti, mientras te escuchaba, un gran respeto: el respeto que merece todo gran amor.

Yo creí que lo tuyo era sólo un capricho. Creí que tú misma eras una de esas mujeres, más despreocupadas que amantes, que venías hacia mí impulsada por una inclinación pasajera, deseosa de gustar el sabor de una aventura a la que no dabas más importancia que la que le señalaba tu capricho.

Por eso yo, después del silencio que sancionó mi indiferencia, el desgano en que me hallaba para emprender toda aventura sentimental, cuando recibí tu segunda carta te contesté e inicié una relación que no debía trascender más allá de ese

capricho que tú sentías y en el cual iba a refugiarse mi melancolía, la tristeza del momento que estaba viviendo.

Me sabía incapaz de querer, inútil para el amor, con el corazón anulado por una pasión desgraciada, con el alma deshecha e insensible después de haber agotado mi sensibilidad en algo que no pudo ser.

Tú llegaste a entibiar el frío de mi espíritu como un piadoso rayito de sol, y yo te acepté, quizá con la débil esperanza de amarte, pero sobre todo con un ansia enorme de olvido, de ahogar en la ternura que me ofrecías todo el dolor de mis recuerdos.

Creía que tú te conformarías con los despojos de la borrasca que acababa de destrozarme, y me dejé llevar hacia ti, sin resistencias.

Pero ahora, Rayito, ahora que he entrevisto todo lo bueno que hay en ti, ahora que conozco tu situación, ahora que sé que tu cariño es sincero y que toda tú eres digna de un gran amor, ahora no me siento con fuerza para engañarte.

Yo no te puedo querer, Rayito, a pesar de mis ansias de ternura, a pesar de mi voluntad, a pesar de mis enormes deseos de vivir un nuevo cariño.

Y tú eres digna de un amor lo mereces y debes buscarlo en quien se sienta capaz de sentirlo por ti. Te sobran condiciones para ello. Eres buena, hermosa, capaz de encender las pasiones más locas, los cariños más intensos, los amores más grandes.

Si yo pudiera amar, te amaría.

Bastaríame para ello mirar a tus ojos, haber sentido la dulce presión de tus besos, haber escuchado la melodiosa armonía de tu voz, y entrever, oculta en la magnífica envoltura de tu cuerpo incomparable, la exquisita sensibilidad de tu alma de chica buena.

Pero ya te lo he dicho, soy un inútil para el amor.

Mi corazón agotado y mi alma envejecida no pueden albergar otra cosa que simpatía, una profunda simpatía, pero nada más, y eso no puede bastarte, con eso no puedes ni debes conformarte tú.

Por eso te escribo esta carta. Para despedirme de ti.

Perdóname si mis labios te mintieron un cariño imposible. Lo hicieron creyendo que tú tampoco podías quererme, y que lo aceptabas en un acuerdo tácito que no tenía más objeto que satisfacer un mutuo capricho.

No me guardes rencor, Rayito, por mi sinceridad. En ella encontrarás la ratificación de mi respeto y de mi simpatía.

Yo, que he sufrido tanto por el amor, no quiero, en homenaje a mi propio dolor, que tú sufras por mí.

Mientras te creí una aventurera, todo pudo ser posible. Ahora que te conozco y te valoro, sólo podremos ser buenos amigos.

Y ten la seguridad, mi Rayito, que es preferible un buen amigo a un amante que está maldito de indiferencia.

Piensa bien en lo que te digo y me hallarás razón.

Y ahora, adiós.

Nuestro sueño no pudo realizarse porque la fatalidad así lo quiso.

Si tú hubieras aparecido en mi vida un tiempo antes, cuando aún yo podía amar, ¡cuánto y cuánto te hubiera amado, Rayito!

Pero ahora es necesario que me abandones a mi misantropía, a mi indiferencia, a mi insensibilidad. ¿Qué puedo yo ofrecerte digno de ti y de tu cariño?

Es necesario que renuncies a mí, ahora que aun es tiempo y que no sufrirás mucho por ello. Después... ¡oh!, después será tarde si llegas a quererme como yo no quiero ya ser querido y como tú estás en camino de querer. Porque sufrirías mucho, mucho, Rayito, y las penas de amor — te lo dice uno que quiso y sufrió mucho — son demasiado amargas, demasiado crueles para exponerse a ellas cuando aún tenemos el remedio a mano.

Y ahora ya no me atrevo a pedirte los labios.

Tu mano, Rayito, tu mano de amiga...

RAMIRO.

CARTA LI

DE BEATRIZ CARRANZA A RAMIRO VARELA

Ramiro:

Yo sabía que tú no podías quererme. Sabía que otro amor te monopolizaba todo entero, aun siendo un amor desdichado.

Y me contentaba con las migajas de ternura que tú me arrojabas.

Sabía que me mentías, cuando sin calor ni entusiasmo, las palabras de amor salían de tus labios, acicateadas por tu voluntad y no por un cariño que jamás sentiste. Pero yo me conformaba con eso, y te agradecía la piedad de tus mentiras.

Estaba tan enamorada de ti, en una forma tan absoluta, tan tiránica, que no pudiendo pretender otra cosa, ambicioné ser

el objeto de tu capricho, el paliativo de tu pena, el bálsamo de tu melancolía.

Sabía que tú no buscabas en mis brazos más que olvido... y yo estaba dispuesta a todo, a todo, Ramiro, con tal de poder gustar la ilusión de tu cariño, con tal de hacer posible el dulce engaño de tu amor.

No; tú no me engañaste nunca. Bien delataba tu estado de ánimo el desgano, la falta de entusiasmo, la indiferencia con que me tratabas. Era yo la que se engañaba, y lo hacía conscientemente...

Te quería, Ramiro... y te deseaba. ¿Lo oyes? Te deseaba. Te deseaba tanto, que me es posible escribirlo sin enrojecer de vergüenza.

Y mientras tú, mintiéndome, me decías que me querías, yo cerraba los ojos a la realidad y me abandonaba a la idea de... pero ¿a qué contarte mis inquietudes? Te darían una muy pobre opinión de mi persona.

Prefiero callar, ahora que todo es imposible entre nosotros. Porque después de tu carta, decorosamente ya no puede existir nada de común que nos una.

Hiciste mal en escribirla, Ramiro. De no haberla recibido, yo podría acallar mi pudor y mi dignidad y esperar... esperar ser amada por ti, aunque fuera un instante, un segundo, al instante o al segundo de locura hijo del placer que pudiera darte.

Ya ves qué poco pretendía yo. Y a pesar de ser tan poco, no pudo ser posible.

Adiós, Ramiro

RAYITO.

CARTA LII

DE RAMIRO VARELA A ALBERTO PONCE

Querido Alberto:

Con un sentimiento de honda tristeza te escribo. Ayer, cumpliendo la promesa que hiciste a Antonieta, fuí a verla. En verdad que no esperaba hallarla en el estado en que la encontré, a pesar de lo que en tu carta me advertías.

No sin una secreta nerviosidad llegué a su puerta. La criada que me recibió, la misma de siempre, pareció extrañarse de mi visita. Con seguridad, que Antonieta no se lo había prevenido, no creyendo que yo iría. Se me hizo pasar a la salita donde habitualmente me recibía otrora, cuando yo llegaba an-

tes de que ella hubiese terminado su tocado. Todo estaba como entonces. Hasta me parecieron las mismas flores que languidecían en los floreros; una rosas rojas, sangrientas, que yo una vez comparé con sus labios y que desde entonces se renovaron continuamente. ¡Cuántas veces deshojé yo sus corolas arrojando sus pétalos de púrpura sobre la inmaculada blancura del lecho!

—Mira — le decía. — Son tus labios que, por milagro, acaban de multiplicarse.

—Así te podrán besar más — me contestaba.

Y allí estaban las rosas rojas, con sus corolas bien abiertas, esperando la mano que ya nunca vendría a deshojarlas.

Por un instante me olvidé de lo que me habías dicho respecto a la ruina física de Antonieta y me pareció que iba a aparecer, como antes, radiante de belleza, envuelta en su peinador de seda, tendiéndome sus brazos blancos, mórbidos, ofreciéndome sus labios, y mirándome con sus ojos lánguidos, promisores de quién sabe qué delirios.

Y por mi me moria pasó al recuerdo de sus caricias, de sus ternuras, de sus abandonos, de sus embriagueces. Revivió por un instante nuestro pasado, y, sin quererlo, sentí un renacer de ansias dormidas.

—Ramiro. . .

Su voz, una voz triste y apagada, me trajo a la realidad. ¡Y qué espantosa, qué cruel es esa realidad! Como tú, casi no la reconocí. Tenía ante mí a una señora, vagamente parecida a la Antonieta que yo amara, algo así como una hermana mucho mayor. Estaba vestida sencillamente, sin alardes de lujo, y su rostro, su pobre rostro envejecido, huérfano de los cuidados del tocador, me habría parecido ridículo casi, a no producirme la pena que me produjo. Marcábanse las arrugas junto a los ojos, en la comisura de sus labios, en sus mejillas, en el cuello. Cómo ha adelgazado, se diría que la piel le está grande. Nos miramos un rato en silencio, sin atreverme a hablar, sin poder decir nada de lo que llevaba pensando. Mis frases de consuelo, las piadosas mentiras elaboradas la noche anterior, se esfumaron como una columnita de humo que disipa la brisa, y quedé allí, sin poder disimular mi sorpresa, sin poder ocultar la penosísima impresión que me causaba.

Ella no reparó, o más bien dicho, no quiso reparar en mi actitud. Bajando los ojos humildemente, con voz leve, me dijo:

—Gracias, Ramiro, por haber venido.

—¡Oh, Antonieta!

No pude decir más. Se me había formado un nudo de angustia en la garganta, y ella, dando libre curso a sus lágrimas, se puso a llorar, una vez que se hubo desahogado, se sentó frente a mí, en una butaca, y me pidió perdón.

—Discúlpame. Yo te había prometido no hacerte escenas, no llorar. Estaba decidida a ser fuerte. Pero, ya ves, no he podido remediarlo.

Yo, entonces, protesté con calor. Delante de mí no debía torturarse venciéndose a sí misma. Yo era el mismo de siempre, y ella continuaba siendo la Antonieta de otros tiempos.

Me interrumpió:

—No me digas esas cosas. No lo creo ni deseo creerlas. Me engañaría. Por eso no he querido aparecer frente a ti, tratando de disimular con afeites mi verdadero estado. Lo nuestro ya terminó, Ramiro. Ya una vez te lo dije, ¿recuerdas? Somos como dos astros, uno que nace y otro que agoniza, y que sólo un instante, el instante fugaz de la conjunción. Después yo me iría apagando, palideciendo, y tú brillarías cada vez más. Entonces sería imposible pensar en permanecer juntos. Por eso no te reprocho nada, no me quejo de nada.

Había tanta tristeza en su voz, que yo, impulsado por una piadosa ternura, quise desmentirla. Afirmé que no era cierto lo que decía, que ella continuaba siendo como antes y que si se cuidara ahora como lo hacía cuando mantuvimos relaciones, no habría variado en lo más mínimo.

—Tus ojos tienen el mismo brillo que tanto me sedujo; tus labios tienen el mismo dibujo que me atraía antes, y estoy seguro que besarían como besaban cuando me enloquecían.

La pobre Antonieta, a pesar de sus propósitos, de la firme voluntad que había puesto en dar un corte definitivo a sus ilusiones de mujer, no pudo resistir a la dulce ilusión de mis mentiras. Y por más que yo lo decía sin calor, sin entusiasmo, piadosamente, como una lección aprendida de antemano y con el único objeto de atenuar el dolor de esa nuestra última entrevista, poco a poco fué cediendo, dejándose envolver por la ilusión, cerrando los ojos a la realidad, y entregándose por completo a ese ensueño de una refloración imposible.

¡Y qué ridícula, qué grotescamente ridícula estaba! Si no fuera porque su dolor, el gran dolor de su renuncia — yo, Alberto, sé lo que duele tener que renunciar, — la situaba más allá de toda burla, hubiese causado risa. Yo, en cambio, sentí una gran tristeza, una infinita tristeza.

Esos ojos, apagados, sin brillo, enrojecidos e hinchados por el llanto, eran los mismos que yo había amado y esa boca de

labios resquebrajados y descoloridos había sido besada por mí con frenesí, con locura, excitando todos mis deseos, con la razón extraviada, sin ver otra cosa que esos labios, sin esperar otra cosa que sus caricias.

Y ese cuerpo, ese cuerpo ya marchito, cuyas curvas se perdían en la amplitud del traje, cuya carne, floja, cansada, perdía todos los encantos; ese cuerpo que ahora era tan sólo una ruina que en nada recordaba a la gloriosa, a la triunfante encarnación del placer que era hace un tiempo, había sido estrechado entre mis brazos con una fiebre lujuriosa que ahora me espantaba.

¡Yo había amado a eso! ¡Yo había enloquecido de placer con esa criatura! ¡Oh! ¡Qué enorme tristeza me invadió al mirarla, así, caída, vencida, derrotada por lo inexorable de los años!

Y junto con mi tristeza sentí una especie de secreta vergüenza. Pensé en lo qué diría la gente, mis amigos si la vieran ahora y oyeran decir: Es la querida de Ramiro.

Sentí la necesidad de irme, de bandonar para siempre esa casa. ¡Oh! Qué enorme vergüenza, si Celia supiera que hoy he venido aquí. Quizá pensara que quiero consolarme y que no he encontrado más consuelo que Antonieta, que esta vieja que me mira con ojos lacrimosos.

Es necesario partir.

La imagen de Celia, su recuerdo, cruzando por mi memoria, me torna duro, cruel, borrando todas mis compasiones. ¡Qué me importa el dolor de los demás al lado de mi propio dolor, qué me importa que Antonieta, una vieja, tenga que renunciar al amor, cuando yo, joven, fuerte, lleno de vida, yo, que tendría más derechos que ella, también he tenido que renunciar, también he tenido qu olvidarme de mi corazón! — Adiós, Antonieta.

—Adiós.

Nos quedamos un instante en silencio. Luego ella, bajando los ojos, como avergonzada, me suplica en voz muy leve, imperceptible casi:

—Ramiro, tengo que pedirte un favor.

—Habla. Desde ahora está concedido.

—Es que no me atrevo.

Presentí lo que era. Antonieta iba a pedirme un beso. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Era como una rebelión en toda mi carne a ese contacto de los labios. No, no podía ser. Sin embargo, a pesar de mi silencio, ella, mareada aún por las palabras que un rato antes le había dicho, formuló el ruego:

—Quisiera que me besaras, Ramiro... Como antes... Será la última vez.

No pude resistir. Me incliné y la besé en la frente; no fué un beso: apenas el rozamiento de mis labios.

Ella no protestó, pero, adivinando mi repugnancia, no pudo contener las lágrimas.

—¡Antonieta!

—¡Oh, Ramiro! Qué pena... qué enorme pena...

Entonces, impulsado por un buen sentimiento, apiadado hasta lo más íntimo, de su tragedia, le aprisioné el rostro con las manos, ese rostro que el llanto tornaba feo, ridículo, la besé fuertemente, en un beso largo, apretado, sobre los labios, sobre esos labios resecos y descoloridos.

¡Qué impresión espantosa la de ese beso! Ella también debió notarla, pues, apartándose de mí, fué a sentarse lejos, y sin levantar la vista, sin una sola mirada, después de unos instantes de silencio murmuró:

—Ahora vete, Ramiro. Vete despacio, sin hacer ruido, para que no oiga yo cerrarse la puerta de calle. Vete, sin hablarme, sin decirme nada. Fuiste bueno en venir, Ramiro, y yo te lo agradezco. Ahora vete, sin decir adiós...

¡Pobrecita! Con sinceridad te confieso que estuve tentado de arrojarme a sus pies. Pero la razón me indicó que era una locura. Era mejor terminar así, de una vez por todas. Y, de puntillas, mientras ella escondía el rostro entre las manos, me levanté y salí de la salita. En el vestíbulo recogí mi sombrero, y sin hacer ruido abrí la puerta, que cerré luego.

Ya en la calle, respiré profundamente y eché a andar. Era necesario alejarse de esas lágrimas, de una posible compasión. Era necesario alejarse de ese recuerdo, de ese asunto que ya había terminado. Y sin darme cuenta, como si con ello pudiera conseguirlo, como si bastara que huyera mi cuerpo para que se separaran los espíritus rompiendo toda añoranza, apresuré el paso, y me perdí calle abajo.

RAMIRO.

CARTA LIII

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

No, divina. Ese sacrificio no debe consumarse. ¡Te casas! Todos los días me lo repito y no me acostumbro a esa idea. En vano he querido aturdirme, olvidar, resignarme: es imposible. Ni alejándome de ti, ni bebiendo ni buscando el placer donde lo hallara, nunca, nunca pude alejar de mí, ni por un

instante, tu recuerdo. Vives en mí con la persistencia fatal e ineludible de mi propia vida. Pero no quiero hablarte, tratar de convencerte de algo de que estás plenamente convencida. Pasó ya la ocasión de las lindas frases y de los bellos párrafos. Ahora te casas. Y yo quiero impedirlo, impedirlo a toda costa, cueste lo que cueste, pues es un crimen, es un sacrilegio, es una profanación inaudita que tú seas de otro. Yo he tratado por todos los medios de borrarme de tu camino, pero hoy, frente al anuncio de tu boda, ante la inminencia de la catástrofe, ya me es imposible aguantar más. Tú no debes casarte con ese hombre a quien no quieres, a quien no puedes querer. Es imposible que me hayas olvidado, es imposible que nada quede en ti del cariño que me tuviste. Por eso, a pesar de tu silencio, a pesar del desprecio de tu silencio, a pesar de que no has querido contestar mis cartas anteriores, vuelvo a escribirte, para decirte mi desesperación, mi locura, la angustia torturante, horrible, que me muerde, que me acosa, que me enloquece ante la sola idea de que te pierdo irremisiblemente. Hasta ahora conservé una remota, una secreta esperanza, que veo esfumarse ante el anuncio de tu casamiento. Pero, ¿cómo es posible que te resuelvas a eso?

Mira, divina, yo no quiero investigar de quién fué la culpa de nuestra ruptura. Si tú quieres que yo cargue con ella, lo haré, me reconoceré culpable, haré lo que tú quieras, pero, por piedad, no te cases. Yo abjuro de todo mi amor propio, de todas mis pretensiones, de mi misma vida, si tú lo quieres, pero no te cases. Comprendo que tu situación es difícil pero eso tendrá arreglo si tú quieres. Rompe hoy mismo con tu novio, y mañana, esta noche, ahora mismo nos casaremos. Haré lo que tú quieras, me someteré a todas tus condiciones, pero en nombre de nuestro amor, en nombre de tu felicidad, de la dicha de los dos, de mi dolor, accede a mi súplica.

No temas a nadie. Nos iremos lejos; si tú quieres, abandonaremos este país, esta sociedad, para que no nos alcance su maledicencia, pero seamos felices, no cometamos el inmenso error de asesinar nuestra dicha. Yo te prometo, yo te aseguro, yo te juro que te haré feliz. Seré tu esclavo, tu siervo, un instrumento tuyo, lo que tú quieras; mataré mi voluntad, mi orgullo me anularé todo entero, pero déjame que te sienta mía.

De sólo pensar que serás de otro, me asaltan ideas negras. Me siento capaz de todo, hasta de matar. Y no creas que es esto una amenaza. No, es tan sólo una demostración de mi cariño, de mi amor, de mi inmenso, de mi infinito amor.

Divina, di una sola palabra, ten un solo gesto y todo se

arreglará. No desoigas la voz de mi desesperación, de mi locura, que te ruega, que te implora, que te suplica esa palabra, ese gesto.

¿Verdad que lo harás? ¿Verdad que eres buena, divina? Nunca mujer alguna fué amada como lo eres tú. Nunca hombre alguno amó como te amo yo. Te quiero, divina; te adoro, te idolatro... Ya no sé ni lo que digo, ni lo que pienso, ni nada. No veo más horizonte que tú. En ti comienza y acaba para mí el porvenir, la dicha, la vida toda...

Sé buena, divina; sé buenita conmigo y contéstame. Ten compasión de mí; apiádate una última vez de mi inmenso dolor, de mi infinita pena.

RAMIRO.

CARTA LIV

DE RAMIRO VARELA A ALBERTO PONCE

Querido Alberto:

Lo que temía, sucedió. Ayer he tenido un incidente estúpido con el novio de Celia. Por más que lo había previsto y tenía la firma voluntad de evitarlo, mis nervios me vencieron y lo he provocado, portándome en una forma que no haría honor a un alocado jovenzuelo. Pero el mal está hecho y es inútil lamentarse ahora. Te explicaré como fué.

Varias veces nos habíamos encontrado en el club, pero yo, cuidadosamente, evité el ser presentado, hasta que hace unos días, un amigo común lo hizo, tomándome de sorpresa.

Según pacere, él ignora que yo he sido novio de Celia. Como nuestras relaciones no llegaron a oficializarse, no han sido comunicadas, pasando yo como uno de los tantos festejantes que tiene toda "niña" a su paso por los salones. De ahí que estuviera por completo desprevenido contra mí; al menos esto es lo que creo. No de otra manera se explicaría ese deseo de conocerme, a pesar de mi actitud de pocos amigos. Aunque tal vez fuera el resultado de un deseo de querer investigar, de querer saber lo que pasó entre nosotros provocando una confidencia de mi parte. Si tal pensó, no lo ha conseguido.

Como te decía, hace aproximadamente una semana me fué presentado. Tuvimos una conversación vulgar y breve, y yo me despedí inmediatamente. Antes de ayer leí en los diarios el anuncio de la boda de Celia para el mes entrante. Loco de angustia, le escribí una carta desesperada, humillante casi para mí, en la que abjuraba todos mis orgullos, y en la que le suplica-

ba que no cometiera el sacrilegio de casarse. Y como todas mis últimas cartas, también ésta quedó sin contestación. Es una cosa que no me explico en Celia. No puedo convencerme de que no la conmuevan mis palabras, mi dolor, mi sometimiento absoluto a su voluntad. ¿No me habrá querido nunca? Es la única explicación posible, pero me resisto a creerla. Hay cosas que no pueden fingirse, sobre todo tratándose de una chica como Celia, todo corazón, sin mayor experiencia de la vida, y cuya ingenuidad, cuya bondad, la ponen a cubierto de la suposición de ser una tan hábil comedianta como para haberme engañado hasta ese punto. Hay un misterio que no alcanzo a descifrar, influencias de familia, intercepción de cartas, quién sabe qué... El caso es que no me contestó, y yo, despechado, enloquecido tan solo de pensar que va a ser de otro, estuve vagando todo el día por la ciudad, recorriendo en piadosa peregrinación todos los sitios que pudieran recordármela. Luego me puse a beber. Me he embriagado como un cobarde, incapaz de hacer frente a la adversidad, sin tener el valor de mirar cara a cara mi situación. Pero te confieso que si no hubiera sido por el alcohol, quizá ayer me hubiera suicidado. Estoy tan cansado de la vida, me parece ésta tan hueca, tan tonta, tan sin motivo, que si no abrigara, aun en contra de la lógica y de la razón, una secreta esperanza de que aun no está todo perdido, creo que me suicidaría. Pero me aparto del relato de mi incidente. Volvamos a él.

Fué ayer. Estaba yo en el club, leyendo los diarios, cuando se me acercó el novio de Celia para invitarme a integrar una mesa de póker.

—Muchas gracias — le contesté. — El póker es un juego muy peligroso para jugarlo entre desconocidos.

Se puso lívido al oirme, y con la voz alterada me dijo:

—¿Qué quiere usted significar con eso?

—Quiero decirle que busque a otro candidato. Yo estoy en el secreto.

Por un instante creí que iba a arrojársele encima.

—¡Es usted un mal educado! Ya me dará cuenta de sus palabras.

Yo le miré sonriente, y, con despreciativa indiferencia, le contesté:

—Es usted un perfecto imbécil. Le ruego que no me moleste más.

Entonces se balanzó sobre mí. Pero yo estaba prevenido y requiriendo el revólver lo hice detener en sus propósitos.

—Está bien, señor. Ya tendrá usted noticias mías.

Yo no le contesté. Guardé el revólver y volví a sumirme en la lectura del diario.

Instantes después dos amigos del señor Asparón se me apersonaron, exigiéndome una retractación o una reparación.

Pensé en ti, pero como no quise hacer esperar a esos señores, designé entre mis conocidos del club a mis padrinos, dándoles como instrucciones que me pusieran a las órdenes del señor Asparón, sin darle ninguna clase de explicaciones y aceptando para el lance a efectuarse las condiciones que sus padrinos señalaran.

Y aquí me tienes, caro Alberto, esperando los resultados de la reunión de padrinos. Tú sabes que poseo una regular pericia en el manejo de las armas y que no soy mal tirador de pistola. Por eso, y porque no me importa que me hiera, estoy tranquilo. Pero te juro que haré todo lo posible por matar a mi adversario. Me gustaría, como una última ofrenda de mi amor, arrojar a los pies de Celia el cadáver de ese importuno, de ese intruso que ha venido a interponerse como una maldición, entre nosotros. Porque Celia no puede quererlo. Es demasiado inteligente, demasiado sensitiva para haberse enamorado de ese bruto, cuyos entusiasmos deportivos constituyen sus únicas cualidades. Me he informado respecto a él, y los datos que he conseguido no son nada halagadores. Es un silencioso, no porque sus pensamientos lo absorban, sino porque no se le ocurre nada. Fuera de temas mecánicos, no habla de nada. Enamorado de su automóvil, que él mismo dirige, todo su orgullo está cifrado en marcar altas velocidades, y antes de comprometerse con Celia, en exhibirse acompañado de alguna mujer hermosa, aunque no fuera suya, por cuya razón muchas veces se le ha visto acompañando a las queridas de sus amigos, que hallan en él a un solícito e inofensivo acompañante que las saca a pasear, sin ningún riesgo para la fidelidad de ellas...

Tú comprendes que Celia no puede haberse enamorado de él. Lo habrá aceptado por despecho, por imposición de su familia, o por cualquier otra causa ajena al amor, y yo voy a prestarle un servicio, sacándolo de su camino.

Después... ¿Quién puede prever lo que sucederá mañana? Pero en ese mañana se ha refugiado toda mi esperanza.

RAMIRO.

CARTA LV

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA

Creí, Ramiro, que bastaríale ya todo el mal que me ha hecho, y que no intentaría nada más en contra de mi tranquilidad. Pero me he equivocado. No le basta haberme engañado, haber jugado con mi cariño como con una cosa sin importancia, haberme hecho el insulto de considerarme como una aventura, haber mentido en una forma tan artera, tan alevosa, tan mal intencionada como lo ha hecho, sino que se ha propuesto pesar sobre mi vida como una maldición, atarme a sus ruines propósitos sin reparar en medios, sin tener en cuenta que no tiene derecho para hacerlo, ni siquiera una justificación.

Pero, ¿qué se propone usted? Después de sus mentiras, de sus farsas, de sus simuladas tentativas de viajes, hechas tan sólo con el objeto de conocer mi estado de ánimo, cuando ya me creía libre de usted, cuando había refugiado mi tranquilidad en el afecto de un hombre que me quiere de veras, y a quien yo también quiero, todavía se atreve usted, no sé con qué bajos designios a interponerse en mi camino, buscando pendencia, sin motivos, como un bravucón profesional, a mi novio, al que en breve será mi esposo, intentando quizá con ello separarnos, hacer que la gente murmure, que se tejan intrigas, que se hable de mí, que se despierten sospechas y maledicencias.

Si se ha propuesto perjudicarme, vengarse porque no he accedido a sus deseos, porque no me he prestado a sus indignidades, créeame que lo ha conseguido, y quizá en mayor escala de lo que se propuso.

Pero si espera con ello reconquistarme, volverme a atraer, se equivoca, porque le juro que nunca, nunca, aunque en ello me fuera la vida, volvería a reanudar con usted una relación que me asquea, como me asquea usted mismo por pequeño y por mal caballero. Ahora que lo conozco bien, es imposible todo engaño. Así que ya lo sabe. No está en mi mano el impedir que siga usted perjudicándome, amargándome la existencia. Soy una mujer y nada puedo hacer. Quizá por eso se ensañe usted. Continúe en su tarea, siga siendo una maldición para mí, mate a mi novio, suprímame ese mi único cariño, mi única esperanza de felicidad, mánchese usted las manos con sangre inocente, pero tenga la seguridad de que con ello no

hará otra cosa que tornárseme más odioso, no hará sino acrecentar mi desprecio por su pequeñez moral y mi arrepentimiento por haber creído un día en usted. Pago bien cara mi inexperiencia, mi incredulidad, quizá mi tontería. Es un castigo que me envía Dios, y lo acepto como tal.

Y ahora que le he dicho lo que pienso de usted, ahora que he definido nuestras posiciones, continúe, si ello le place, martirizándome. Estará en su papel.

CELIA.

CARTA LVI

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Perdóname si te tuteo y si mi pluma, llevada por la fuerza de la costumbre, te llama Divina, cuando debiera decir señorita; perdóname, pues es esta mi última carta, y no puede ofenderte.

Acabo de recibir la tuya. No mayor impresión me hubiera causado la vista de la mayor de las catástrofes: y es que ninguna lo hubiera sido tan horrible para mí.

¿Cómo tu mano, Divina, esa mano buena, santificada por mis besos, pudo haber escrito esa carta? ¿Cómo es posible que no se negara a ello, que no rompiera la pluma que empuñaba, que no desgarrara el papel sobre el que escribía mi sentencia de muerte?

No has tenido piedad, Divina, esa piedad que te fuera necesaria para impedirte que me asesinaras. Ahora me explico tu silencio anterior, ahora me explico que no te hayan conmovido mis cartas, ahora me explico hasta lo inexplicable, porque dejando de creer en ti, ya no puedo creer en nada. ¡Hasta el absurdo me resulta lógico!

¡Quieres a otro! Era necesaria esa confesión para que yo lo creyera. Era necesario verlo escrito por tu mano, leerlo con mis ojos y releerlo cien veces para convencerme.

¡Quieres a otro!

Y ese cariño, Divina, ese cariño que me quema el corazón como una brasa, te hace ser injusta conmigo. Comprendo que me pidas que me borre de tu camino. Comprendo que defiendas a tu novio, pues con eso defiendes tu felicidad. Comprendo que me odies porque comprendo que me sientes un intruso en tu vida. Pero lo que no puedo comprender, lo que no podré

comprender nunca es que me atribuyas las intenciones que no has titubeado en estampar en tu carta.

Yo no puedo equivocarme, puedo cometer errores, puedo, llevado por mi desesperación, haber hecho lo que no debí hacer . . Pero así, alevosa, canallescamente, trazar un plan para perjudicarte, ensañándome contigo, contigo, Divina, por quien daría hasta la última gota de mi sangre, hasta el último aliento de mi vida, contigo, que lo has sido y lo eres todo para mí, contigo, que eres lo único que me continúa atando a este mundo, contigo, mi Dios, mi religión, mi esperanza, mi bien, mi amor, mi único e infinito amor. . . ¡Oh, Divina! ¿Por qué me has escrito eso?

Hubiera bastado que expresaras tan sólo un deseo, para que yo, como un esclavo te obedeciera, para que evitara todo incidente para que una vez producido me deshonrara pidiendo excusas a tu novio, aunque después tuviera que suicidarme; hubiera bastado una palabra, un gesto. . . una palabra, un gesto que no tuviste, que no quisiste tener. Has preferido enviarme esa carta, esa carta más cruel, más dolorosa, más mortal que una puñalada, que un veneno, que el más atroz y refinado de los suplicios.

El amor que ahora sientes por otro te torna cruel, Divina, y tu crueldad llega a extremos inauditos, inconcebibles: llega hasta a negar la existencia de mi amor .¡Y has podido escribir eso sin que te temblara el pulso, sin que tu corazón te gritara que es mentira, que es la mayor blasfemia, el mayor sacrilegio que jamás cruzó por labio alguno, que jamás maquinó cerebro humano!

¡Me torturo el cerebro, me reconcentro en mí mismo, aunque yo no quiera aceptarla, aunque yo prefiera morir antes que convencerme de su realidad: Quieres a otro. . .

Ahora, Divina, todo ha concluído. Ya no quiero, ni siquiera explicarte mi actitud.

¿Para qué? De todos modos, mis palabras no tendrían eco. Cuando se ha podido escribir la carta que me has escrito, ya todo es posible, y todo esfuerzo resultaría inútil.

Abandono la lucha, Divina.

Y junto con la lucha, abandono la vida.

Es una cosa inútil, una cosa despreciable, que si no doliera tanto, si no hiciera sufrir tanto, no valdría la pena ni de quitársela.

Hoy voy a batirme con tu novio.

Es decir, hoy voy a hacerme matar por tu novio.

Así voy a brindarte el placer de proporcionarle a él una ocasión de arrojar a tus pies mi cadáver.

El cadáver de un mal hombre, de un canalla, de un martirizador de mujeres indefensas.

No temas, pues, por él. No solamente no voy a atacarlo, sino que tampoco voy a defenderme. Y ahora te juro, que va a ser con voluptuosidad, con placer (con el único placer que aun puedo gustar, la única voluptuosidad que me permite la vida), como voy a abandonarla.

Sé feliz, Divina, y olvídame.

Lo conseguirás, porque amas, y el amor es egoísta.

Pero si alguna vez, en una cruda noche de invierno, cuando apelotonada junto a tu amado, veas consumirse el fuego en la chimenea, cruza mi recuerdo por tu memoria, como una racha helada que se cuela por una puerta que se abre y vuelve a cerrarse en seguida, no dejes que permanezca en tu alma. Recházalo sin piedad, con la misma dureza que me condenas ahora, porque en tu corazón, todo de otro, no habrá un lugar propicio para mi recuerdo.

Me añorarías con amargura, con odio, quizá, y esto es lo más probable, con indiferencia.

Y yo prefiero que me olvides, yo, Divina, que voy a morir pronunciando tu nombre.

RAMIRO.

CARTA LVII

DE CELIA GAMBOA A BEATRIZ CARRANZA

Estoy pasando por un momento de verdadera angustia, y hasta de desconcierto. Tú estás ya interiorizada de todos los detalles de mi situación. Sabes que desde hace mucho tiempo — desde aquella fingida partida para Europa — no volví a recibir cartas de Ramiro. Fué inútil que esperase sus explicaciones. Nada. Nada más que el ridículo de aquel telegrama mío a bordo del barco, y devuelto por la agencia por no encontrarse al destinatario, el que no figuraba en la lista de pasajeros. Pocas veces sufrió mi amor propio como entonces. Luego el silencio, ese silencio inexplicable que me ha arrojado en brazos de Alberto. He concluído por convencerme de que no fuí más que un capricho para Ramiro, algo que no tuvo más importancia que la posibilidad de tomarme. Una vez que le fallaron sus propósitos, se despreocupó de mí. Y mi despecho, mi pena, mi dolor han sido tan grandes, que he substituído el

cariño que antes le tenía por odio, por un odio que... que siempre me hace pensar en él. Me he querido convencer de que quizá no sea tan culpable como yo creo, pero la realidad es demasiado brutal y se encarga de desmentir a mis deseos. Ramiro no me quiere, ni me ha querido nunca. Tan sólo me ha deseado, y lo que es peor aún, no pierde las esperanzas de hacerme suya. Para eso no vacilará ante cualquier medio, pues todos le parecen buenos para llegar a su fin.

Por eso, hace días ha provocado en una forma miserable a Alberto, a quien obligó a enviarle padrinos. Entonces yo, indignada, escribí a Ramiro una carta que no dudo ha de haberle dolido, pues lo trataba en forma despiadada. No me la ha contestado. Y ahora, en este momento, han de estar batiéndose.

Alberto es un muchacho fuerte, pero inhábil para el manejo de las armas, en que Ramiro es maestro. No quiero, pues, pensar en los resultados de este lance. Ramiro va a herir a Alberto, creyendo con ello acrecentar ante mí sus prestigios. Y yo voy a odiarlo por cobarde y por injusto. Por cobarde, porque es una cobardía haber obligado a ese pobre Alberto a ir a un lance, y por injusto, porque va a desahogar en un inocente la rabia de su fracaso.

Alberto ha querido reconfortarme diciéndome que el lance es a pistola, y que él ha pasado toda la noche tirando, con bastante puntería.

—Verás: voy a matarlo, por compadre.

Entonces a mí se me ha presentado la visión del cuerpo de Ramiro exangüe, desangrándose, muriendo poco a poco... y he sentido una gran angustia, una gran pena.

Y es que, a pesar de todo, Beatriz, a pesar de su conducta, de su falta de cariño y de mi voluntad, lo sigo queriendo... pero no, estoy diciendo tonterías. No, no lo quiero. Pero tampoco puedo odiarlo. Qué estúpida soy, ¿verdad?

¿Qué quieres, Beatriz? Las mujeres, por no sé qué aberración inexplicable, somos así: raras veces reaccionamos ante la dureza con que se nos trata. Lloramos, sufrimos, pero no podemos dejar de amar.

Perdóname estas disgresiones, Beatriz, pero es que necesito hacer algo, pensar en algo para entretener a mis pobres nervios torturados. Piensa que ahora, en este momento, Ramiro y Alberto se están batiendo.

¡Oh, Dios mío, Dios mío, haz que pase pronto este instante!

Calcula, Beatriz, qué angustia la mía, sea el que sea el resultado del lance. Si llega a herir a Alberto, si llega a matarlo,

yo seré la culpable, yo, que lo he mezclado en mi vida, sin afecto, sin cariño, que lo he usado como a una cosa, por despecho, por tristeza, por cansancio.

Voy a rogar a Dios que lo proteja, que no permita ese asesinato, porque ahora sí que estoy segura que Ramiro va a matarlo.

En este momento suena el timbre del teléfono. Está en la habitación contigua y sé que es para mí. Más aun. Sé que es para comunicárseme el resultado del lance. Tengo un presentimiento que adquiere caracteres de certeza.

Y no me animo a ir a cerciorarme. El teléfono. El teléfono sigue llamando, y yo me encuentro como pegada, como atada a mi silla y continúo escribiéndote y desearía que nadie atendiera al teléfono. Sé lo que van a decirme: Alberto está moribundo. Y yo no quiero escucharlo, no quiero oirlo, no quiero ni tan sólo pensarlo. Oigo pasos que se dirigen al teléfono. Es la criada.

Me llama.

—Es para usted, "niña" Celia.

¡Dios mío, Dios mío, qué va a pasar!

. . . . . .

Beatriz, lo que he escuchado es horrible, horrible. ¡El herido es Ramiro, es Ramiro, mi Ramiro, mi pobrecito Ramiro!

Yo voy a enloquecer, Beatriz. . .

CELIA.

CARTA LVIII

DE ALBERTO ASPARON A CELIA GAMBOA

Querida Celia:

Te escribo en un café cercano al puerto, pues dentro de una hora parto para Montevideo. Acabo de batirme con el señor Varela y he tenido la suerte de no ser yo el herido.

En pocas palabras te contaré cómo fué. Yo quería elegir la pistola, pero mis padrinos me convencieron de lo contrario, sabedores de que Varela es un eximio tirador. Yo tiro muy mal a la esgrima, pero no hubo más remedio que elegir el sable. Todo se reduciría, al decir de mis padrinos, a alguna pequeña herida en un brazo. Estuve practicando una hora, refrescando viejos conocimientos. Completamente sereno, estaba firmemente decidido a castigar al señor Varela por su insolencia. Aunque él me hiriera, yo también iba a herirlo.

Llegamos al sitio indicado para el lance — la quinta de un amigo — y, previa desinfección de las armas e indicaciones de las condiciones del lance, nos entregaron los sables. Después del saludo, nos pusimos en guardia.

—Adelante, señores — dijo entonces el director del duelo.

Yo no vacilé. Me había irritado el rostro impasible de Varela. Me miraba y sonreía. Por eso, en cuanto oí la orden de empezar, me arrojé sobre él, hecho una furia. Yo no sé cómo hizo, pero paró todos mis golpes y volvió a mirarme sonriente, insultándome con su tranquilidad. Volví a arrojarme sobre él, y entonces, mediante un golpe dado con habilidad, me desarmó. Mi sable cayó a dos pasos de distancia.

Yo estaba temblando de ira. El, sonriendo siempre, me saludó con el arma.

El director del lance nos exhortó entonces a desistir de llevar las cosas más adelante. Pero yo me opuse. Tenía que vengarme de la vergüenza que acababa de hacerme sufrir.

—Sigamos.

Se desinfectaron nuevamente las armas y volvimos a ponernos en guardia. Pero esta vez cambié de táctica. Lo ocurrido acababa de convencerme de la habilidad de Varela. y entonces, en vez de lanzarme sobre él ciegamente, decidí esperar una ocasión propicia. El sonreía siempre, despreciativo, como perdonándome la vida, insolente y compadre, sintiendo la seguridad de que al final iba a herirme. Yo sentía una mezcla de rabia y de temor, de temor, no de una herida, sino de la humillación que iba a significarme su triunfo. Por otra parte, me hallaba a su merced, dependiendo de su capricho. Esperaba su golpe. En vez de defenderme pegaría yo también, y ambos resultaríamos heridos. ¿Me daría tiempo? Esa era mi angustia, mi preocupación.

El no pareció estar apurado. Por el contrario, se diría que se gozase jugando conmigo, sonriendo siempre, con esa sonrisita que me lastimaba más que un golpe. Por fin, dejó de cubrirse. Apartó el brazo en que sostenía la espada y me miró como invitándome a herir. Yo presumí una táctica, un ardid y me quedé quieto.

En voz baja, sin que lo oyeran los padrinos, sin mover casi los labios, me susurró:

—Vamos, a fondo. . .

Yo apreté el arma en mi mano, sin atreverme a avanzar. Sabía que con un golpe hábil pararía mis arrestos.

El continuó hablándome con voz apenas perceptible.

—Vamos, a fondo; rehabilítese usted.

Y sonreía, sonreía diabólicamente, sabiéndome en sus manos, teniendo la certeza de que al fin lograría irritarme y que me lanzaría sobre su arma. En un esfuerzo inaudito de voluntad, logré serenarme, y sólo hice unas cuantas fintas.

El no se cubría. Con una seguridad en sí mismo que llegó a desconcertarme, dejaba que mi sable le rozara casi el pecho, concretándose a sonreír.

Entonces sucedió lo increíble.

Al ver que no avanzaba, me miró con todo el desprecio que puede poner un hombre en la mirada, y, tuteándome, me dijo:

—¡Tienes miedo, cobarde!

Entonces yo no reflexioné más. Me cegó la ira, y viéndole el pecho descubierto, empuñé con todas mis fuerzas el arma, y cerrando los ojos, me fuí a fondo.

Esperaba sentir un golpe, pero nada. Mi sable halló una resistencia leve y lo sentí hundirse en una cosa blanda.

Abrí los ojos y vi que mi arma se hundía más de cinco centímetros en el pecho de Varela. La retiré prontamente y salté hacia atrás, en tanto que el director del lance gritaba:

—¡Alto! ¡Alto!

Varela se oprimió la herida con una mano. Vaciló un instante y luego, muy pálido dijo:

—No es nada, señores. Continuemos.

Un gran vómito de sangre le cortó la palabra, y cayó entre los brazos de sus amigos.

Mis padrinos quisieron llevarme, pero yo me precipité hacia el grupo que rodeaba a Varela y al médico. Este movió la cabeza, y, poniéndose de pie, murmuró:

—Creo que no hay nada que hacer.

Entonces yo sentí una sensación rara, una especie de opresión. Acababa de matar a un hombre. Y no estaba conforme, por más que tenía toda la razón. Estoy seguro que él pretendía matarme a mí, y sólo un exceso de confianza en su pericia hizo que no parara a tiempo mi golpe y que yo lo hiriese. Sin embargo, me hallé molesto, incómodo, a pesar de que cinco minutos antes deseaba esta solución con un ansia imposible de expresar.

En fin; ahora es necesario mirar hacia lo futuro. El señor Varela ya no volverá a ponerse en nuestro camino. Yo hubiera deseado ir a verte, pero mis padrinos me dicen que es mejor, dada la gravedad de Varela, que me aleje. La noticia de su muerte me llegará al extranjero, y una vez que la gente se olvide un poco de este desgraciado incidente, volveré.

Y ahora, Celia mía, hasta pronto. Te escribiré mañana, enviándote mi dirección.

Ya ves cómo no había que afligirse por mí. Dios hace triunfar siempre al que tiene la razón. Y en este caso toda la razón es mía.

El señor Varela mismo debe haberse dado cuenta de eso, pues cuando, acercándome a él, que estaba sin conocimiento, le tomé la mano y se la apreté, siempre con los ojos cerrados, murmuró débilmente:

—Divina... divina...

Sin duda se refería a la divina providencia o a la justicia divina.

Después ya no habló más.

Y ahora, mi linda novia, una gran beso.

ALBERTO.

CARTA LIX

DE ALBERTO PONCE A ENRIQUE VARELA

Señor:

Su hijo Ramiro se muere y lo reclama. Véngase inmediatamente con el portador, si es que quiere llegar a tiempo.

Salúdalo.

ALBERTO PONCE.

CARTA LX

DE CELIA GAMBOA A BEATRIZ CARRANZA

He vivido momentos de angustia inolvidables. Cuando supe que Ramiro había sido herido y que se estaba muriendo, olvidé todos mis rencores, su conducta para conmigo, su silencio, los sufrimientos que me ha causado, y me puse a llorar como una loca. No había forma de calmarme y en casa estaban todos asustados por mi estado. Tuve dos o tres crisis nerviosas, y solamente después de fuertes dosis de bromuro pude poner cierto orden en mis ideas, aunque en ellas siempre se mezclaba la terrible visión de Ramiro moribundo. Sentí deseos de verlo una última vez, de no permitir que se muriera así, sin llevarse el consuelo de saber que lo seguía queriendo. Porque yo, Beatriz, lo quiero, lo quiero más que nunca, lo quiero en una forma que sería inútil que tratara de explicarte. Y a mi cariño se unía esa angustia, esa tortura de saberlo herido, moribundo, desdichado... y acordándose de mí en su delirio, juntando sus últimas fuerzas, sus últimos alientos para pro-

nunciar mi nombre, ese "Divina" con que él me bautizara, y que tan dulce me era oír de sus labios.

Fué el mismo Alberto el que por un sarcasmo de la suerte debía hacerme llegar el último mensaje de Ramiro, ese "Divina" en el que lo resumía todo.

¡Cuántas veces después de acariciar mis oídos con la música de sus frases, de esas frases que él solo sabe decir, de esas palabras que tenían el dulce sabor de un poema de ternura, de un madrigal de amor, se quedaba mirándome en silencio, y luego en voz baja, como para no ser oído más que de sí mismo, resumía toda su admiración, toda su cariñosa vehemencia en esa sola palabra: Divina.

Cuando la leí, escrita por la mano de Alberto, me pareció una profanación, un sacrilegio. ¡Oh! Cómo odié a mi novio en ese instante. ¡Tan sólo de pensar que pudiera casarme con él me daba escalofríos! No, nunca podía yo ser del asesino de Ramiro. Me parecía ver sangre en sus manos, sangre de él, de mi amor, de mi único amor, y esas manos jamás podrían acariciarme.

Estaba decidida a romper, y a no ser la imposibilidad en que me encontraba de escribir, a no ser por mis nervios le hubiese escrito en seguida una carta insultante, rompiendo con él.

A pesar de la oposición de los de casa, quise ir al sanatorio donde se asiste Ramiro, y aprovechando un momento de descuido, me cubrí con un tapado y escapé de casa. Tomé un automóvil y me hice conducir al sanatorio. No me dejaron entrar. Me recibió uno de los médicos, quien, no dándose cuenta del mal que iba a hacerme, me habló con sinceridad.

—Está muy mal — me dijo. — Tiene perforado un pulmón.

Yo me puse a sollozar y quería entrar a verlo a toda costa. Entonces fueron a consultarlo adentro y a poco rato apareció, muy pálido, el padre de Ramiro.

Le supliqué que me permitiera verlo, pero no lo quiso. El pobre señor no ha de verme con mucha simpatía y así me lo dejó sentir.

—Váyase usted, señorita. Le sería fatal a Ramiro una impresión fuerte. . .

En ese momento vinieron a buscarlo, y él, apresuradamente, sin despedirse, corrió adentro. Me encontré sola, y sin saber lo que hacía, lo seguí.

Llegué casi al mismo tiempo que él a una habitación en que Ramiro, muy pálido, yacía en una cama. Uno de los médicos preparaba una jeringuilla.

Ya no vi más. Me desmayé.

Cuando volví en mí, estaba en casa, acostada, y mamá me imponía silencio.

—¿Y Ramiro?

—Está mejor.

—No; ha muerto, ha muerto...

Tuvo que jurarme por Dios para que yo la creyera. Pero no me conformé hasta que me permitieron ir al teléfono e inquirir noticias.

La crisis había pasado, y aun persistiendo la gravedad, no se desesperaba salvarlo.

Y ahora, Beatriz, estoy pasando un momento de verdadera angustia, de desconcierto. Me he dado cuenta de la intensidad con que subsiste mi cariño por Ramiro, y de lo poco que pesa Alberto en mi vida sentimental. Ahora no sólo me es indiferente, sino que lo miro con rencor: no puedo olvidar que es él quien ha herido a Ramiro. Y es inútil que piense en las circunstancias, en los motivos, en la obligación en que se vió de hacerlo.

Más aun: pienso que en la derrota de Ramiro se esconde un misterio que no alcanzo a descifrar. ¿Habrá sido una imprudencia en que se vió de hacerlo?

¿O habrá sido quizá...? Pero no, no es posible. Ramiro había renunciado a mí definitivamente. Aun hoy, por más que me sea duro el aceptarlo, no ha de pensar siquiera en mí. De lo contrario, me lo hubiera hecho saber. Y me hubiera encontrado, Beatriz, con los brazos abiertos, dispuesta a olvidarlo todo, a no pensar en otra cosa que en su felicidad, que en su cariño... en ese cariño en el que se han refugiado todas mis esperanzas.

CELIA.

CARTA LXI

DE CELIA GAMBOA A BEATRIZ CARRANZA

Ayer estuvo Alberto a verme. Volvió de Montevideo inmediatamente de llegar, pues sus padrinos y los de Ramiro habían arreglado con la policía el asunto del duelo. Parece que en el primer momento lúcido, Ramiro declaró ante un oficial que fué a verlo, que su herida provenía de un accidente de automóvil, y como todos declaron lo mismo, y la policía no tenía mayor interés en averiguar la verdad, se aceptó la versión, y Alberto pudo volver en seguida. Vino a verme, pero yo no lo

recibí. No hubiera podido hacerlo. Mamá pretextó una indisposición que me tenía en cama.

Sólo ayer lo he recibido, a instancias de los de casa. Mamá me habló largamente. Me dijo que era una tontería el sacrificarme por ese amor absurdo hacia Ramiro, quien no se preocupaba de mí y que, por otra parte, no lo merecía. Era uno de esos candidatos de los que nunca puede vaticinarse el porvenir y cien otras cosas más.

Yo no la escuchaba mayormente. Pensaba en lo que era Ramiro para mí, y en verdad, por más que me duela confesarlo, debo aceptar que no es más que una locura de chica, uno de esos amores de novela que no podemos ni debemos trasladar a la vida. Pero en realidad, lo único que me decide a renunciar a él no son esas ni otras razones, sino su indiferencia para conmigo.

Si él quisiera. . .

¡Oh!, si el quisiera yo no vacilaría un instante, ni aun sabiendo que más adelante sería desdichada. No. Ramiro es para mí una aspiración, pero una aspiración imposible. No me quiere. Yo he sido sólo su capricho, nada más que su capricho. Nunca se casaría conmigo. Y ya que eso no es posible, ya que nunca lo será, ¿qué remedio me queda?

Yo sé que está mal hecho el que me case con Alberto sin quererlo. Pero la vida no me permite otras alternativas. Yo no podré querer a nadie, absolutamente a nadie. Podría permanecer soltera, pero tengo que pensar que algún día mis padres faltarán, y entonces. . . Por otra parte, no tenemos fortuna, y el mundo está hecho en una forma en que a las mujeres de nuestra posición no se les deja abierto más que un solo camino y una sola profesión: el matrimonio.

Y ya que es indispensable que me case, lo haré con Alberto. Es un buen muchacho que me quiere mucho y que me hará feliz. Feliz, sí, con esa única felicidad a que puedo aspirar ahora, que he renunciado a los sueños, a la esperanza de un gran amor. Ahora, para mí, felicidad es sinónimo de tranquilidad.

Ayer me habló de sus proyectos, con un entusiasmo tan grande, que no le permitió ver mi indiferencia. Otro la hubiera notado. El no. Y es ese el marido que yo necesito: que no sospeche mi desencanto, mi falta de entusiasmo, mi anulación sentimental.

De lo contrario, la vida sería imposible. El no tendrá nunca celos de mí, porque yo nunca cometeré nada que pueda ofen-

derle. En cuanto a mis pensamientos, a mi melancolía, a mi tristeza, se le pasarán inadvertidos.

Me ha dicho que me enseñaría a manejar el automóvil. Y yo he accedido, con lo que él está contentísimo. Al enseñarme, se siente superior a mí.

Hoy no he hablado al sanatorio. Me parece que al resolverme nuevamente a ser novia de Alberto, sería poco leal que continuara dando pasos ostensibles que pudiera él conocer algún día, y que denotaran mi interés por Ramiro.

¡Pobre Ramiro! Ya no volveré a hablar de él, ni a ti misma, Beatriz. Voy a comenzar a tratar de olvidarlo. No sé si lo conseguiré. Pero pondré todo mi empeño. Es necesario que lo olvide. Sí, es necesario. Debo repetírmelo continuamente.

Es necesario olvidarlo.

Pero es difícil.

Es muy difícil, Beatriz.

Mamá me dice que llegará el día en que voy a reírme de esos romanticismos de chica. Dice que en cuanto tenga un hijo, una cabecita rubia en quien pensar, por quien pasar malas noches, ya no me quedará tiempo para añorar mis amoríos.

Quizá tenga razón.

Pero ahora yo no lo concibo. ¡Un hijo! Oh, sí, necesito un hijo, un monigote que me dé mucho trabajo. Un hijo a quien querer. a quien querer mucho, mucho. . .

Cuando llegue, cuando sea mamá, ya no me importará dejar de ser mujer.

Quizá ni piense entonces que ese hijo podía haber sido de Ramiro, parecerse a él, ser un nuevo vínculo que nos uniera.

¡Oh! Estar inclinados ambos sobre una cuna, espiando el despertar de nuestro bebé, sentir que lo llama a él papá, que nos une los rostros al pretender envolvernos en un mismo abrazo de sus bracitos sonrosados. . .

Un hijo, un hijo de los dos. . .

¡Y pensar que eso pudo ser posible y que no era necesario renunciar a ser mujer para sentirse feliz como madre!

Pero es imposible. Dios no lo ha querido. Nunca podrá asociar, sin cometer un crimen, el recuerdo de Ramiro con el de mi nene, con el que no puede ser "nuestro nene".

El hijo que pueda yo tener mañana será el mejor enemigo del recuerdo de Ramiro. Lucharé por borrarlo, por alejarlo definitivamente de mi memoria.

No continúo, Beatriz.

Estoy llorando. . .

CELIA.

CARTA LXII

DE ENRIQUE VARELA A ALBERTO PONCE

Mi estimado amigo:

He decidido, de acuerdo con los médicos, llevar a Ramiro a Córdoba. Como su estado actual lo permite, nos iremos el viernes. Ha quedado muy delicado y se teme una complicación tuberculosa. El aire de la montaña le hará bien. Por otra parte he sabido que el viernes se casa la señorita de Gamboa. Yo impediré que Ramiro lea en los diarios la noticia, pero como temo que lo sepa por algún amigo, le ruego los ponga en antecedentes para que no cometan esa imprudencia.

A usted de más está que se lo recomiende.

Es necesario que use usted de toda su habilidad para contestar a las preguntas de mi hijo. A mí no se anima a decirme nada, pero lo reclama a usted, y supongo que es para inquirir noticias.

¡Pobre muchacho! No se puede imaginar, Alberto, lo que sufre pensando en esa niña. Lo adivino en sus silencios, en sus éxtasis. Permanece las horas sin hablarme, con la vista clavada en el techo, como si estuviera viendo visiones. Después se le llenan los ojos de lágrimas, que yo simulo no ver para no obligarlo a justificarlas con explicaciones más o menos burdas.

De noche, sueña en alta voz, y la llama: Divina, Divina.

En fin, es de esperar que poco a poco la vaya olvidando. De lo contrario, sería de temer cualquier cosa, pues los médicos han recomendado un absoluto reposo, material y espiritual.

Lo espero esta noche a la hora de costumbre. No se olvida de prevenir a los amigos.

Afectuosamente,

ENRIQUE VARELA.

CARTA LXIII

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Lo irreparable acaba de alzarse entre nosotros.

Te has casado, Divina.

¡Te has casado!

Y por más que repito esa frase, no concluyo de convencerme. Mi misma voz, al expresarla, no me parece la mía. Le noto un timbre distinto, como si fuera emitida por otra boca,

Divina, que aquella que te besó, que aquella a la que tanto besaste.

Me parece que es otro el que lo dice, otro que nada tiene que ver conmigo, que nada tiene que ver con nosotros, y que expresa acontecimientos extraños, ajenos, que no comprendo, como una de esas frases incompletas que en el paseo o en el tranvía llegamos a oír, de una conversación de otros pasajeros, cuyo sentido no alcanzamos a desentrañar.

Te has casado. Eres de otro, a otro entregaste ese tesoro de ternura que yo tanto ambicioné; otro es el que te besa, el que te acaricia, el que te posee, el que te ama; y a otro acaricias, besas, amas y te entregas tú.

Y yo lo sé, y yo me lo repito, y lo escribo.

Y no me he vuelto loco, aun no he muerto de pena.

El mundo es una cosa extraña, puesto que hace posible esa incongruencia, Divina. Tú de otro, y yo aun vivo.

Parece una broma, una burda y cruel broma, una chanza que a fuerza de ser grotesca, deja toda idea de que sea posible.

Y es cierto, es la verdad, toda la verdad.

Ayer llegué de Buenos Aires.

Tomé el tren en el preciso instante en que tú preparabas tu tocado de novia. Nadie me había dicho nada, formándose a mi alrededor un complot de silencio. Con varios pretextos se me impidió leer los diarios y me embarqué ignorando la noticia.

Sin embargo, la supe. A la hora de la cena, tuve la intuición de una desgracia. Mi corazón, mi pobre corazón, Divina, no quiso complicarse con el silencio de los demás, y me lo advirtió.

No podía ser de otra manera, estando, como estaba, lleno de ti. De pronto, quedó vacío. Sentí como un hueco en su interior. Y, entonces, tuve la certeza de que tú acababas de abandonarlo definitivamente, sin apelación, sin remedio.

Te vi entrar en la iglesia del brazo del otro.

Ibas vestida de blanco, como si te cubriese un sudario. Y es que bajo tu traje de novia, iba, Divina, muerta y helada, mi última esperanza.

¿No sentiste junto a tu cuerpo como un frío de cadáver?

¿No te parecieron los cirios del altar velones alumbrando una capilla mortuoria?

¿No sentiste, al entrar en el templo, la penosa impresión de quien de pronto se halla un catafalco?

¿No tembló tu brazo, no se rebeló tu carne cuando la tocó el otro?

¿No enmudecieron tus labios, no se cerraron en una irrepri-

mible protesta de todo tu ser cuando te preguntaron si querías al otro por esposo?

¿Pudiste, sin echarte a llorar, pronunciar el irremediable, el fatal "sí" que iba a separarte de mí para siempre?

Sí; pudiste hacerlo, sin sentir ninguna pena, ninguna tristeza. Y pudiste hacerlo, porque yo, Divina, ya he muerto para ti.

Como dentro de poco moriré para los demás.

. . . . . .

Cuando mi padre, viéndome pensativo, me preguntó las causas, yo lo interrogué a mi vez:

—¿Hoy se casa Celia, verdad?

Y había una certeza, una afirmación tan rotunda en mi pregunta, que no se animó a negármelo.

—No sé — me dijo, no he leído los diarios.

Luego, se fué al comedor, dejándome solo con mi tristeza. Comprendió que no debía lastimar mi pudor de hombre, obligándome a llorar en su presencia.

Una vez solo, llamé al camarero y le pedí un periódico. Allí estaba la noticia.

La leí.

Y, a pesar de esperarla, a pesar de que ya la conocía, mi debilidad no pudo resistirla.

Volví de mi desvanecimiento cuando mi padre retornó al camarote y me auxilió con un frasco de sales.

No nos hablamos, no nos dijimos nada.

¡Y cuánto bien me hizo no tratando de consolarme!

¡Cómo le agradecí la piedad de su silencio!

. . . . . .

Apagadas las luces, y mecido por el vaivén del convoy, quise dormir.

No pude.

Pensaba que en aquel mismo momento, en aquel preciso instante, tú habías abandonado la fiesta y que sola con él, en la intimidad de tu nido, después de vencer los naturales pudores...

¡Divina, Divina!

¡No, nunca, nunca, jamás tú ni nadie, ni Dios, ni yo mismo a no haberlo sufrido, podría concebir, imaginar, creer, que se pudiera sufrir tanto!..

. . . . . .

Ahora ya me puede suceder cualquier cosa. Ya nada logrará conmoverme. Ya nada puede interesarme, molestarme, lastimarme.

Después del dolor de esa noche, mis nervios se han quebrado. Ya no siento.

Soy un pobre montón de carne herida, sin alma y sin sensibilidad, que por un milagro, incomprensible, aun está viviendo. .

RAMIRO.

CARTA LXIV

DE CELIA GAMBOA A BEATRIZ CARRANZA

He lamentado más de lo que tú supones, tu ausencia el día de mi boda.

Necesitaba de tu compañía, de tu consuelo. Eres la única persona en quien puedo descargar parte de mis angustias confiándotela.

¡Oh, Beatriz! Nunca te cases sin amor. Es preferible quedar soltera. Yo creí que mi indiferencia por la vida me iba a permitir resistir esa prueba sin mayor emoción. ¡Cómo y cuánto me he equivocado!

De haberlo sabido, te juro que no me hubiera resignado al sacrificio.

Cuando me encontré vestida con mi traje de novia, en un instante en que me dejaron sola en mi dormitorio, inconscientemente comencé a forjarme la ilusión de que era con Ramiro con quien iba a casarme. Y sentí una sensación tan dulce, tan exquisita, que cerrando los ojos me abandoné a ella.

Soñaba aun con esa quimera cuando vinieron a buscarme para ir a la iglesia.

Volví entonces a la realidad.

El que me esperaba en el templo era el otro.

Ramiro ya no podía existir para mí. Quizá estuviera escondido tras de una de las columnas, muy pálido, esperando convencerse con sus propios ojos de la monstruosidad que iba a cometerse.

Porque en ese momento me olvidé de su conducta, de su indiferencia para conmigo, para solo imaginarlo como era antes, o más bien dicho, como yo creía que era antes.

Y por más que me hice toda clase de reflexiones para convencerme no pude conseguirlo. En ese momento tuve la absoluta certeza de que Ramiro continuaba queriéndome, que sufría por causa mía, y que yo no debía hacer lo que estaba haciendo. Era una sensación de culpable, de. . . pero ya era tarde para retroceder.

Salí de casa como una sonámbula, sin conciecia de mis actos y así penetré en la iglesia y actué en la ceremonia. Me parecía que una bruma muy densa, como la que envuelve, por la mañana, el recuerdo de los sueños de la noche, me vedaba percibir los detalles de la fiesta.

No he visto a nadie, no he reconocido a nadie entre la concurrencia. En el cerebro se me confundían las ideas, las percepciones, todo. . .

No sé cómo he podido caminar, contestar los saludos y felicitaciones de los amigos.

De vuelta a casa, me desvistieron y volvieron a vestirme como pudieran hacerlo con una muerta.

Mamá, alarmada por mi estado, se puso a aconsejarme. Pero yo no la oía, percibiendo confusamente el sonido de su voz, del que no podía desentrañar el sentido.

—Pero, ¿qué tienes, hija mía?

Me sacudió, y yo, como despertando, volví a la realidad.

Y comencé a llorar, a llorar furiosamente, desconsoladamente.

Eso me hizo bien. Mis nervios parecieron aliviarse, descargando su ya inaguantable tensión.

Me hicieron tomar bromuro e instantes después me hallaba en un coche, sola con él.

Estaba tan contento que, felizmente, no advirtió las verdaderas causas de mi estado, atribuyéndolo a la natural emoción de esos trances.

Me habló.

Yo no sé lo que me dijo, pero cuando ya llegábamos a nuestra casa, me tomó una mano y se la llevó a los labios.

Yo la retiré rápidamente.

—¡Celia!

Volví a la realidad. Era cierto, era dolorosamente cierto: yo era su esposa, él era mi marido.

Me abandoné entonces, y él me besó, me abrazó, me acarició hasta que el coche se detuvo frente a la puerta de mi nuevo domicilio.

Una vez solos, cerradas las puertas, y velada la luz, sus manos, nerviosamente, comenzaron a desprenderme los broches de la blusa.

Yo quería permanecer serena, pero no pude. Le rogué que me dejara sola, y tras algunas protestas, lo conseguí.

Entonces, como un reo que prepara su último tocado antes de subir al patíbulo, me desvestí, me puse el camisón de seda bordado que se hallaba sobre el lecho, y, temblando como una

hoja, me introduje entre las sábanas frías, horriblemente frías.

Apagué la luz del velador y sumida en la obscuridad me pareció que acababa de acostarme en una tumba.

Entonces él entró, después de golpear con los nudillos en la puerta.

Quiso prender la luz, pero ante mi súplica desisitió. Y comenzó a besarme, en silencio.

Yo tuve un estremecimiento de angustia. Me sentía completamente a su merced, indefensa, imposibilitada para resistir.

Pensé, por un instante, que eso podía ser un sueño, un mal sueño del que iba a despertar, una pesadilla que no podía perdurar.

E impotente para resistirlo, me abandoné.

El no me hablaba.

Había desaparecido el hombre, no quedando más que la bestia.

Y la bestia pedía lo que era suyo.

Comenzó a acariciarme, a besarme, a estrujarme contra sí.

Y yo, yo, Beatriz, yo que había ido al tálamo como a un patíbulo, yo que acababa de sentir todo el dolor de mi sacrificio, todo el asco de mi situación, yo que había sabido resistir a las caricias de Ramiro, yo... ¡qué vergüenza, Beatriz!... yo comencé a sentir una extraña desazón, un tornarse apresurado de mis angustias, una ausencia de deseos de resistir...

La cama me traicionaba, y toda mi miseria humana se ponía contra mí, despertando en ella una lascivia, una lujuria maldita, una fiebre indigna, un ansia inconfesable...

Y ciega, anulada toda mi personalidad, todo mi intelecto, transformada yo ambién en la bestia, comencé a devolverle sus besos, sus abrazos, sus caricias... Yo también le dije "te quiero", yo también lo estreché contra mí... y cuando llegó el instante supremo, mi carne, mi maldita carne, a pesar de su dolor, de su tortura, a pesar de sentirse herida, desgarrada, mancillada se entregó toda entera al placer de darse, de sentirse poseída...

. . . . . .

Cuando el sueño cerraba ya nuestro párpados, cuando consumado el sacrificio hacía esfuerzos por no pensar, por borrar de mi cerebro toda idea, cuando me abandonaba al cansancio físico, entonces, sólo entonces, aplacada la bestia, me pareció ver entre las sombras la imagen de Ramiro. Me miraba en silencio, con sus grandes ojos tristes, como asombrados de lo que acababa de ver, dolorido, pálido, muy pálido, como lo vi yo por última vez en el sanatorio.

Y esa imagen muda, que me miraba llena de reproche, como pidiéndome cuenta de mis actos, renovó, centuplicándola, toda mi angustia.

Alberto dormía ya.

Yo cerré los ojos, tratando de no ver.

Pero fué inútil.

A través de los párpados cerrados persistía la visión.

Entonces, más con el pensamiento que con la palabra, comencé a suplicar su perdón.

—Ramiro, Ramiro mío, perdóname... yo... yo no lo quería, pero ha sido la fatalidad la que me ha empujado... tú mismo, con tu indiferencia lo has querido, tú que...

No pude continuar.

El mudo reproche de sus ojos pareció desvanecerse y le vi llorar.

Entonces... entonces, Beatriz, lloré yo también, sobre la almohada, empapándola con mis lágrimas... y me parecía que esas lágrimas me purificaban en parte de mi culpa...

¡Oh! ¡Qué tristeza la de esa mi noche de bodas! Recuerdo que cuando murió mi hermana, sentí por primera vez la lacerante sensación de lo irreparable, de lo que ya no tiene remedio, de lo que ya no es posible evitar. Y esa impotencia genera un desconsuelo tan grande, tan infinito, que una se siente como quebrada por el desaliento, aletargada por la desesperanza...

Pues bien. Anoche, después de morder rabiosamente la almohada, de clavarme las uñas en la carne, de apretar el pañuelo contra la boca para que no se escaparan los sollozos, cuando, pasada la primera crisis, mi llanto era ya más tranquilo y silencioso, sentí esa misma sensación, ese mismo desconsuelo, ese mismo desaliento.

Y es que acababa de asistir, Beatriz, a la muerte de mi propia vida, al acabóse irremediable de mis últimas esperanzas, de dicha...

Me parece que he muerto, y lo que aun sigue viviendo de mí es mi carne, esa carne cobarde y maldita, que anoche traicionó el recuerdo de mi Ramiro, traicionándome a mí misma...

Y para esa carne, para su debilidad, para su miserable condición de bestia, no puedo tener, si es que mi asco le deja sitio, más que compasión... más que esa misma compasión que tú debes sentir por mí.

CELIA.

CARTA LXV

DE LA SEÑORA GAMBOA A CELIA GAMBOA

Querida hija:

. . . . . .

También tengo que comunicarte otra cosa. Debes leerla con completa serenidad, teniendo en cuenta tu nueva situación y las responsabilidades que comporta tu nuevo estado.

Es algo que no he querido revelarte antes, guiándome por lo que he entendido como mi deber de madre, obligada a velar por tu felicidad.

Después de tu ruptura con Ramiro Varela, y tu compromiso con el que hoy es tu esposo, cuando ya estabas decidida a buscar tu felicidad en la única forma que era posible. Ramiro te envió unas cartas que yo intercepté, aunque sin abrirlas. No deseaba que ese hombre perturbara tu espíritu con una ingerencia extraña a tus buenos propósitos, y sabiendo que ellas no iban a tener otro resultado que el entristecerte, ya que nada era posible entre vosotros, retuve esas cartas.

Tenía el propósito de no decírtelo, pues nada ganarías con saberlo. Guardé las cartas, que iba a devolver al señor Varela una vez que te casaras. No lo hice antes porque sabía que él pretendería llegar a ti por otro conducto y quería evitarlo.

Pero Ramiro ha vuelto a insistir.

Ayer, llegó otra carta suya desde Córdoba.

Entonces, he pensado que era mejor decírtelo todo, pues si yo devuelvo sus cartas, él es capaz de seguir escribiéndote y eso no debe ser.

A ti te toca, pues, devolverlas, escribiéndole dos líneas en que le supliques que no insista ya. Creo que no debes leer sus cartas y devolverlas sin abrir. Ya sabes lo que te dirá en ellas. Hará protestas de su mentido amor, cosa que tú no debes escuchar, más aún ahora que ya no te perteneces. El solo hecho de abrir una de esas cartas, te compromete.

Ya no eres una chiquilla: eres una señora, y debes a tu marido, que te quiere y es una excelente persona, toda clase de miramientos. Acuérdate que estás ligada a él, ante Dios y ante los hombres.

No debes tener fuera de su cariño ni un deseo, ni una idea, ni un pensamiento que pueda lastimarlo, pues eso sería una falta ante la sociedad y un pecado ante Dios.

Escúchame, hija, y sé juiciosa. Debes comprender que la vida no es como nosotros la deseamos, sino como es, y debemos

conformarnos para ser felices. A nada conducen las lamentaciones ni las protestas. La verdadera dicha consiste en no aspirar más que a aquello que podemos conseguir. Lo demás es vano y doloroso.

A nada conduce, como no sea a la desdicha.

Creo que me habrás comprendido, y que aprobarás mi conducta, que es la que me dictaba mi deber de madre.

Y si no lo haces, lo harás más tarde, cuando los años te den serenidad suficiente para ello, y hayan suavizado el romanticismo peligroso que hoy es tu mayor enemigo. La vida se diferencia de las novelas, hija mía.

Quizá sea menos bella . . pero no tenemos más remedio que resignarnos.

De lo contrario, perderemos todo derecho a usar de la parte de felicidad que nos ofrece.

TU MADRE.

CARTA LXVI

DE CELIA GAMBOA A LA SEÑORA DE GAMBOA

Mamá, mamá. . . ¿por qué has hecho eso? ¡Qué desdichada, qué horriblemente desdichada soy!

CELIA.

CARTA LXVII

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA

¡Ramiro, mi Ramiro, mi pobre Ramiro, perdóname!

Te lo pido llorando, desesperada, enloquecida de dolor.

Sólo ahora te conozco, te valoro; sólo ahora me es dado saber la verdad.

Tus cartas, Ramiro, todas tus cartas, desde aquella en que te despedías de mí para irte a Europa — la última tuya que recibí — fueron interceptadas por mamá, la que sólo ahora las hace llegar a mis manos.

¡Oh, Ramiro, qué enorme pena, qué angustia infinita, qué torturante dolor que me ha causado!

¡Entoces tú me quieres, me has querido siempre, como yo a ti, porque yo te quiero, porque yo te adoro, porque lo eres todo para mí, y soy tuya, y no tienes más que decir una palabra, una sola palabra, para que corra a tu lado, a consolarte, a cuidarte, a quererte, a quererte mucho, como te quiero, como te he querido siempre, como siempre te querré! . . .

¡Oh, Ramiro, qué enorme error el de mamá al interceptar esas cartas!

Yo creí que habías dejado de quererme, que me olvidabas, y fuí injusta contigo, contigo que me ofrecías el holocausto de tu vida, contigo, que eres el más bueno, el más santo, el mejor de los hombres. . .

Tú sabes, Ramiro, que, a pesar de nuestras pequeñas incidencias, tú lo eras todo para mí; yo hubiese hecho por ti cualquier sacrificio, y si alguna vez me negué a tus deseos, fué porque te quería para siempre, porque temía que después me abandonaras, pero no por falta de cariño. Yo sabía que todo había de arreglarse, que al final íbamos a ser felices, que nada podría separarnos. Por eso te envié un telegrama al vapor, rogándote que volvieras.

¡Cómo te esperé! ¡Y cuánta pena me causó la noticia, seguida de tu silencio, de que no estabas en el barco!

Te seguí esperando, aguardando una carta tuya, y sólo cuando me convencí de que me habías olvidado, sólo cuando tuve el convencimiento de que ya nada querías tener conmigo, desesperada, me decidí a escuchar los consejos de los de mi casa, y acepté al que hoy es mi marido.

¡Oh, Ramiro; mi mano ha temblado al escribir esta palabra! Mi marido. . . ¡Qué sarcasmo!

Nunca lo quise. Me era indiferente, y si me casé con él fué por los motivos que ya te he dado. Pero ahora, ahora que he vuelto a encontrarte, ahora que sé que tú también me quieres, ahora lo odio, me causa horror, no puedo ver que se aproxime a mí sin sentir un escalofrío, sin que me asalten impulsos de gritar, de pedir socorro.

Y cuando pienso que él, el maldito, que su mano fué la que te hirió, que por él estás sufriendo, entonces siento unos deseos locos de arrojarme sobre él, dedesgarrarlo con mis uñas, de abofetearlo, de escupirle en la cara, y de gritarle: — Imbécil, imbécil, no te quiero, te odio; es a Ramiro, únicamente a mi Ramiro, a quien adoro. — Y es mi marido. . .

Yo no sé, no me explico como he tenido el valor de ser suya. . . ¡Oh, Ramiro; tú has sufrido, es verdad, pero si tú sospecharas las repugnancias que he tenido que vencer yo!

No quiero que me hables de eso nunca, jamás. No me hagas reproches, no me martirices recordándomelo nunca. ¡Bastante castigada estoy, bastante he sufrido con eso, para redimirme del horrible sacrilegio de haber sido suya!

De haber sido, Ramiro.

Porque ahora no lo soy.

No lo seré ya nunca.

¿Lo oyes? Nunca...

No; ahora sería imposible. Ahora tu imagen se interpondría entre nosotros.

Ahora te he vuelto a encontrar, y ya no puede ser.

Me parecería cometer un adulterio.

Porque yo soy tuya, únicamente tuya, y sólo tú tienes sobre mí derechos.

¡Y me encuentro mancillada, envenenada por sus caricias!

Me parece que mi carne, esa carne que era para ti, nada más que para ti, se ha cubierto de manchas...

Tengo asco de mí misma...

Oye, Ramiro, yo no puedo seguir viviendo con el intruso.

Es una rebelión orgánica de todo mi ser.

Voy a dejarlo y tornaré a casa de mis padres.

Pero antes voy a pedirte un favor.

Tú estás enfermo. En tu vida, destrozada por mi culpa, sólo existen tristezas. Y estás solo.

Yo sé, Ramiro, que ya no puedes quererme.

Sé que ya no puedes, no quieres, ver en mí a una mujer.

Me guardarás rencor, ahora que no puedo ofrecerte lo que era tuyo.

Por eso no pretendo que aceptes lo que tanto desearía yo ofrecerte.

Ya no puedo ser tu mujer. Ni siquiera tu querida.

Pero, Ramiro... mi bien, mi amor, mi dueño... permíteme que vaya a tu lado a cuidarte, como una enfermera, como una criada, como una esclava... Quiero estar a tu lado. Aunque me desprecies, aunque no repares en mí...

Quiero huir de aquí, correr a tu cabecera, velar tu sueño, ser algo así como uno de esos perros fieles que se acuestan en el umbral de la puerta de sus amos, y que nada piden, que nada exigen, sino que los dejen estar allí, sumisos, silenciosos, obedientes...

No me lo niegues, Ramiro. Sé bueno.

Verás cómo no te incomodaré. Me señalarás un rinconcito en tu casa, y yo seré feliz, sin pedirte nada, nada más que un poco de compasión...

Yo ambién estoy herida, por la más horrible, la más dolorosa de las amarguras.

Necesito volverte a ver, consagrarte toda mi vida, olvidar estos últimos meses.

Cuando tú te aburras yo te leeré tus libros favoritos, te conversaré de lo que tú quieras. Y, cuando te canses, permane-

ré en silencio, o me hiré a la habitación contigua esperando que vuelvas a llamarme.

Ocuparé muy poco sitio en tu casa, no incomodaré a nadie, me someteré al capricho de todos, sin una rebelión, sin una protesta... pero quiero verte, estar a tu lado, ganar tu perdón.

Y quiero cuidarte, quiero que se borren esas malas ideas que te llenan la cabeza, y que vivas...

Que vivas para ser feliz, dichoso, porque debes serlo, porque es necesario que lo seas.

Y si no puedes conseguirlo a mi lado, si sientes que ya no me podrás querer, no importa, buscarás, cuando sanes, otro amor, otra mujer que sea digna de tu cariño y cuando la encuentres, yo me iré, sin reproches, sin tristezas, contenta de saberte feliz, dichosa por haberte ayudado en tu dicha...

A todo me resigno... pero permíteme que vaya a tu lado.

Y ahora, Ramiro, espero tu respuesta.

Hazme un telegrama, dime una sola palabra.

Ramiro... no me animo a terminar esta carta, besándote en los labios.

Tengo miedo que retires los tuyos, que no quieras aceptar los míos...

Y eso es muy triste. Ramiro, muy triste...

Toda tuya.

CELIA.

CARTA LXVIII

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Dios existe.

Sólo él podía, por tu intermedio, hacerme tan dichoso.

Cuando leí tu carta, di por bien sufridos mis dolores, mis desdichas, todo.

Acabo de volverte a encontrar, de saber que aun me quieres. ¿Qué más puedo pedir?

Ahora, puedo morir tranquilo.

Porque tu carta, Divina, ha llegado un poco tarde.

Tarde para reconstruir la dicha que ambos soñamos, para vivir la vida que los dos esperábamos.

Ahora es imposible. Y no porque no te quiera. ¡No!

Cuando leí tu ofrecimiento creí enloquecer de alegría. Me olvidé de mi miseria física, de la lenta pero irremediable agonía en que me debato, y pensé en lo futuro.

Y lo vi lleno de flores, lleno de tus besos, de tus ternuras. Ibamos, por fin, a ser felices.

Yo, a fuerza de amor, de mi infinito amor, te haría olvidar el calvario de estos últimos meses, los borraría de tu memoria, los alejaría para siempre de tu recuerdo, y te resarciría de los sufirmientos pasados.

Ibamos a ser felices, olvidando el pasado para sólo pensar en el porvenir.

Y olvidaba yo, Divina, que ya no tengo futuro, y que mi presente se está desvaneciendo como una columna de humo que la brisa disipa, como un montón de tierra que la lluvia disgrega y hace tomar su nivel.

Estoy condenado, Divina.

Me lo repite a cada rato esta tos persistente que ya no me abandona. Por la herida del pulmón ha entrado la muerte en mi cuerpo. Y no puedo alejarla, por más que lo desee, por más que la dicha esté llamando a mi puerta, por más que le suplique que espere, que no cometa da crueldad de llevarme ahora...

La fatalidad hizo que tu carta llegara tarde para permitirnos vivir nuestro poema.

Pero llego a tiempo para endulzarme, con una dulzura infinita y consoladora, mis últimos momentos...

Ya no moriré con esa amargura lacerante de saberte extraña. No me iré maldiciendo la vida, porque en ella quedas tú, para llorarme.

Y al morir, tendré el consuelo de saber que sigo viviendo en tu recuerdo y en tu ternura.

Estoy tísico, Divina. Ayer lo escuché, sin que se dieran cuenta ellos, de boca de los médicos que celebraban una consulta.

Ya ves: nuestro amores han sido una novela, una romántica y dolorosa novela, en la que nada falta, ni siquiera el desenlace amargo e inesperado.

Por eso no puedo permitir que vengas. No debes abandonar a tu marido.

Al contarrio: trata de ser feliz con él, y, si puedes... te lo digo llorando, Divina... si puedes, olvídame.

La fatalidad así lo ha querido. No debemos, pues, culpar a nadie de lo que pasa, y mi egoísmo no puede sancionar tu sacrificio.

El mundo es demasiado pequeño para que en él se hubiera podido albergar una dicha como la que nos esperaba.

Me voy sin amarguras, sin rencores. No se puede pedir a la vida más de lo que la vida puede darnos.

Y nosotros le pedíamos un imposible.

Le pedíamos aquí, en la tierra, el cielo.

Porque era el cielo tu ternura, porque era el cielo tu boca siempre mía, porque era el cielo la comunión de nuestras almas, la comunión de nuestros cuerpos, el mirarse, siempre, eternamente, uno en los ojos del otro, dándoselo todo, tomándoselo todo...

Y estamos en la Tierra, Divina.

Por eso no pudo ser.

Y ahora voy a pedirte una cosa. Escríbeme de vez en cuando. Yo voy a tratar de olvidar que eres de otro. Pensaré que fué un mal sueño, una pesadilla que no hay que recordar. Tú eres siempre la Divina, mi Divina, esa santa y hermosa novia mía que no me olvida, que no puede olvidarme, y que siempre me quiere.

Y continuaremos nuestras cartas como si nada hubiera sucedido, evitando hablar de ciertas cosas, y viviendo la ilusión de que nada ha cambiado.

Hablaremos de nuestros proyectos, del porvenir que nos espera, engañándonos piadosamente nosotros mismos con esa dulce ficción.

Hasta que un día...

Hasta que un día, Divina, tú no recibas contestación a tu última carta.

La esperarás uno, dos, tres días... Luego...

Luego tomarás todas mis cartas, las arrojarás al fuego, y cuando no sean más que un montón de cenizas, llorarás un poco por mí.

Después... después engjugarás tus lágrimas y tratarás de olvidarme.

Todo habrá terminado.

RAMIRO.

CARTA LXIX

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA

Mi Ramiro:

Yo simpre amé la vida. Aun en los momentos más angustiosos, siempre esperé algo, y cuando pensaba en la muerte, un estremecimiento de horror recorría mi cuerpo. Muchas veces, de sólo pensar que algún día había de morir, me invadía un desasosiego infinito, un malestar tan grande, que me amargaba horas y horas, sin poderlo remediar. La sola idea de la muerte me espantaba, me horrorizaba, me enloquecía.

Pues bien, Ramiro; después de leer tu última carta, he deseado morir.

Morir, sí.

¡Qué dulce me parece ahora la muerte!

No pensar más, no sufrir más, no sentir más. Acostarse y dormirse sin la amenaza del despertar, sabiendo que ya nunca, nunca, volveremos a encontrarnos frente al inmenso dolor de la vida.

¡Oh, Ramiro; si yo tuviera valor para suicidarme!

Pero no me animo... No me animo porque tú aun vives, porque aun me queda una miserable esperanza de volverte a ver,

Si yo supiera que eso no va a ser posible... entonces encontraría valor en mi desesperación, en mi horrible e infinita desesperación.

Cuando concluía de leer tu carta, quise contestarla inmediatamente. Pero no pude. No se me ocurría otra cosa que llorar, que llorar con todas mis fuerzas, con toda mi capacidad para sufrir.

No, Ramiro, no. Tú no puedes morir, tú no debes morir. yo no quiero que mueras... y si mueres, si mueres, mi Ramiro, yo quiero morir contigo, abrazada a ti, aferrada a tu cuerpo, besándote en la boca, confundidas nuestras almas, unidos para siempre, para toda la eternidad.

Lo que la vida no ha querido que suceda, la permitirá la muerte.

Morir juntos... ¡Cuánto consuelo encuentro en esa idea! Nadie podrá separarnos ya. No habrá mundo, prejuicios, maldades, nada, que pueda interponerse entre nosotros.

Esa es mi última esperanza, lo único que hace que no enloquezca de dolor ahora.

¡Qué desdichada soy, Ramiro; qué horriblemente desdichada!

Pero todo lo daré por bien sufrido, si me permites ir a verte.

En ese minuto en que nos besemos, en ese instante en que me hagas tuya, vamos a vivir toda la vida que nos quede, vamos a gozar de una dicha que nos estuvo vedada.

Y los dos nos dormiremos luego, para no despertar sino en la eternidad, llevando en nuestros labios el sabor de nuestro último beso, en nuestro cuerpo la dulzura de nuestra última caricia, en nuestros ojos la visión de los del otro, y en nuestras almas la enorme dicha de saber que nos pertenecemos y que nos vamos juntos.

Ramiro: Yo no quiero contestar el párrafo en que me pides

que sea feliz con el intruso. Eso es un sacrilegio, una blasfemia, en que no debes ni siquiera pensar.

Mi vida toda está en tu cariño, en tu perdón. Fuera de él ya nada existe, y el solo hecho de creer que puedo vivir sin ti es una afrenta que haces a mi amor, a nuestro amor, Ramiro, a ese amor por el cual tú y yo vamos a morir ahora.

No me lo vuelvas a repetir nunca; no lo vuelvas a pensar nunca.

Con ello no harías sino aumentar los remordimientos que me gritan que por causa mía te hallas como estás, porque fuí mala, porque no supe comprenderte, porque no alcancé a ver en ti todo lo bueno, todo lo noble, todo lo santo que alberga tu alma.

¡Oh, si fuera dado comenzar de nuevo! Entonces verías mi pobre Ramiro, cómo yo no sabría negarte nada, cómo no me detendría un estúpido orgullo par ahacer lo que estaba ansiando hacer, cómo no pensaría ni un minuto, ni un segundo, para acceder a todo, al más inconcebible de tus deseos, al más alocado de tus caprichos. . . Yo sería lo que soy ahora, tu esclava, tu cosa, una cosa sin otra voluntad que la de quererte, que la de hacer todo lo que tú quisieras que hiciera, sin más alegría que la que pudiera proporcionarte, sin otra dicha que la de sentirme tuya, toda tuya.

Sería un juguete en tus manos, uno de esos juguetes sin valor, que tú podrías destrozar, romper, si te viniera en gana, sin uan protesta, sin una rebelión de parte mía.

Y es que mi amor, Ramiro, lo es todo. No hay una partícula de mi ser, alma o materia, que no vibre por ti, que no esté impregnada de ti, que no sea otra cosa que un reflejo tuyo.

Me dices que te escriba y que ambos vivamos la ilusión de que nada ha pasado, de que todo sigue como antes, engañándonos piadosamente hasta que llegue el fatal instante.

No, Ramiro; nunca. Esa última concesión de tu bondad a mi egoísmo no puede ser aceptada. Yo qiuero encarar la situación con valentía, sin engaños, desafiando cara a cara a la realidad.

Soy tu compañera, tu esposa, tu amiga, una parte integrante de ti mismo. Y sostenida por tu amor, por nuetsro amor, me siento fuerte, sin debilidades, sin desfallecimentos. Debemos vivir nuestros últimos momentos — nuestros, Ramiro — con toda sinceridad. Si no, no seríamos dignos de albergar un cariño tan grande, en hermoso, tan sublime como el nuestro.

Estoy decidida a ello.

Yo quiero que vivas, Ramiro; lo quiero con todas mis ansias, con todas mis fuerzas, con toda mi desesperación, con toda mi angustia.

Pero si eso no es posible, yo no te abandonaré. Seré siempre tu compañera, y nos iremos juntos.

Lo digo serenamente, sin ofuscación, obedeciendo al imperativo mandato de todo mi ser.

Yo no quiero vivir sin ti.

¿Oyes Ramiro? No lo quiero.

Si tú no me permites que vaya a tu lado, te obedeceré. Me quedaré esperando que cambies de opinión. Y si te vas sin habérmelo permitido, yo te juro, Ramiro, te lo juro por ti, que te seguiré.

Y allá arriba, cuando veas llegar a mi alma de rodillas, ya no podrás rechazarme.

Dios no lo va apermitir.

Y entonces, sólo entonces, te darás cuenta de cuánto te quiero.

Y seremos felices.

Ramiro: espero tu llamada.

Tu esposa.

CELIA.

CARTA LXX

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Muchas veces soñé en la felicidad y siempre creí que iba a llegarme envuelta en tu ternura, como un corolario de tu querer. Soñé ser feliz a tu lado, muy feliz. La dicha, como el agua de los manantiales que calma la tortura del sediento, iba a nacer en tus labios, en esos labios milagrosos cuyos besos eran el germen de todas mis locuras; en tus ojos, esos ojos negros que cada vez que me miraban parecían inundarme el alma de luz; en tus acentos, armoniosos, suaves, que acariciaban mis oídos con la dulce musicalidad de tu voz; en tu cuerpo, poema de carne o carne de poema, donde escondías, como un tesoro, el sagrado secreto de tus espamos; en tu alma, en tu almita buena, en tu almita de santa, en tu almita que en vano pretendo calificar, tantas son las excelsitudes que en ella acumuló Dios; en tus alegrías, en tu felicidad, en tu ternura, en tus caprichos, hasta en tus mismos desvíos... Y allí iba yo a abrevar mi sed,

allí iba yo a calmar mi enorme sed de ti... y por eso sería feliz...

Pero nunca, Divina, creí que fuera tu dolor el que me diera una dicha como jamás logré soñarla, como nunca me animé a imaginar.

Sí, Divina, soy dichoso, absolutamente dichoso, como ya no es posible serlo más, y lo soy por tu dolor, por ese sagrado dolor tuyo que me demuestra hasta dónde llega tu cariño.

No debemos maldecir, Divina, al destino. Quizá, sin la fatalidad que hoy nos tortura, sin el calor de la pena que ambos sentimos fuera imposible que nuestro amor llegara tan alto.

Así como el acero, para templarse, necesita de un gran fuego, de una gran hoguera, así el amor para alcanzar al temple de lo sublime necesita un gran dolor, una gran pena.

Y es esta pena nuestra, es este lacerante dolor que nos martiriza, que nos rebela, que nos tortura, que nos extravía, que nos enloquece, la piedra de tope de nuestro cariño.

¡Bendito sea, pues!

¡Qué importa el resto, qué importa la muerte misma, si nos amamos, si nos queremos con toda el alma!

Tú lo has dicho: podemos apurar de un sorbo toda la felicidad que nos estuvo vedada.

Y yo, Divina, estoy bebiendo la dicha a grandes sorbos, desde que nuevamente te siento mía.

Todo pierde importancia ante la magnífica realidad de nuestro amor. Me quieres... te quiero... ¿Qué más podemos pedir a la vida, sino que termine pronto para que no podamos despertar de este hermoso sueño?

No sufras, pues, por mí. Yo estoy alegre, contento, feliz. Jamás fuí tan dichoso. Lo soy tanto que... —escucha, Divina... — que si me fuera dado rehacer nuestras vidas, pediría a Dios que las encauzara como lo ha hecho ya, con todos sus sufrimientos, con todos sus dolores, con todas sus angustias, por el solo placer de volver a gustar la dicha de sentirme después querido como tú me quieres.

No me compadezcas, pues.

Alégrate conmigo y vive. Vive, Divina, para recordar esta dicha y para que yo no termine de morir del todo, subsistiendo en tu recuerdo.

Y ahora, un último ruego. No quiero mezclar en nuestra dicha la visión de tu futura desdicha. No abandones a tu marido. Soy yo, Divina, quien te lo implora, quien te lo suplica.

Piensa en la situación que vas a crearte. Dejándolo ahora, ¿qué vas a remediar?

Ya no te pido que me olvides. Te pido tan sólo que armonices mi recuerdo con tu situación actual.

Verás que cuando pasan los años y el dolor de mi pérdida, sin borrarse, se haya amortiguado, me agradecerás esta imposición que hoy te hago.

Verás que si llegas a tener hijos... Divina, Divina... sé buena y obedéceme. Yo no puedo seguir escribiendo estas cosas, porque estoy llorando...

RAMIRO.

CARTA LXXI

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA

¡Qué generoso eres, Ramiro! Te empeñas en convencerme de que eres dichoso, de que te sientes feliz, cuando sé, porque el corazón me lo dice, que sufres horriblemente por mi ausencia y por saberme de otro.

Pero esto no puede continuar así. Odio a mi marido.

Desde que conocí la verdad, desde que supe hasta qué grado fuiste bueno conmigo, hasta qué punto llegó tu amor, desde que tuve conocimiento de tu sacrificio, su presencia me fué insoportable. A duras penas podía evitar que mi rencor estallara, y continuamente tenía que ahogar en mis labios los reproches que me subían desde el fondo del alma.

Era un enorme deseo de gritarle: "¡Asesino! Has destruído mi dicha, has robado toda mi felicidad interponiéndote en el camino de Ramiro, de mi adorado Ramiro, de mi único e infinito amor..."

Casi no contestaba a sus preguntas, y él, sin saber los motivos de mi desgano, de mi mal humor, volvíase obsequioso, redoblaba sus atenciones, torturándome con tentativas de caricias, que yo rechazaba como si fueran picaduras de víboras.

El lo aguantaba todo, lo toleraba todo, suplicándome, implorándome una explicación que yo no podía darle.

En un principio pareció resignarse al rigor con que yo me aislaba de él, de sus caricias, de sus derechos de esposo. Hasta que ayer...

¡Oh, Ramiro, qué doloroso es lo que tengo que contarte y qué esfuerzo tengo que realizar al hacerlo! Pero es menester, para que me comprendas, para que te des cuenta de mi situación y me permitas ir a tu lado.

Ayer, el intruso se rebeló y me exigió lo que hasta entonces sólo me había suplicado.

¿Me entiendes, Ramiro? ¿Te das cuenta de mi situación, del horrible trance en que tu negativa me colocó?

Me negué, como siempre, y entonces él, perdiendo la paciencia, intentó un acto de fuerza.

Fué una escena brutal, que me llenó de asco y repulsión. Grité, me debatí, arañé, me defendí como una leona, pero todo en vano. Cuando sentí que iba a sucumbir ante la fuerza, cuando me hallé junto al borde del abismo y vi su cara junto a la mía transfigurada por un ansia bestial, cuando sentí su aliento quemarme el rostro, entonces apelé a un recurso supremo, y le vomité todas las injurias que me vinieron a la mente.

—Cobarde, canalla; sólo así me tendrás, porque soy de otro, de otro a quien quiero, a quien amo... A ti te odio; tú me das asco, por ruin, por pequeño, porque eres incapaz de hacerte querer...

Presa de un estupor indefinible, sus brazos se aflojaron y me dejó en libertad. Pero fué sólo un instante. La reacción vino en seguida, y me interpeló:

—¿Qué es lo que dices? Repítemelo... Repítelo.

Parecía un loco.

Me cogió de las muñecas, y, retorciéndomelas, me exigía:

—Repítelo, repítelo.

Yo no le contesté.

Entonces él me llenó de insultos, de denuestos, y al ver que yo lo aceptaba todo en silencio, levantó la mano y me pegó... Sí, Ramiro; me pegó, en pleno rostro, con todas sus fuerzas.

—Toma, ramera, maldita.

El golpe fué tan fuerte, que me desvanecí.

Cuando volví en mí, lo hallé a mi lado, arrepentido, pidiéndome perdón.

—Perdóname, Celia; fué un momento de locura, de irreflexión. Tú me habías exasperado... ¿Por qué me has dicho eso? ¿Por qué has inventado eso?

No le contesté. Me levanté y me encerré en mi cuarto.

Durante un rato le oí girar junto a la puerta. Luego me dijo que una vez que me tranquilizase íbamos a conversar.

Entonces yo me vestí y sigilosamente me escapé, llevando como único equipaje el paquete de tus cartas.

Ahora estoy en casa de mamá, quien se ha puesto furiosa al verme y me amenaza con conducirme a casa de él.

¿Lo oyes, Ramiro? Estoy sola, desamparada, sin un refugio, amenazada con la tortura de volver a sufrir la humilla-

ción de otra escena de violencia, porque nunca, jamás, me resolveré a ser suya.

Soy yo, ahora, la que necesita protección, la que te implora ayuda, y tú, Ramiro, no podrás menos que tenderme la mano, que ampararme. No puedes abandonarme, ahora que eres mi única esperanza de salvación, el único camino que me queda expedito.

Tú no puedes imponerme el sacrificio de vencer mis pudores, mi asco, y entregarme al intruso como una mujer pública.

Ramiro, mi Ramiro: dime una sola palabra, sé bueno una vez más, compadécete de mí, hazlo por caridad, por compasión, si es que tu cariño, ese cariño en que tanto hemos soñado, no basta para decidirte.

No deben detenerte tus escrúpulos caballerescos. Ya ves que ahora nada puedo perder. Mi situación es tan desesperada que cualquier solución la mejorará... cualquiera... y tú puedes darme toda la felicidad, toda la dicha, a que mujer alguna aspiró jamás.

A tu lado, Ramiro, seré tan feliz, tanto, que tú mismo, al ver mi enorme alegría, mi infinita satisfacción, mi indefinible dicha, te sentirás contento de ser tú el que la has producido. por haber salvado a tu Divina, esa Divina por quien tanto sufriste y que tanto te quiere, de la más espantosa desesperación, del más doloroso y torturante de los martirios.

Te lo pide tu Celia, tu pequeña Celia, que sólo por ti vive, a quien la enseñaste a querer como te quiere, a quien le prometiste hacer dichosa y a quien hoy pretendes abandonar en medio de la más espantosa de las angustias.

Pero no, no lo harás; me llevarás contigo, porque eres demasiado bueno para desampararme, para dejarme morir de dolor a tu puerta, sintiendo mi voz que te llama...

No lo harás, porque me quieres demasiado, porque te sobra dignidad para prohibirte que me arrojes en los brazos de otro, para obligarme a dar a otro lo que sólo es tuyo, lo que te pertenece, lo que no puede ser de nadie más que de ti.

Y si hace falta otro argumento para decidirte, evocarás el recuerdo de la escena que hoy te relato. Me verás maltratada, golpeada por ese bruto, por esa bestia en celo que quiere poseerme a la fuerza, y entonces, aunque no lo quieras, aunque tu voluntad se oponga, tu amor, el amor que por mí sientes, Ramiro, se rebelará junto con toda tu hombría para impedirlo.

Y yo correré a tu lado.

Y te besaré, te estrujaré entre mis brazos, pegaré mi boca

a la tuya, me confundiré contigo, te amaré, te llenaré de ternuras, de caricias, seré tuya, toda tuya...

Y la muerte, condolida de nuestro amor, apiadada de nosotros, no se animará a separarnos.

Dios se lo ha de impedir.

Y si es necesario que nuestra dicha busque otro escenario, si este mundo resulta pequeño para albergarlo, moriremos juntos, confundidos en un último e infinito abrazo, llevando en los labios el sabor del último beso, en la carne la dulzura de la última caricia y en el alma la enorme dicha de saber que ya nunca, nunca, hemos de separarnos.

Juntos, Ramiro, siempre juntos... ¿A qué otra cosa podremos aspirar?

Me siento incapaz de afrontar la vida sin ti. Eso sería condenarme al suplicio de una muerte lenta, dolorosa, de un martirio inhumano...

No; nuestro amor ha llegado a un grado tal, que sanciona definitivamente nuestra unión.

Si es posible, si Dios lo quiere, juntos continuaremos viviendo. Y si nuestra jornada ha concluído, si sonó ya la hora impostergable de la terminación, juntos también dormiremos nuestro sueño de eternidad...

Ramiro, mi adorado, mi dueño, mi vida, mi amor, mi ilusión, mi esperanza, mi Dios, mi todo: tu Divina espera tu llamamiento.

CELIA.

CARTA LXXII

DE ENRIQUE VARELA A LA SEÑORA CELIA GAMBOA DE ASPARON

Señora:

Ramiro está agonizando. En esas circunstancias, he creído de mi deber interceptar su última carta y leerla yo antes de dejarla llegar a sus manos, pues una impresión fuerte le sería fatal. Por eso, señora, no he dejado que su carta llegue a su poder. Hay en ella amargura y dolor suficientes para matarlo. Y usted no puede querer eso.

No tome usted a mal mi ingerencia. Ramiro es mi hijo, y usted, a quien él tanto quiere, ocupa también en mi corazón el lugar de una hija. Vea, pues, en mí a un padre, pues su abnegación, su sacrificio y el gran amor que profesa a Ramiro le dan amplios derechos sobre mi afecto.

Y ahora, hija mía, pasemos a su carta.

Para Ramiro, su visita sería la más grande, la más inalcanzable de las dichas. Continuamente, en momentos en que la fiebre lo hace delirar, la nombra y la llama. A veces cree sentirla a su lado, y veo pintarse en su rostro una expresión de dicha tal, que es la demostración más evidente de la intensidad de su cariño.

Puede decirse que aun vive, sostenido por la alegría que le han producido sus últimas cartas. Cuando él ya la creía una extraña en su vida, usted ha tenido la generosidad de volver a él, endulzándole sus últimos momentos. Pero a pesar de todo, a pesar de ese gran cariño, a pesar de la gran dicha que causaríale su visita, creo interpretar sus sentimientos y sus deseos rogándole que no venga.

Mi pobre hijo está perdido. Trate de salvarse usted, hija mía, refrenando su dolor, acallando su pena y tratando de reconstruir su vida al lado de su marido. Nada se remediaría si usted viniera, y en cambio usted tendría que sufrir mucho después.

Mi egoísmo de padre no llega hasta el punto de permitir su generoso sacrificio.

Es necesario resignarse y aceptar la suerte que nos ha deparado el destino. Se lo digo yo, hija mía, que soy padre, que no tengo a nadie más que a Ramiro en la vida, a ese pobre muchacho en el que está reconcentrado todo mi afecto, toda mi existencia. Se lo digo yo, que daría hasta la última gota de mi sangre para evitarle una pena o producirle la más ligera satisfacción, yo que consideraría una merced del cielo, la más ansiada, la más grande, la más dulce, el poder morir para que él viva, el poder reconstruir su dicha a fuerza de sufrir yo mismo los tormentos más horrorosos, los dolores más lacerantes.

¡Oh! ¡Si me fuera dado tomarlo entre mis brazos, como cuando era pequeño, apretarlo contra mi pecho y transmitirle toda la vida que me queda y que a él se le está concluyendo!

Si Dios fuera justo permitiría que fuese yo el que muriera para que él siguiera viviendo, que yo padeciera, para que él gozase... porque así los dos seríamos más felices: él, gozando de la vida y de su cariño, hija mía, y yo con el goce voluptuoso de sufrir por causa suya.

¡Pobre hijo mío! ¡Qué mala es con nosotros la vida!

. . . . . .

Señora: He interrumpido esta carta porque me ahogaba el llanto, y he llorado, he llorado mucho antes de poder reanu-

darla. Pues bien: A pesar del inmenso cariño que le profeso a Ramiro, a pesar de mi enorme desesperación, a pesar de mis infinitos deseos de proporcionarle la alegría de su visita, le ruego que no venga, que no se sacrifique usted.

Y lo hago porque sé que cuando en el primer momento lúcido se lo diga a Ramiro, él va a aprobar mi conducta y va a agradecérmelo.

Y ahora, hija mía, reciba usted todo el afecto paternal de

ENRIQUE VARELA.

CARTA LXXIII

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Me muero.

Quizá cuando recibas esta carta, yo ya me haya ido. Pero no será sin que antes mi alma, esa alma que es toda tuya, se despida de ti.

La sentirás revolotear en torno tuyo. Será una desazón muy grande, una indefinible inquietud la que sentirás. Luego acariciará tus labios un soplo tibio, tan leve, tan suave, que otra que no fueras tú no podría sentirlo.

Sonríe entonces, Divina, y piensa en mí.

Así mi alma se llevará tu última sonrisa junto con tu último pensamiento grato.

Luego, cuando sientas que una racha helada te castigue el rostro, no te asombres.

Es el hálito de la muerte que irá persiguiéndome rumbo al gran misterio de lo desconocido.

Entonces ya podrás llorar.

Porque estarás llorando sobre mi recuerdo, sobre el recuerdo de algo que fué y que ya no es.

Divina: antes de morir, quiero que recordemos juntos nuestro pasado sentimental, que hablemos un poco de nuestro cariño. Así, en la evocación de nuestro amor, llenaremos de dulzura mi despedida.

Te quise siempre, Divina. Mi amor fué siempre grande, desde el primer momento, aun antes de haberme dado yo cuenta del enorme lugar que ibas a ocupar en mi vida.

Y fué tan inmenso ese lugar, que desalojó a todos los otros afectos, sin dejar sitio para ninguno. Se enseñoreó de mi espíritu en una forma absoluta, definitiva.

Fué la época primera, cuando aun no te deseaba, cuando sólo eras para mí un ideal, el más dulce de los ideales.

Después, el espíritu fué pequeño para darle cabida, y se desbordó en mi carne.

Y entonces tú fuiste para mí algo más que un ideal. Fuiste una mujer.

Más que una mujer aun.

La mujer.

Es decir, fuiste Dios.

No había en mi cerebro una idea, en mi corazón un latido que no fuera tuyo.

Y no había en mi cuerpo una molécula, en mi carne un deseo, en mi sangre una gota que no te perteneciera.

Y en la gran ceguera que para todo lo que no fueras tú y tu cariño me produjo ese amor, se desvanecieron la sociedad, los prejuicios, las normas establecidas, las conveniencias, todo.

Por eso te quise mía.

Por eso ansié tu posesión, olvidado de todo lo que no fuera o que esa posesión para mí significaba: era más que el goce de la carne, era más que la suprema embriaguez del espíritu, era más que la mayor y más grande de las dichas: era la refundición en una sola de nuestras vidas; era la ratificación de todos nuestros juramentos: era un simbólico sacrificio en el altar de nuestro amor, que iba a sellar para siempre, indisoluble y definitiva, nuestra unión; era la sacrosanta misa profana con que íbamos a inaugurar el culto de nuestra religión: la de nuestro querer, de se querer infinito por el que ambos hemos gozado los instantes más dichosos de nuestra vida y sufrido los momentos más amargos de la existencia.

De ese querer, que cuando creí que me faltaba hizo parecerme tonta, fastidiosa, pesada, inaguantable, la idea de la vida.

De ese querer, que, al retornar ahora, pese al dolor de mi carne y a la angustia producida por saber que ya no puede ser, me resarce del tiempo que dejaré de gozarlo con la intensidad con que lo gozo.

Y fué su misma grandeza la que nos separó. Por un instante tú no creíste en él. No pudiste creer en él.

Y es que los infinitos no pueden concebirse...

Salvo que existan en nosotros mismos.

Como no existe ahora en ti.

Ahora que es tarde...

Ahora que ambos, como dos cuerdas armonizadas en la misma tonalidad, vibramos al unísono.

Pero no nos quejemos.

Quizá sin nuestra pena, sin la angustia de saber que no es posible, nuestro amor no hubiera crecido tanto.

Porque los grandes amores necesitan un gran dolor para templar.

Como el acero necesita de una gran llama.

Y así como el carbón, sometido a una temperatura de varios miles de grados se transforma en diamante, así nuestro deseo, nuestro capricho o nuestro afecto se ha sublimizado en la fragua de nuestro dolor, hasta transformarse en una idolatría, en un fanatismo, en una demencia.

¡La dulce demencia de nuestro cariño!

Y es mejor morirse después de haberla sentido un instante, que vivir toda una vida la pequeñez de un afecto miserable, de un cariño raquítico.

Porque se vive más.

Por eso, Divina, muero tranquilo, feliz, con la plenitud de una dicha infinita, sin más pena que la que me produce la idea de la que voy a causarte, de las lágrimas que por mí vas a derramar.

Pero es dulce sufrir por amor, Divina, cuando se descarta la idea de la traición.

Verás cómo, cuando yo haya muerto y haya pasado en tu espíritu la racha de la primera desesperación, con qué ternura con qué cuidadosa prolijidad cuidarás que no se cierre la herida de tu dolor.

En él hallarás goces desconocidos: el saber que a medida que voy entrando en el olvido de los demás, sigo viviendo en ti, para ti sola, sin compartirme con nadie.

Y buscarás tu dolor, porque en él hallarás mi recuerdo. Me habré purificado en tu pena, como en un regazo tibio, como en un nido propicio.

Cuando te encuentres sola, cuando el hastío golpee tus puertas, cuando ya no esperes nada de lo futuro, cuando te sientas vacía el alma, y el cerebro hueco, cuando no sepas cuáles son los motivos que aun te atan a la vida, entonces irás a buscarme en tu pena, en esa herida que nunca debe cerrarse, y yo estaré allí, purificado de mis faltas por la Intrusa, idealizado por la distancia, dispuesto a hacerte compañía, a no abandonarte... Y tú sentirás una dulzura infinita en recordarme, y tu tristeza dejará de ser una tortura para no ser más que una gran suavidad, que con un gran consuelo...

Evocarás mi figura, mis gestos, las inflexiones de mi voz,

el sentido de mis palabras, el fuego de mis arrebatos, el sabor de mis besos...

Te parecerá que por un instante se ha realizado el milagro de la resurrección.

Un instante fugaz, pues la realidad vendrá tras él, empujándolo hacia el olvido.

Y llorarás...

Pero tus lágrimas, piadosamente, te ayudarán a vivir.

Porque en ellas estaré yo.

. . . . . .

Divina. Quería escribirte una carta larga, muy larga. No puedo continuarla.

Me siento mal, Divina.

Por mis sienes corre un sudor, y la vista se me nubla, y no consigo casi ver lo que temblorosamente escribe mi mano.

Me muero, Divina.

Creo que es la terminación.

Y quiero hacerlo pronunciando tu nombre, escribiendo tu nombre.

Divina: Te quiero... Te quiero mucho... Divina, Divina mía...

Yo...

No puedo más. Ya no veo y la cabeza me da vueltas.

Te quiero, Divina, te quiero...

Te quiero mucho...

Te quiero...

Adios.

RAMIRO.

P. S. — Divina, te quiero... te quiero...

(Esta carta, cuyos últimos párrafos están escritos en una letra casi ilegible, fué incluída en sobre y enviada a su destino por el padre de Ramiro.)

CARTA LXXIV

DE CELIA GAMBOA A RAMIRO VARELA

(Por telégrafo)

Mi Ramiro:

Espérame, por Dios, que voy.

Espérame.

CELIA.

CARTA LXXV

DE RAMIRO VARELA A CELIA GAMBOA

Divina:

Acabo de recibir tu telegrama. Sé que nada puede detenerte ya, ni siquiera esta carta mía, que no podría llegar a tus manos.

La escribo, pues, para que la leas a tu llegada, y más que para todo, para llenar de ti, de tu recuerdo, los momentos que aun nos separan.

Vienes, Divina.

Mañana estarás a mi lado, volveré a verte, sentiré la dulce caricia de tus manos buenas, el divino contacto de tus labios, el piadoso correr de tus lágrimas, la armoniosa y consoladora palabra tuya.

¡Divina, qué feliz, qué enormemente feliz me haces!

Cuánto he ambicionado, cuánto he deseado ese momento que no esperaba, que sabía que no iba a llegar, porque no debía llegar, porque yo no quería que llegase, y que, sin embargo, llegará...

Cuánto he sufrido, Divina, por tu ausencia. Sin embargo, te amo tanto, que, a pesar de mi enorme ansia por romperla, de mi ferviente deseo de llamarte, he preferido agotar todos los recursos para inducirte a quedarte, para evitarte todos los conflictos que tu conducta te va a ocasionar.

Quería, que en este derrumbamiento definitivo, se salvara una probabilidad, par ti, de ser dichosa.

Tú no lo has querido; más bien dicho, tu amor no lo ha querido.

Y yo te lo agradezco, Divina, con toda mi alma.

Por fin puedo hablar con sinceridad, sin necesidad de la horrible tortura que era para mí aconsejarte continuar al lado de tu marido.

Tu marido...

Con qué ecos dolorosos resuena para mí esa palabra.

Cuando tú vengas, nunca hablaremos de eso, jamás evocaremos el recuerdo angustioso de ese nuestro martirio.

Tenemos tan poco tiempo para estar juntos, que nos será pequeño para llenarlo con nuestros besos.

¡Si vieras qué mal estoy, Divina! Casi no vas a reconocerme.

No soy ni la sombra de lo que fuí. Si aun vivo, es quizá sostenido por la secreta esperanza, hoy confirmada, de volverte a ver.

Y si no estuviera tan seguro de tu cariño, si no supiera que tu amor está más allá de mi ruina, tendría vergüenza de mostrarme ante ti en este estado.

Estoy tan flaco, tan demacrado, tan consumido, que no quiero ni mirarme al espejo. Triste resaca que la vida arroja a sus orillas, no puedo inspirar sino lástima, una lástima, una compasión que leo en todos los rostros y que me humilla, que lastima a los últimos restos de mi orgullo.

Pero contigo será distinto. Porque la piedad que te inspire estará saturada de simpatía, siendo hija de tu gran amor.

Y no me verás como soy, sino como tu cariño quiere que esté.

Y para tu cariño, Divina, para ese cariño sacrosanto que te eleva y te sublimiza, porque ha sido más fuerte que el dolor, más grande que la ausencia, yo no habré cambiado: seré siempre el mismo, ese muchacho fuerte que te sostuvo, ¿recuerdas?, contra el embate de la ola, y que hoy ya no puede sostenerse ni a sí mismo.

Mi debilidad, lejos de ahuyentarte, te atará más a mí, porque hará surgir en tu corazón el único amor que aun por mí no has sentido: ese cariño maternal que albergan todas las mujeres para los débiles, para los que sufren, para los que necesitan un sostén y un consuelo.

Y tú, Divina, que fuiste la novia soñada, la mujer que se deseó hasta el frenesí, la amiga, la compañera, serás ahora un poco mi madrecita, esa madrecita que nunca tuve, quizá porque Dios quiso que ese papel también te estuviera reservado a ti, para que pasases por mi vida monopolizando todos los afectos, todas las facetas en que puede mostrársenos la mujer.

Cuando tú llegues, verás que nuestros besos tendrán un sabor nuevo. Estarán sazonados por nuestras lágrimas, por nuestro dolor, y como sabemos que nos queda poco tiempo para gustarlos, como sentiremos continuamente rondar a la muerte en torno de mí, esperando el momento propicio para interrumpirlos, serán más intensos, más sabrosos, más apreciados que antes, pues nunca estaremos seguros de que aun podremos dar otro, y nuestro beso siempre podrá ser el último.

No nos animaremos a separar nuestros labios, sobrecogidos por el temor de no poder volver a juntarlos ya.

¡Oh, Divina! Yo, que soñé en crespones, unos pobres instantes de angustiosa incertidumbre.

Y ahora, Divina, me asalta un remordimiento. En estos momentos de solemne sinceridad, frente a frente con mi conciencia, me siento culpable de tu dolor.

Me martiriza la idea de que no procedí bien, de que debí abjurar antes de mis ideas para salvar nuestro amor.

Yo no debí permitir nunca que tú te alejaras de mí, aun pensando como pensaba, que tu alejamiento era pasajero. Tú sufres ahora por causa mía y por causa mía has destrozado tu vida.

Perdónamelo, Divina.

Esa es mi última angustia.

. . . . . .

He interrumpido esta carta porque mi debilidad es tan grande que me veda el esfuerzo de concluirla sin descansar. Por eso, escrito lo que antecede, he cerrado los ojos y pretendido dormir.

Pero fué en vano.

Otra idea ha venido a torturarme.

No nos podremos besar, Divina.

Mi boca está maldita, envenenada.

En su aliento está agazapada la muerte y el contagio.

¿Lo oyes, Divina?

No nos podremos besar. . .

Ahora, casi desearía que no vinieses.

Sería un suplicio menos.

. . . . . .

Ya no sé lo que escribo.

Sólo así he podido estampar el deseo de que no vengas.

Sí, debes venir. Venir aunque no nos podamos besar. Aunque no puedas acercarte a mí. Aunque no pudieras verme.

Te vería yo, a través de una rendija, por medio de un espejo o valiéndome de cualquier subterfugio. Pero verte antes de morir. Verte una vez más, aunque sea fugazmente, sólo cunado tú pases.

Y si esto no fuera posible, me conformaría con oír el eco de tu voz lejana, con que me enviaras tu pañuelo con ese perfume que tanto me gustaba. . . Y si tampoco eso fuera posible, me conformaría con saberte cerca, con el consuelo de saber que tus lágrimas serán las primeras que por mí se derramen, una vez que haya sonado la hora. . .

. . . . . .

Siento que la vida me abandona. Hay momentos en que se paralizan mis movimientos, y una frialdad espantosa comienza a invadirme.

Pienso entonces que me voy a morir antes que tú llegues, antes de saborear la infinita felicidad de volrverte a ver.

Imagino la escena de tu llegada.

Una vez detenido el tren, te arrojarás del vagón, llevando en la mano el pequeño maletín de viaje en el que apresuradamente has colocado unas pocas ropas.

Tomas un coche y te haces conducir a escape a mi casa, extrañada de que nadie te haya ido a buscar. En el camino te asaltará un mal presentimiento. Entonces, presa de una angustia, exigirás al cochero que apresure a los caballos.

Instantes después el coche se detendrá frente a mi puerta.

Allí se hallarán unas cuantas personas del lugar, de esas que husmean la muerte y van a solicitar las ropas de los difuntos.

Torturada por el presentimiento, te arrojarás del coche y penetrarás en la casa.

En el vestíbulo, mi padre, con los ojos enrojecidos e hinchados, te detendrá con un gran gesto mudo, de desolación.

Entonces tú comprenderás y te arrojarás en sus brazos.

—Ramiro, mi Ramiro — has de sollozar tú.

Y mi padre, con la garganta anudada por el llanto, te responderá:

—Demasiado tarde, hija mía.

Y te traerá aquí, a mi dormitorio, donde yo estaré, tendido en mi lecho, frío ya...

Te abrazarás a mis despojos y llorarás. Llorarás hasta que mi padre te arranque de mi lado.

Será cuando vengan a llevarme...

¡Pobre Divina mía! Para eso, para presenciar eso, habrás renunciado tú a tu hogar, a tu porvenir, a todo...

No; es imposible. Eso no puede ser, y no será. Mi voluntad me mantendrá vivo hasta que tú llegues. Es una cita sagrada a la cual no debo faltar.

Dios no podría permitirlo.

Y si Dios lo permitiera, yo vendería mi alma al diablo por unas cuantas horas más de vida.

Las precisas para que tú llegues.

Las precisas para que yo sea feliz viéndote llegar.

RAMIRO.

CARTA LXXVI

DE CELIA GAMBOA A ALBERTO ASPARON

Alberto:

Cuando me case contigo creí que mi corazón me pertenecía, y que podría hacerte feliz.

Ahora, una serie de circunstancias imprevistas y dolorosas me convencen de lo contrario, y me voy.

Perdóname, Alberto, si no he sabido corresponder a tu hidalguía para conmigo. Nada puedo reprocharte, pues nada hiciste que te hiciera acreedor a un reproche mío.

En la determinación que tomo, tu conducta no entra para nada. Por eso te pido perdón, porque me reconozco la única culpable.

Y si existe algo que pueda mitigar mi falta es el convencimiento de que no te dejo para correr en pos de una dicha, sino impulsada por una fatalidad, por un deber superior a todo razonamiento.

Soy muy desdichada, Alberto, y dentro de poco aun lo seré más.

Perdóname, si puedes, y ten la seguridad de que soy más digna de compasión que del anatema que, sin duda, lanzarás contra mí. Adiós.

CELIA.

P. S. — Cuando recibas esta carta, yo estaré ya lejos de Buenos Aires. No me busques, pues será inútil cuanto hagas por contrariar mis planes.

Voy en pos de mi destino, y nada ni nadie podrá torcerme de su ruta. — *Vale.*

CARTA LXXVII

DE ALBERTO ASPARON A LA SEÑORA DE GAMBOA

. . . . . .

Todo eso lo he tolerado, señora, pensando que Celia atravesaba una crisis que era necesario dejar pasar.

Creía que estaba en casa de usted, y esa era una garantía suficiente para mi honor.

Pero hoy he sabido que Celia no se halla con usted, y creo que como marido tengo el derecho de conocer su paradero, el que no puedo menos de sospechar. Por eso, señora, la conjuro a que me lo comunique usted.

Le prometo, en cambio, evitar el escándalo, que en otra forma sería inevitable, pues estoy decidido a dar parte a la policía de la fuga de Celia.

Reflexione usted, señora, y contésteme mañana sin falta.

Yo iré a buscar a Celia, la conduciré a casa de usted y luego la dejaré en libertad, dándole toda clase de facilidades para que inicie el divorcio. Después de lo sucedido, ya nada es posible entre nosotros. Pero entretanto, ella lleva mi nombre y

yo no puedo tolerar una situación denigrante para mi dignidad.

En espera de su contestación, saludo a usted con mi más alta consideración.

ALBERTO ASPARON.

DE CELIA GAMBOA A BEATRIZ CARRANZA

CARTA LXXVIII

Al fin llegué. ¡Pobre Ramiro! Casi no lo reconocí.

Está tan delgado, con una demacración tan grande, los ojos hundidos circundados por grandes ojeras lilas, los labios resecos por la fiebre, que parece otro.

Hallábase sentado en un amplio sillón, sostenidos por almohadas. En cuanto me vió, una sonrisa se pintó en sus labios, y sólo pudo articular en voz leve:

Divina...

Luego, cerró los ojos, inclinó la cabeza, fatigado.

Yo me arrojé sobre él, abrazándolo furiosamente, y por más que había prometido al Sr. Varela contenerme, no pude hacerlo y me puse a sollozar.

—Ramiro, Ramiro mío...

Permanecimos un rato largo, abrazados, besándolo yo, en silencio, sin decirnos nada, sin podernos decir nada, con la garganta anudada por el llanto, hasta que el Sr. Varela intervino.

—Es menester ser razonables — nos dijo. — Las emociones fuertes le hacen daño.

Luego, ocultando su propia emoción, fingió un optimismo que no sentía. Ramiro estaba mejor y curaría. Así se lo había asegurado el médico. Todo consistía en no abandonarse, en ser fuertes.

—Ahora que usted ha venido, hija mía, y que Ramiro está contento, ya verá como todo se arregla. Pero vuelvo a repetirles que es menester calma, mucha calma.

Por fin nos dejó solos.

Ramiro hizo que me sentara en un pequeño taburete, al lado suyo, y comenzó a acariciarme el cabello, con su mano huesosa y descarnada.

—Qué buena has sido en venir Divina...

—¡Oh! no me digas esas cosas.

—Bésame, entonces.

Yo lo besé. Lo besé en la frente, en los ojos, en las manos, en el cuello, en la boca.

—En la boca, no, Divina...

—¡Oh, mi Ramiro!

Y aprisinándole bruscamente el rostro entre mis manos pegué mi boca a la suya, y lo besé, lo besé largamente, intensamente, con un beso en que quería infiltrarle un poco de mi vida, para suplir la que a él le va faltando.

—Divina, es un crimen; mi boca está envenenada, maldita...

—Calla, por favor.

Entonces él, vencido, me besó también en la boca.

Cuando nos separamos, me dijo:

—Divina, me muero. Siento que me muero, pero soy feliz, enteramente feliz...

Yo volví a llorar.

—No, no es posible. Tú vivirás para mí, para mi cariño...

—No llores, Divina.

Y como si fuera yo la que necesitara consuelo, comenzó a hablarme dulcemente, resignadamente, de la fatalidad que iba a separarnos y que debíamos aceptar sin protestas.

—No digas eso, Ramiro. Tú sanarás... me lo dice el corazón.

Entonces él, sonriendo dulcemente, tuvo la piedad de una mentira.

—Sí, ahora creo que sanaré. Me siento mejor.

Y en verdad que parecía transfigurado.

Pasamos juntos todo el resto del día. Ramiro se acostó después del almuerzo y yo no abandoné su cabecera.

—Es necesario que duerma — ordenó el médico. — Está muy fatigado.

El señor Varela me dijo que nunca había encontrado a su hijo tan bien.

—Y es a usted a quien lo debo. Ahora comienzo a tener esperanzas. Parece que se ha operado una reacción favorable.

Ramiro dormía.

Yo entonces pude observarlo.

¡Pobrecito! Da lástima verlo. Está tan concluído, tan acabado, que, al pensar en lo que ha sido, no puede menos que sentirse una gran angustia.

No puedes figurarte, Beatriz, cómo me arrepiento de mis rigores para con él. Si tuviera que empezar de nuevo... ¡con qué gusto, con qué placer me brindaría toda entera a su amor, a ese infinito amor por el que hoy muere, y que yo no supe comprender!

Cuando despertó, torturada por mi arrepentimiento, tuve

una idea, un propósito de redimir mi culpa, y besándolo, besándolo mucho, comencé a hablarle al oído, en voz leve, suavemente,

—Ramiro... ¿me perdonas por haber sido mala?

—Divina... no me digas esas cosas. Tú isempre fuiste buena conmigo. Yo y la fatalidad somos los únicos culpables de lo que pasa. De nada debes acusarte, de nada debes arrepentirte. Soy el que estoy en deuda contigo.

—No, Ramiro... Escucha.

Y sin enrojecer, sin pudor por la enormidad que iba a decir, en un todo consciente de mis actos, le propuse:

Ramiro... quiero ser tuya... ¿oyes?... toda tuya.

—¡Divina! — Por sus ojos cruzó algo así como un relámpago.

—Sí, Ramiro... tú que lo has deseado tanto, debes tomarme. Soy yo la que se ofrece ahora...

El me miró angustiado.

—No, no puede ser.

Yo no alcancé a comprender la dolorosa humillación que le infería.

—Sí, tuya, Ramiro...

Me había abrazado a él, y mi cuerpo, apenas cubierto por un batón de seda, se pegó al suyo.

El me rechazó suavemente.

—No, no es posible.

Y como yo quisiera insistir, su voz tornóse triste, triste hasta la angustia.

—No es posible... ¿me comprendes, Divina?... ya no es posible...

El pobre sufría tanto, que yo entreví la verdad.

—Yo... — y su voz se hizo opaca — yo... ya no soy un hombre...

Entonces comprendí.

¡Pobre Ramiro! Era necesario que apurase todo el cáliz de la amargura, sin dejar una sola gota. Y era yo la que se lo hacía beber, yo que hubiera dado mi vida entera por evitárselo.

Me miró con tristeza.

—Ya ves, Divina, qué poquita cosa soy...

Entonces, yo reaccionando contra esa bajeza de la carne, lo besé, lo besé furiosamente y traté de consolarlo.

—No, Ramiro... a pesar de eso, soy tuya, toda tuya, porque aun sin poseerme, no hay nada en mí que no sea tuyo. Todo mi espíritu te pertenece; en cuanto a mi carne... toda mi carne, Ramiro, ha gozado por ti, y toda mi carne dolorida

sufre por ti, ahora. . .

Abrió sus brazos.

Yo me refugié en ellos.

Y hemos llorado los dos juntos.

Y era tan dulce el llorar así, sintiendo que en nuestras mejillas se confundían las lágrimas de los dos, tan dulce, tan dulce; era una sensación de alivio tan grande, como nunca la había sentido hasta entonces, como nunca te la podría explicar. . .

Ahora Ramiro duerme, y yo te escribo desde una mesita de su dormitorio, mirándolo a cada instante, vigilando su sueño, levantándome de puntillas a cada rato para arreglarle una almohada, para cerciorarme de que su respiración es tranquila.

¡Oh! Si esto pudiera continuar, si Ramiro pudiera seguir siempre así, aunque no sanara, pero viviendo. . . ¡qué dichosa sería yo dejando transcurrir mi vida a su lado! . . .

Pero tengo miedo, Beatriz, tengo mucho miedo. . .

CELIA.

CARTA LXXIX

DE ENRIQUE VARELA A ALBERTO PONCE

. . . . . .

La fatalidad hizo que cuando llegó el Sr. Asparón yo estuviera ausente.

He podido, reuniendo el relato que me hizo Celia con el de la servidumbre, reconstruir la escena.

El Sr. Asparón entró en el escritorio e hizo llamar a Celia. Ramiro dormía.

Parece que tuvieron una discusión violenta. El Sr. Asparón estaba decidido a llevársela por grado o por fuerza, y como ella se resistía, una vez agotados todos los argumentos, la agarró de un brazo exasperado, alzó la mano para golpearla.

Fué entonces cuando apareció Ramiro, envuelto en una "robre de chambre", empuñando un revólver.

Había despertado por las voces que daban al reñir Celia y el marido, y con el oído sutil de los enfermos pulmonares pudo darse cuenta de lo que se trataba.

Entonces, sacando fuerzas de no sé dónde, venciendo su enorme debilidad, había acudido a defenderla.

Cuando apareció en el escritorio, Celia corrió a refugiarse junto a él, al tiempo que lo sostenía en sus brazos.

Hubo un violentísimo cambio de palabras y, como el señor

Asparón intentó arrancársela a viva fuerza. Ramiro montó el arma y apuntándole le hizo retroceder.

Asparón debió leer en los ojos de Ramiro su sentencia de muerte, pues no insistió.

Retiróse, no sin antes amenazarlos con la fuerza pública.

Cuando yo llegué, encontré a Ramiro gravísimo. La enorme excitación que le produjo el incidente le ha hecho perder la mejoría experimentada por la venida de Celia.

Me he entrevistado con el Sr. Asparón y lo he convencido de que, por su propio nombre, no debe provocar un escándalo.

Hoy regresa a Buenos Aires, e inmediatamente iniciará el juicio de divorcio.

Como no es posible abandonar a Celia en estas circunstancias, me dirijo a usted, después de consultar con ella, para que se entreviste con nuestro amigo el Dr. Peyret y le encomiende su defensa.

Usted lo pondrá en antecedentes de todo, pues siendo el confidente de Ramiro, pocas cosas ha de ignorar de este doloroso asunto.

Peyret es amigo de Celia y de Ramiro, por lo que se hará cargo de su defensa con todo cariño.

Y ahora, amigo mío, perdóneme mi desesperación porque el estado de mi hijo me impide ser más explícito. El pobre Ramiro, presa de una altísima fiebre, delira continuamente. Celia no lo abandona un instante.

No deje de escribirme detallándome su entrevista con el abogado, y dígale que también él me escriba.

Un buen apretó de manos.

ENRIQUE VARELA.

CARTA LXXX

DE ENRIQUE VARELA A ALBERTO PONCE

(Por telégrafo)

Ramiro falleció anoche.

E. VARELA.

CARTA LXXXI

DE CELIA GAMBOA AL Dr. MARCELO PEYRET

Estimado Dr. y amigo:

Reuno toda mi fuerza de voluntad, para conseguir un instante de calma, abriendo un paréntesis a mi enorme desesperación, y poder escribirle.

Ramiro, mi pobre Ramiro, ya no existe.

Nada, pues, me importa la vida, ni lo que en ella ocurra.

Yo había accedido a ser defendida por usted, porque quería conservarme para él, pero ahora que se ha ido renuncio a todo.

Mi marido tiene razón, y ya no pienso justificarme. Lo he ofendido en una forma tal, que sólo me corresponde pedirle perdón.

Le encomiendo, pues, esa tarea.

Dígale que la fatalidad me ha empujado a lo que, debemos aceptar, era mi destino.

Pero como es injusto que él sufra las consecuencias de mis actos, y como por otra parte no hago más que cumplir una determinación irrevocable que hace mucho tiempo había adoptado, voy a realizar algo que lo ayudará en la tarea de perdonarme. Le envío un paquete en que incluyo mi correspondencia con Ramiro. Léala usted, amigo mío, y después, si cree que con ello podrá aplacar la severidad con que ha de juzgarme mi esposo, hágasela leer también a él.

Yo no he sido una mala mujer. Tan sólo he sido una desdichada.

Me falta valor para escribirle a mamá, despidiéndome.

Es otra tarea penosa, que le dejo encomendada.

Y ahora, adiós.

Ramiro se ha ido y me aguarda.

No debo, pues, hacerle esperar.

CELIA.

CARTA LXXXII

DE ENRIQUE VARELA A ALBERTO PONCE

(Por telégrafo)

Consternado de dolor, ruégole comunique a la familia de Celia, que la santa y desdichada criatura nos abandonó ayer para siempre.

¡Que Dios, apiadado de ella, le permita encontrar en el Cielo la paz que no pudo hallar en este mundo!

ENRIQUE VARELA.

FIN DE CARTAS DE AMOR

PQ
7797
P53C37

Peyret, Marcelo
Cartas de amor

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY